

SUEÑOS, CADÁVERES Y OTROS PLACERES



Leonardo Valencia Echeverry

Título: Sueños, Cadáveres y Otros Placeres

Autor: Leonardo Valencia Echeverry (seudoescritor)

**Edición, diagramación y portada: Edit. Cuarto Creciente –
Leonardo Valencia Echeverry**

© Leonardo Valencia Echeverry

© EDITORIAL CUARTO CRECIENTE

Primera Edición 2025

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia u otro método, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia

Queda hecho el Depósito Legal



Sinopsis

Sueños, Cadáveres y Otros Placeres es un libro que se mueve entre la penumbra y la carne, entre el silencio de los cementerios y el ruido húmedo de los cuerpos, entre la memoria y el delirio. Es una obra donde la muerte huele a rosas marchitas, el deseo se escribe a través de un ventanal y la noche se convierte en un infierno de música, sudor y abandono.

El libro abre con la historia de un tanatólogo que aprendió a amar la muerte como otros aman los jardines: con paciencia, devoción y un sentido estético que bordea la locura. Entre cadáveres, velorios y madrugadas llenas de formol, se forma bajo las enseñanzas de Palustre, un viejo tanatopractor libidinoso y entrañable, hasta construir su propio reino de belleza mortuoria. Allí conoce a Pastora, un amor que nace en una funeraria y muere demasiado pronto, dejando al protagonista sumido en un duelo perpetuo, condenado a hablar con los muertos y a beber con fantasmas para no desaparecer del todo.

El tono del libro da un giro cuando entramos a *Sueños en el ventanal*, donde un hombre mestizo y solitario, cargado de libido y frustración, convierte a su vecina Mildred en el objeto de una obsesión que lo devora. Sus noches son una vigilia erótica detrás de unas cortinas translúcidas; sus días, un espiral de celos, fantasías con S., su novia gimnasta, y recuerdos de infancia marcados por agujeros en las puertas y primeras masturbaciones furtivas. La línea entre lo real y lo imaginado se difumina hasta convertirse en

un espejo roto donde el narrador se observa a sí mismo con una mezcla de repulsión y deseo.

Luego aparece *El Niche y la Mantis*, un relato que respira música, calle y sobrevivencia, una danza emocional donde los personajes se mueven como sombras que buscan un lugar donde no duela ser quienes son.

Y en el corazón ardiente del libro llega *La Fiesta en el Infierno*, un descenso frenético por una noche que parece no tener fin. Allí, el alcohol, el sexo, la furia y la tristeza se mezclan como líquido espeso en un vaso que nunca se termina de vaciar. El narrador registra cada hora como si fueran los círculos de una condena: el sudor de los cuerpos, las miradas voraces, los bailes que parecen exorcismos, los silencios rotos por la música o el cansancio. Esa fiesta es un purgatorio donde los personajes se consumen y renacen, donde el placer y el dolor se confunden hasta ser la misma cosa.

Al final, *Infierno* cierra la obra como un último suspiro. El narrador, desgastado por sus muertos, sus mujeres y sus noches, comprende que la vida es un puente suspendido entre la belleza y la destrucción. Ningún personaje sale ileso; todos llevan marcas, sombras o cicatrices que hablan de lo que fueron, de lo que desearon y de lo que jamás lograron ser.

En conjunto, *Sueños, Cadáveres y Otros Placeres* es una travesía por el lado más humano y desbordado del ser: la muerte como espejo, el erotismo como condena, la obsesión como motor, la noche como

abismo y el recuerdo como única patria segura. Es un libro escrito con belleza decadente, humor negro y una sensibilidad feroz, donde cada página late como un cuerpo o se enfría como un cadáver.

ÍNDICE

SINOPSIS.....	4
EL MEJOR TANATÓLOGO DEL MUNDO.....	10
SUEÑOS EN EL VENTANAL.....	44
TOCAN LA PUERTA	44
LA VISITA.....	48
S.....	50
OSADÍA	54
LAS CORTINAS.....	57
FLASHBACK: MI PRIMER AGUJERO	62
LA INVITACIÓN.....	67
LAS LLAVES.....	75
NEGOCIACIÓN	82
¿DÓNDE ESTÁS?	84
EL ENCUENTRO FINAL	87
EL NICHE Y LA MANTIS	97
LA FIESTA EN EL INFIERNO	134
NOCHE ANTERIOR.....	138
9 DE LA NOCHE	142
10PM	145
12.15 DE LA NOCHE	151
2 A.M.	155
2:56 A.M.	156
3.45 A.M.	160
4 A.M.	162
6 A.M.	164
6.30 A.M.	166
7.25 A.M.	170
7.45 A.M.	172
8: A.M.	174
12 DEL MEDIODÍA.....	176
3:44 P.M.	178
6:30 P.M.	184

7: P.M. LUCUBRACIONES.	188
8: P.M.	197
8:45 P.M.	199
9:10 P.M.	201
10P.M.	203
11: P.M. FINAL DEL CRONODIARIO	205
INFIERNO	210
EL AUTOR.....	225

EL MEJOR TANATÓLOGO DEL MUNDO

Siempre me han gustado las flores marchitas, especialmente las rosas. Secas, reseca, con pétalos quebradizos amalgamados con polvo. Rosas de un color marrón rojizo negruzco, un amor y una pasión acabados, pero no terminados. Casi petrificadas con espinas de hierro mohoso; deshidratadas en una mesa o en un jarrón del cementerio.

Muchos dejamos flores rojas en vez de blancas, aunque desaparezcan, aunque se las roben para llevarlas a otras tumbas, o tal vez a un matrimonio, un bautizo. Pero estas no son marchitas, ¿o sí? Se las roban como las blancas. Pero, en sí, no es un robo, simplemente es un cambio, un trasteo con espinas para otro hogar, otro jarrón. Es como sentir al ausente, presentir que vive y se da cuenta de que la visita le llevó un presente, le rindió un tributo, sin saber que estas rosas, lirios o azucenas blancas, astromelias o lirios de campo, claveles, crisantemos... Son de su compañero de vecindario.

No faltará el que robe las malditas flores artificiales de familiares perezosos, o de aquellos que más nunca volverán mientras no sufran un arrebato de conciencia en alguna Navidad o Semana Santa. Aunque habrá también personajes como yo, que se tomen la molestia de llevar una que otra orquídea siempre en su corazón.

Tal vez sea cuestión de instinto. Para mí, lo hermoso está en otros menesteres, más allá de la inmortalidad de mausoleos, lápidas y ataúdes. Está en la noche de caminatas extensas por calles empedradas, con la soledad, el silencio y el viento.



Caminaba por las calles polvorientas de esta ciudad, tan cálida durante el día como fría en la noche. La escena evocaba películas del western americano, un paisaje transformado por el cambio climático y la violencia de sicarios que disparan como vaqueros, apuñalan o dan machetazos. Ellos contribuyen a mi trabajo, aunque lo complican cuando se ensañan con los rostros, los cráneos o las manos.

El nicho de Pedro estaba en uno de los rincones más antiguos del camposanto. Sacarlo era sencillo, ya que había terminado de romper la lápida que cubría su sepulcro. Sus pómulos eran pronunciados, su frente ancha y larga; estaba muy calvo y sucio. Así lo quería porque era mi mejor amigo, mi único verdadero. Siempre lo devolvía a su hogar, a su lugar de descanso eterno.

Me gustan los cementerios, son muy gratos; llenos de silencio y calma, perfectos para leer un buen libro de Oscar Wilde o de Caicedo, poemas del viejo Raúl Gómez Jattin, y algunos de Poe que no pueden faltar. Los huesos en las fosas comunes son una obra de arte accidental, donde la redondez se empalma con lo largo quebradizo, entre tantos bichos que se mueven dando vida.

Cada epitafio que leo me cuenta una historia. “Acá yace tal... El mejor padre, esposo y amigo”. A veces averiguo la historia y resulta ser un pedófilo muerto por linchamiento. “Aquí yace tal... La mejor madre, esposa y amiga”; la que montó una pirámide captadora de dinero y desfalcó a muchos hasta dejarlos en la calle. Un suicida, el que estaba enterrado enseguida, la mató al caer en quiebra; lo hizo antes de tirarse de un quinto piso, sin pagar sus deudas.

Aunque muchos eran “buenos”, casi siempre estaban en el lado de los pobres, no junto a la estatua de cobre del santo de la cerveza. Uno de mis sueños es ir al cementerio de Montparnasse para hacer un estudio fotográfico de las frases y ver aquella muerte viva. Los mausoleos son fascinantes, petrificantes,

eso es lo que quiero para mí; no ser de los que simplemente creman o meten en un pequeño roto para dormir a lo japonés urbano, como hicieron con mi amigo Pedro.

Un mausoleo grande y hermoso con escaleras, podrían ser cien escalinatas para que quien baje lo piense dos veces antes de subir a la superficie y se quede un buen rato hablando conmigo, como yo lo hago con mis compadres y matronas de este lugar frío y con un olor dulce. El panteón tendrá una dedicatoria: “Él amó las rosas rojas secas”; será un lugar donde pueda dormir, embalsamado mil años, para poder ver de nuevo dinosaurios.

Me imagino ese mausoleo con detalles en mármol y columnas que sostengan un techo ornamentado con frescos de escenas históricas y mitológicas. Las escalinatas, gastadas por el tiempo, darán paso a un vestíbulo amplio y solemne. Las paredes estarán cubiertas de inscripciones que cuenten historias, secretos susurrados por aquellos que descansan eternamente. La luz tenue de las velas, siempre encendidas por algún visitante devoto, proyectará sombras danzantes que darán vida a las memorias del pasado.

El aire en el interior será fresco, mezclado con el aroma persistente de las flores que, aunque marchitas, no pierden su esencia. Un lugar de descanso y reflexión, donde los vivos y los muertos pueden encontrarse en un diálogo silencioso. Será un refugio para el alma, un espacio donde el tiempo se detiene y permite que las historias se desplieguen en susurros.

Aquí, entre las rosas secas y las sombras, encontraré la paz en la eternidad.

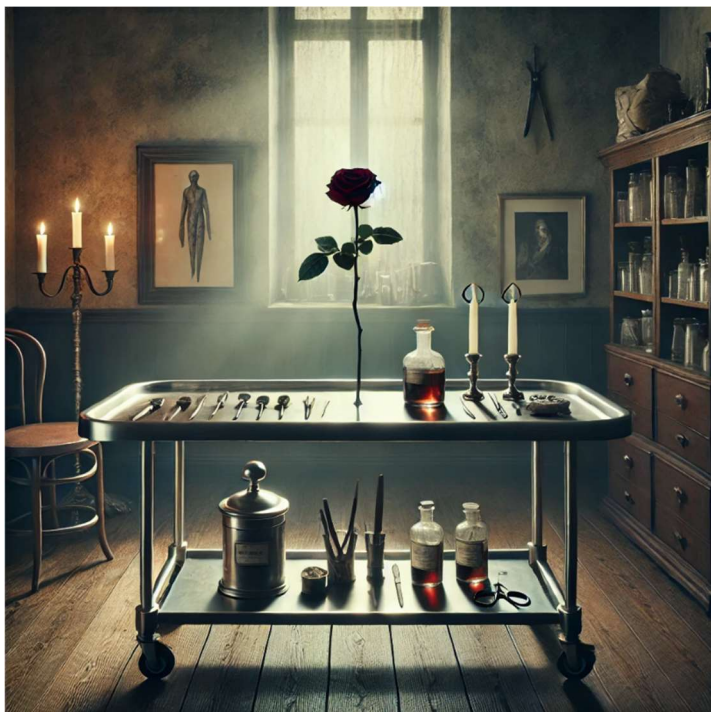
Pero, ¿cómo comencé en estos menesteres de la muerte? No fue leyendo a Poe ni viendo documentales egipcios; fue gracias al arreglador de muertos de mi pueblo, o mejor dicho, el tanatólogo, o para ser más técnico, un tanatopractor profesional. Un anciano que, con su sabiduría, buscaba la hermosura y la satisfacción de los difuntos y sus familiares. Un verdadero reconstructor de belleza, que arreglaba la fealdad de la vejez, las cicatrices de la violencia y la tristeza de la vida; incluso ocultaba las estrías de los embarazos con su destreza. Transformaba a los infelices en seres menos infelices.

Él me acogió en su seno frío y me enseñó el arte de convertir la fealdad en belleza para los ojos de los incrédulos. Cada rostro era un lienzo en blanco, cada cuerpo una obra esperando ser perfeccionada. En su pequeño taller, inundado por el olor a formol y ungüentos, aprendí a moldear la piel, a maquillar la muerte y a dar paz a los que quedaban atrás.

Recuerdo el sonido de las herramientas sobre las mesas de mármol, que ahora son de acero, el frío tacto de los cuerpos inertes, y la suave música clásica que ahora complemento con jazz y música colombiana. La luz tenue de las lámparas de luz amarilla que creaba sombras danzantes que le daban al lugar un aire de misterio y reverencia, ahora matizada por luces blancas menos fantasmales. Este oficio se convirtió en la máxima expresión del arte

para mí: dar a los muertos una última presentación digna, serena, casi etérea.

Apenas era un niño, casi adolescente, cuando comencé a visitarlo en su lugar de trabajo: la funeraria Larga Vida. Él era el dueño, reconstructor, y vigilante de difuntos; incluso vivía en el mismo lugar, cuidando a los muertos con una devoción peculiar. Un viejo alcohólico y libidinoso, siempre alegre y conocido visitante de los prostíbulos en las galerías y plazas de mercado. Murió de sífilis y otras enfermedades desagradables; y a mí me tocó la tarea de arreglarlo.



El viejo me enseñó todo lo que sabía. Su risa resonaba entre las paredes mientras me mostraba

cómo limpiar y maquillar a los muertos, cómo coser las heridas con delicadeza, y cómo devolverles una apariencia de paz. A pesar de sus vicios y su vida desordenada, era un maestro en su oficio, capaz de transformar la muerte en algo casi hermoso.

Su muerte fue una mezcla de ironía y destino. Cuando llegó el momento, fui yo quien tuvo que prepararlo para su descanso final. Fue una experiencia surrealista trabajar en el cuerpo de mi mentor, devolverle en su muerte la dignidad que él había dado a tantos otros. Cada corte y cada puntada eran un homenaje a sus enseñanzas, un último acto de devoción.

Al comenzar, mis manos temblaban ligeramente. El viejo, que en vida era una figura imponente y sabia, yacía ahora inerte y frágil. Mientras realizaba los primeros cortes y limpiaba su piel, los recuerdos de nuestras charlas y sus lecciones inundaban mi mente. El eco de su risa resonaba en mi memoria, aliviando ligeramente el peso de la tarea.

La preparación de su cuerpo se convirtió en un ritual de despedida. Recordé su obsesión por los detalles, cómo solía insistir en que cada fallecido merecía un tratamiento meticuloso, una despedida digna. Con cada puntada, rememoraba sus enseñanzas sobre cómo suturar con precisión para evitar que las cicatrices fueran visibles. Aplicar el maquillaje fue particularmente emotivo; recrear su semblante sereno, borrando las huellas del

sufrimiento final, me hizo sentir que, de alguna manera, le estaba devolviendo la paz que él me había enseñado a ofrecer a otros.

El ambiente de la funeraria, normalmente frío y profesional, se impregnó de una solemnidad personal y profunda. Las luces tenues, el murmullo del aire acondicionado, y el olor a desinfectante y cera creaban un escenario casi teatral. Todo contribuyó a que el momento se sintiera tanto un cierre como un tributo.

Cuando finalmente terminé, contemplé su rostro por última vez. Había logrado devolverle una apariencia de tranquilidad y dignidad, una imagen que resonaba con su espíritu indomable. Aunque la tristeza me embargaba, también sentí un extraño consuelo al saber que había cumplido con el último deber hacia mi mentor, asegurándome de que su legado de cuidado y respeto hacia la muerte continuaría vivo en mí.

Este momento, en el que maestro y alumno se unieron una última vez en el arte que ambos amaban, reforzó mi determinación de seguir perfeccionando mi oficio, honrando su memoria con cada cuerpo que preparara.

Al principio, no me prestaba atención, no me hacía caso, pues para él, solo era un morbosos de quince años al que podía asustar con un grito cuando me veía concentrado en el rostro de uno de sus clientes. Pero un día, se le juntaron varios cadáveres,

de esos que llegan por la violencia de este país. Entonces, ahí empezó todo. Me dio la oportunidad. Me decía que debía irme cuando los familiares estuvieran, ya que un niño en una funeraria no era bien visto, aunque fuera familiar del difunto; sin embargo, a veces me colaba en los rezos, haciendo coro con las ancianas y monjas del pueblo, visitantes continuas de la funeraria, rezanderas que expiraban sus culpas en busca de un rincón del gran cielo, lleno de ángeles hermosos y querubines desnudos.

Al principio, no me prestaba atención, no me hacía caso, pues para él, solo era un morbosos de quince años al que podía asustar con un grito cuando me veía concentrado en el rostro de uno de sus clientes. Pero un día, se le juntaron varios cadáveres, de esos que llegan por la violencia de este país. Entonces, ahí empezó todo. Me dio la oportunidad. Me decía que debía irme cuando los familiares estuvieran, ya que un niño en una funeraria no era bien visto, aunque fuera familiar del difunto; sin embargo, a veces me colaba en los rezos, haciendo coro con las ancianas y monjas del pueblo, visitantes continuas de la funeraria, rezanderas que expiraban sus culpas en busca de un rincón del gran cielo, lleno de ángeles hermosos y querubines desnudos.

Las velaciones eran, y siguen siendo, a menudo sinceras, pero también pueden ser hipócritas por parte de familiares y amigos. También estaban los desconocidos que se metían por un café caliente o un aguardiente gratis a altas horas de la noche, práctica que yo mismo llevé a cabo en numerosas ocasiones

durante las frías noches con los amigos del pueblo que me acompañaban al cementerio.

Puertas grandes de madera gruesa, de un color café oscuro, daban paso a una sala amplia: el lugar de la velación, del velorio, la vigilancia del difunto. Sirios y velones blancos iluminaban con su luz, como guías hacia el infinito, iluminando lo oscuro y señalando destinos de eternidad. Este tanatorio era mejor que una casa, más costoso, más oficioso y menos trabajoso para las viudas. A pesar de que muchas familias no tenían dinero, Don Juan a menudo realizaba el trabajo a cambio de un mercado o unos plátanos. Sin embargo, el ataúd no era más que cuatro tablas largas y dos cortas que la alcaldía donaba, y que yo debía ensamblar; por eso tengo dotes de carpintero y diseñador.

Por esa época llegaban muchos NN, más que ahora. Sin embargo, esos no entraban a Larga Vida, sino a la fosa común. Aunque, en ocasiones, "Palustre", cuando no tenía mucha clientela, se ejercitaba con ellos, y me tocaba ensamblar los ataúdes de seis tablas para los pobres. Don Juan también donaba el velorio cuando la familia no tenía recursos. Las plegarias no eran necesarias; ya teníamos rezanderas y lloronas voluntarias. El café lo donaba la tienda de al lado, y el vestido lo ponía el cura con donativos de ancianas y ancianos ricos del pueblo. Así, poco a poco, se acumulaba lo necesario para que las familias pobres y los NN del pueblo tuvieran un entierro digno.

Al fondo de la casa, siguiendo la alfombra roja después de la sala de velación, un amplio corredor conducía a otra puerta que daba acceso a la zona de trabajo. Allí se encontraba esa cama dura y lisa, símbolo de decepción y disección. Algo morbosa y a veces pegajosa, pero siempre muy limpia después de cada jornada. Esa fue mi primera enseñanza: cómo limpiar la cama, que en realidad era una placa de cemento colocada sobre ladrillos, similar a una cama de prostíbulo barato. Al lado había unos baldes donde se depositaban las vísceras y otros restos.

Viejo verde, que miraba con lujuria a las mujeres jóvenes que llegaban a sus manos. A veces lo veía soltar una lágrima por algún amigo, amiga o familiar que le tocaba arreglar; era todo un sentimental. Pero yo sospechaba que ocultaba algo, algún secreto que le recordaba que no estaba solo.

Como un académico, él me instruía en las complejas técnicas de su arte. Absorto, anotaba cada detalle, aunque mi ortografía dejaba mucho que desear. En casa, repasaba cuidadosamente estas notas en un cuaderno de hojas amarillas y líneas azules, escondido de la mirada de mi abuela. Ella soñaba con que me convirtiera en el mejor recolector de café del pueblo, pero al descubrir mi verdadera vocación hacia el arte funerario, no mostró resistencia. Gracias a esto, ahora vivo en una gran ciudad donde antes era un 'nadie', y he acumulado una fortuna considerable en esta profesión que me ha distinguido como el mejor. Mi abuela intuyó que prosperaría y esperaba que al morir, la devolviera a sus quince años, virgen e

inmaculada, como la princesa que siempre fue para mí; y así lo hice. Decidí no reconstruir su himen, pues me pareció un acto sacrílego, aunque en lo hondo de mi ser, habría sido el mayor de los homenajes, un símbolo de una vida sin hijos desagradecidos como aquel que la abandonó. Quizás por eso elegí no tener descendencia: para evitar revivir la angustia que ella sufrió, ese amor maternal profundo y a veces doloroso, un enigma que prefiero no desentrañar.

Frecuentemente, mi abuela, Don Juan y yo compartíamos risas juntos. Ella era muy cercana a Don Juan, cariñosamente apodado “Palustre” por los habitantes del pueblo y nuestro casi vecino. Frecuentemente, mi abuela, Don Juan y yo compartíamos risas. Ella era muy cercana a Don Juan, cariñosamente apodado “Palustre” por los habitantes del pueblo y nuestro casi vecino. Tras su fallecimiento, heredé tanto su oficio como su lugar de trabajo, que pasé a compartir con una mujer que emergió al final de sus días, supuestamente una hija desconocida de una antigua amante suya. Esta mujer, de tez pálida como la niebla del cementerio y cabello oscuro, eclipsaba con su belleza a Ligeia, el personaje de Poe. Pastora, así la llamaban, rápidamente capturó mi corazón con su encanto discreto y su constancia. Mi abuela también la valoraba, admirando su silenciosa compañía y dedicación. Pastora solo sonreía para mí, aunque ocasionalmente mostraba celos cuando las jóvenes viudas coquetas del pueblo,

siempre vestidas de luto, me lanzaban miradas insinuantes.

Ella surgió en el último año de vida de Palustre, y entre ellos se forjó un vínculo profundo, teñido de respeto mutuo y complicidad ante la adversidad. Ambos compartieron la carga de la muerte, los dolores y los infortunios, uniendo sus vidas en un encuentro similar al amor que a veces surge hacia aquellos que cuidan hasta el final, como la enfermera que atiende las necesidades más humildes y dolorosas.

Solía frecuentar las prostitutas de la galería del pueblo, donde se destacaba por su jovialidad, afición al chicha, habilidad para el baile y canto, y su talento como contador de historias. A pesar de la naturaleza de su trabajo, siempre mantenía una sonrisa que parecía sacada de una serie televisiva, recordando a Homero Addams. Tras su muerte, esa misma sonrisa macabra pareció trasladarse a mí.

Tenía su Morticia, a quien llamaba Marcela; una mujer flaca, alta y pálida, con un rostro hermoso y una figura impresionante. Aunque costosa, él no escatimaba en gastar para estar con ella, aprovechando los buenos ingresos que generaba su profesión. Siempre me sorprendió que, con su habilidad para 'arreglar gente', nunca intentara postularse para alcalde, puesto que parecía tener todas las cualidades necesarias para ganar. Ya sabía “arreglar gente”.

Pero él no era selectivo en sus elecciones; cuando estaba ebrio, su criterio flaqueaba. A los 17 años, solía acompañarlo en sus recorridos por la conocida Calle de la Penicilina. Despreciaba el uso del condón, alegando que no era cosa de hombres, una creencia imprudente que, tristemente, contribuyó a su muerte. Por fortuna, mis propias elecciones en la vida no me expusieron a tales riesgos. Sus problemas comenzaron alrededor de los cincuenta años, cuando los síntomas empezaron a ser evidentes, sugiriendo que había estado infectado durante mucho tiempo. Las manifestaciones variaban, con lesiones cutáneas intermitentes que recordaban al sarampión y complicaciones graves en órganos vitales. A pesar de los chancros que iban y venían, el *Treponema pallidum* había invadido su hígado y su cerebro. A los 55 años, su deterioro mental se acentuó, lo que inicialmente confundí con senilidad. Su muerte reveló la gravedad de su condición, evidenciada por un notable hueco en su paladar.

Ella apareció en el último año de vida de Palustre. Atravesó la puerta gris y se sentó al fondo del salón durante una velación; su presencia, casi etérea, captó mi atención. Vestía un traje desteñido adornado con rosas, sandalias desgastadas y llevaba una bolsa transparente con ropa. Me acerqué intrigado:

—¿Eres familiar de alguien aquí? —pregunté con curiosidad.

—No directamente, pero creo que soy familiar del dueño, aunque no lo veo desde hace mucho.

—¿Familiar de Palustre? —indagué, una sonrisa involuntaria surcó mi rostro.

—¡Eso es! Así le llamaban, eso me contó mi madre antes de morir... él es mi padre —dijo, sus ojos oscuros y tristes escudriñaron los míos, buscando confianza.



La revelación me dejó pálido; nunca imaginé que Palustre tuviera descendencia, y menos tan encantadora. Una mezcla de sorpresa y alivio me invadió; mi abuela finalmente descansaría de cuidar a este eterno jovial. Afortunadamente, esta confesión ocurrió al final del velorio, cuando la mayoría ya se

retiraba a sus hogares, distraídos o conmocionados por el funeral del cura del pueblo.

Le ofrecí café con galletas, que devoró con un apetito voraz, esparciendo migajas mientras masticaba. La observaba fascinado, ella era un resplandor.

—Recuérdame tu nombre —solicité, deseando grabar su identidad en mi memoria.

—Pastora —respondió suavemente.

—Él está descansando ahora, pero pronto lo despertaré para que te conozca.

—Déjalo dormir, ya sé que está muy enfermo. Vine a cuidarlo y a decirle que soy su hija. Si quieres, podemos charlar un rato.

Asentí con una sonrisa; soy un hombre de pocas palabras. Nos quedamos sentados en sillas plásticas blancas, acompañados sólo por el murmullo de dos monjas que rezaban el rosario, custodiando el alma del difunto cura Joaquín. A las seis de la mañana, un gemido quebrado emergió desde el interior de la casa; era Palustre pidiendo agua. Seguí a Pastora hacia su cuarto, un espacio sombrío y cargado de tristeza. Ella, sin dudar, tomó un trapo rojo y comenzó a limpiar el desorden. Luego llevó la bacinilla al fondo del patio para lavarla y la trajo de vuelta reluciente.

Palustre la observó detenidamente y, con voz ronca y débil, inquirió:

—¿Quién eres?

—Soy la hija de Marcela —confesó Pastora, evitando su mirada.

—¿La hija de Marcela? —repitió Palustre, perplejo.

—Sí, y según ella, tú eres mi padre —dijo ella, con la voz temblorosa y los ojos clavados en el suelo.

—Déjame ver tu rostro.

Ella alzó la mirada y él la observó con los ojos más grandes que jamás le había visto. Permanecí ahí, atónito ante la escena; sus ojos rojizos y húmedos se abrieron aún más, escudriñándola de arriba abajo. Ella sostuvo su mirada con firmeza. Nunca lo había visto temeroso. ¿Cómo podía él, un maestro en el arte de arreglar a los muertos, sentir miedo? Sin embargo, ese día, lo vi lleno de turbación. Entonces, me dijo con voz grave:

—Leo, por favor retírate.

Consentí y me alejé a descansar, aunque la intriga me mantuvo despierto, escribiendo párrafos, diálogos, un guion que aún guardo celosamente en mi diario de pensamientos íntimos, de hojas amarillas con rayas azules.

Cinco meses después de la llegada de aquella mujer de alba piel, sus desgastados vestidos floreados fueron reemplazados por trajes negros de una pulcritud casi sobrenatural. Su cabello, antes desaliñado y sujeto con horquillas en un moño desordenado, ahora lucía peinado y estilizado. Su

frente alta me recordaba a mi amigo Pedro, al que solía visitar frecuentemente.

Nuestros encuentros eran frecuentes, aunque nuestras conversaciones, breves. Los saludos se volvieron rutinarios, y mis emociones se anclaron en las curvas discretas de su cuerpo, su aliento fresco, su comportamiento a veces cálido, a veces distante. Cuando mi mentor falleció sin alardes, me encargué personalmente de su preparación final, queriendo hacerlo sentir orgulloso. Ella permaneció a mi lado durante todo el proceso, observando cada detalle sin apartarse ni un instante, ni siquiera para atender necesidades básicas como ir al baño.

Primero lo lavé suavemente con una mezcla de agua e hipoclorito de sodio, frotándolo con un estropajo y enjuagándolo cuidadosamente con una manguera. Buscaba darle un semblante de alivio, retrasar su descomposición y neutralizar el olor característico que emana tras el fallecimiento.

En ese tiempo, ya la mesa de la sala de tanatopraxia era de metal, sostenida por cuatro patas robustas. Preparados ambos, con un poco de VapoRub bajo la nariz para mitigar los olores, nos rodeaban pinzas, cánulas, tijeras, agujas y maquillaje. Larga como su vida había sido, la manguera se extendía a través de la habitación, un recordatorio de su prolongada existencia.

Realicé una pequeña incisión de dos centímetros en la aorta, ya expuesta tras el masaje inicial, e injecté una solución diluida de formol en agua, siguiendo sus

enseñanzas. Abrí un orificio para drenar los fluidos corporales y extraje los restos líquidos. Su cuerpo fue entonces preservado, restaurado y rehabilitado con esmero. El proceso difiere considerablemente de los métodos modernos, donde los fluidos embalsamantes incluyen un tinte para mejorar el aspecto de sonrojo natural.

La restauración constituía un tributo a su vida, como si se abriera una diminuta ventana hacia su perpetuidad. El proceso de embalsamamiento implicaba un meticuloso relleno, diseñado para prevenir cualquier signo de descomposición. Me dediqué a rejuvenecer sus labios, dotándolos de una apariencia más natural y atractiva. La limpieza, tanto física como espiritual, permitía a los dolientes recordarlo como en sus mejores tiempos. Finalmente, dignifiqué su mente y sus recuerdos, preservando la esencia de su ser para un postrer adiós.

Cada difunto presenta un conjunto único de desafíos en el momento de su preparación. Esto depende de las preferencias de los familiares: algunos desean verlo sin barba, otros con labial. Hay quienes exageran, pidiendo que el difunto parezca estar sonriendo o saludando como si fuera un personaje de cómic. Mi habilidad para improvisar resulta crucial, especialmente con los casos no identificados.

El atuendo es esencial; los deudos suelen traer su mejor traje, al cual añado alcanfor para conservarlo. Algunos quieren que el cuerpo parezca más delgado, aunque sea corpulento, y viceversa en casos de enfermedades consumidoras como el cáncer.

Afortunadamente, cuento con la colaboración de una amiga modista-tanatopractora, quien no solo ajusta la vestimenta de los fallecidos sino también confecciona mis camisas.

La sutura de la boca se realiza con tal perfección que es imposible detectar las puntadas o el hilo, reminiscente de una chismosa que nunca divulga secretos. Es crucial mantener la apariencia y contener los gases, por lo que se sellan cuidadosamente las fosas nasales y los oídos. Aunque muchos parecen sordos ante los malos olores, mi habilidad para manejar estos detalles es esencial. Como mencioné, mi capacidad para improvisar con los casos no identificados es clave. Me he convertido en un experto en peinado y maquillaje. Soy un confidente para las mujeres, un acompañante para las damas mayores de mi pueblo y, sin duda, el mejor estilista para aquellos que han partido, transformándolos de modo que parezcan tan vivos como antes.

Este pueblo ha adquirido una frialdad que refleja mis propios sentimientos hacia quienes llegan y los que están por llegar. No obstante, rige una norma inquebrantable: deben lucir como si estuvieran dormidos, nunca muertos; de lo contrario, mi trabajo no alcanzaría la excelencia. Aun así, puedo adaptarme al manejar los casos no identificados que sí evidencian claramente la muerte. He observado cómo las monjas y ancianas del pueblo, al visitar a los difuntos y ver sus serenas expresiones, se transforman en lloronas, endechadores o lamentadores, quedando plenamente satisfechas. A cada difunto le otorgo una enigmática

sonrisa de felicidad, con una nobleza inconfundible y cejas delicadamente elevadas, lo que incluso para el alcalde resulta consolador: murió contento, o ella partió feliz.

Afirmar que alguien "murió feliz" es una falacia, pues sé por experiencia, que el 99% de las personas no muere feliz. Si fuera así, no estaríamos constantemente buscando curas para múltiples enfermedades ni intentaríamos prolongar la vida de nuestros ancianos en estados cuasi vitales ni derramaríamos lágrimas cada vez que alguien cae enfermo.

Troca para fluidos, un artificio inspirador para adelgazar. Obstrucción de orificios existenciales con recuerdos de algodón, sacar sus vísceras y sangre. Ella se encargó de la vestimenta y me asistió con el maquillaje escénico, añadiéndole más color del que jamás tuvo. Transportarlo al ataúd no supuso esfuerzo alguno; el cura del pueblo pesaba diez veces más. Ahora, quisiera aplicar las técnicas modernas que conozco, realizar rituales dignos de un funeral egipcio, poseer la maestría en momificaciones como un sacerdote de Anubis.

Formamos una pareja ideal; ella, heredera de uno de los negocios más prósperos del pueblo, y yo, el experto. Nuestra relación no se fraguó en bares ni compartiendo helados, sino en medio de anécdotas sobre los difuntos, alejados de la frivolidad televisiva. No hubo flores, salvo al final. Nuestro negocio era nuestro propósito de vida, ajenos a las miserias humanas, felices en nuestra opulencia acumulada.

La amé profundamente, hasta la médula. No sé si fue por su pálida blancura o por los juegos de coqueteo en el laboratorio de tanatopraxia. Antes de casarnos, exploramos cada rincón de la funeraria para nuestros encuentros. Recuerdo especialmente el día en que, movida por un impulso travieso, me convenció de usar la fría mesa metálica de preparación, que juntos calentamos. Nuestros encuentros, aunque no engendraban vida, tampoco auguraban muerte. Durante los primeros años de matrimonio, nuestras carcajadas solo eran contenidas por las circunstancias de los velorios, siempre ataviados de riguroso negro.

Desarrollamos un juego, surgido de nuestra intimidad: yo me posicionaba junto a la puerta del salón de velación, recibiendo a los dolientes, mientras ella se ubicaba cerca de los velones, asegurándose de que nada perturbara la quietud. Entre nosotros, se intercambiaban besos invisibles, como si fuéramos jugadores en un partido de tenis o lanzadores en el béisbol. El ritual no escrito dictaba que debíamos confirmar que nadie nos observara antes de enviar un beso, que el otro atrapaba con la mano y después se llevaba al corazón. Era un acto lleno de amor, que transcendía lo cotidiano y la distorsión del tiempo. A menudo, las risas nos inundaban cuando algún asistente nos sorprendía y nos lanzaba una mirada de desaprobación. En esas ocasiones, ella solía sonrojarse, mientras que yo desviaba la mirada, fingiendo distracción.

Así transcurrieron unos años colmados de abundancia y felicidad, ya que siempre había fallecidos que preparar y enterrar. Nunca disfrutamos de vacaciones, aunque las planeamos en múltiples ocasiones; la falta de un reemplazo nos lo impidió. Nuestros paseos al cementerio se convirtieron en nuestros momentos de esparcimiento. A veces, tras disfrutar de unas copas, la llevaba allí con la complicidad del celador-enterrador y aprovechábamos para conversar con Pedro. Recuerdo vívidamente cuando se lo presenté, en la noche que ella perdió su virginidad emocional hacia el lugar:

—Pastora, ¿quieres salir de aquí? Hoy no tenemos muertos que atender.

—De acuerdo, pero ya sabes que no disfruto la compañía ajena al negocio, ni hablar con extraños.

—Entiendo, mami, pero tal vez quieras conocer a mi mejor amigo.

—Creí que no tenías amigos. Bueno, si es así, acepto.

Caminamos unos quince minutos hacia las afueras. Me detuve en un quiosco y compré una botella de Cherrynol, ese vino tinto dulce que solíamos compartir en noches lúgubres. Mientras ella brindaba con una copa de plástico blanco, yo no podía dejar de observar cómo sus pequeños pechos se delineaban más claramente, reacción que siempre provocaba ese vino.

Lucas, el celador, nos recibió con una sonrisa. Pensó que veníamos a charlar de fútbol, como en aquellas noches de insomnio en las que, entre tragos, le prometí arreglarlo gratis cuando llegara su momento, promesa que eventualmente cumplí. Esa noche le pedí permiso para adentrarnos en el sagrado altar de Hades con mi Perséfone particular. Pastora me seguía con paso firme, sin miedo ni asco, dejándose guiar por los sombríos recovecos del lugar. Hacía tiempo que nadie cuidaba las tumbas abandonadas, pero en medio del paseo recordé dónde descansaba Pedro o Yorick, a quien no visitaba hacía dos años.

Llegamos a su morada, oculta entre la maleza. Tras varios intentos fallidos, logré abrir una ventana ceremonial. Toqué dos veces en saludo y tres más para deshacer maleficios antes de empujar la entrada. Ahí estaba él, majestuoso en su eterno descanso, calvo y sin mandíbula, pero con los pómulos bien definidos. Era mi amigo y ahora también de Pastora.

—Hola, querido amigo, eres el compadre de Leopoldo. Él me ha hablado mucho de ti, mucho gusto —saludó ella, depositando un beso en su cráneo. Jamás habría imaginado tal gesto, pero era evidente que a ella no le intimidaba lo cadavérico.

—Claro que te saluda, ¿no ves su alegría? Tanto que hasta la risa se le ha caído —bromeé mientras reíamos a carcajadas, recogiendo su mandíbula del suelo para encajarla de nuevo. Deseé tener pegamento para unir las dos partes y me prometí traer tornillos de compresión para fijar su rostro.

Así transcurrió la noche, entre risas y caricias, compartiendo amor y lujuria bajo la sombra de las tumbas. Nos entregamos el uno al otro junto a la tumba de Pedro, en mi peculiar primer trío. Pastora, a cuatro patas, dejaba que yo levantase su falda hasta la cintura; los remezones vibraban mientras ella exclamaba con pasión: — ¡Más duro! ... ¡Mátame, papito! ... ¡Más duro, amor...!—. Y Pedro, con su mandíbula desencajada, parecía observarnos.

La mañana tras aquella noche no trajo quejas; despertamos entre la hierba del camposanto, rejuvenecidos por la vida que prometían las flores próximas a brotar del suelo alimentado por la sangre que manó de sus piernas. Un palpable entusiasmo matrimonial nos envolvía, y apenas un mes después, nos casamos, reemplazando al cura deshonrado con otro. Intercambiamos anillos de oro blanco, un lujo que nuestro ahorro nos permitía, y vestimos de blanco por última vez, enamorados y ebrios del presagio de la muerte que siempre nos rodeaba.



Era un día agitado; el trabajo no cesaba y el cansancio se reflejaba en nuestros semblantes sombríos. De repente, un grito me sacó de mi sopor: —¡Auxilio! ¡Se ha desmayado la señora Pastora!— alertó la asistente de limpieza. Corrí a cargarla, apresurándome al hospital en la esquina. Pronto, un viejo conocido y compañero de nocturnidades, que ahora era médico, emergió con noticias inesperadas: —Felicitaciones, su esposa está embarazada. Un futuro habitante más para nuestro pueblo—. Mi rostro palideció, luego un rubor intenso coloreó mis mejillas.

—Debe tener cuidado, está algo anémica—
aconsejó.

—Entendido, la cuidaré como a una obra de arte
frágil— prometí.

La traté con toda la delicadeza del mundo, no le faltó caldo de gallina y le preparé sueros especiales, aunque a ella le desagradaban. Era la primera vez que usaba la licuadora, especialmente para sus jugos. Le cedí mi sillón favorito para que disfrutara de sus telenovelas, esas que tanto me irritaban pero que, para mi sorpresa, terminé conociendo de pe a pa, a veces prediciendo los enredos de Juan y María. Ella se burlaba cariñosamente de mi involuntaria devoción por sus dramas.

A pesar de que su rostro se ensanchaba y sus ojos se empequeñecían, y aunque a menudo, entre lágrimas, me maldecía por haberla embarazado, mi sonrisa nunca decayó. Hubo momentos en los que, al dejarla dormida, me asaltaba el deseo de escapar y no volver, de comprar cigarrillos y desvanecerme como lo hizo el hombre que supuestamente era mi padre, abandonando a mi madre a su suerte, quien a su vez me entregó a mi abuela, como efectivamente ocurrió.

En la segunda etapa del embarazo, Pastora presentaba una hinchazón notable en manos, rostro, pies y tobillos. Se quejaba de visión borrosa y sufría dolores de cabeza persistentes, complicaciones que me veía impotente para aliviar, ya que tenía prohibido administrarle aspirina. Los vómitos eran frecuentes, casi como las dramáticas escenas de las telenovelas

que tanto veíamos. El médico la visitaba con regularidad, hasta que un día, después de revisar su presión y analizar su orina, me reveló: —Tu esposa tiene preeclampsia. Es grave y debe limitar su movimiento lo máximo posible.

Mi preocupación se intensificó tanto que decidí llevarla a casa de una amiga en el pueblo. Me esmeraba en la higiene: me bañaba exhaustivamente después de cada velorio, añadiendo límpido al agua y utilizando un estropajo; incluso hacía lavar mi ropa aparte y me cambiaba allí, temiendo llevarle algún contaminante.

Un día, mientras atendía un servicio funerario, Pastora sufrió una convulsión. No estaba presente para ayudarla. Corrí hacia allí tan pronto como pude, dejando el cadáver a un lado; mi propia vida y la de mi familia estaban en juego. Al llegar, el doctor, entre sollozos, me informó: —Lo siento, hermano, pero ella no resistió.

—¿Y el bebé?

—Tampoco sobrevivió —respondió con pesar. —La eclampsia fue demasiado para ella.

Lloré desconsoladamente, más incluso que cuando fallecieron mi abuela o Palustre. Sentí un dolor abrumador, como una pesada masa oprimiendo mi corazón. Rezaba, aunque siempre me consideré ateo; nadie podía impedírmelo. Maldije la figura de Cristo que presidía la sala de velación, burlándome de

su sonrisa, que parecía burlarse a su vez de mí, sugiriendo que ahora me tocaba preparar a dos seres queridos más para el último adiós. No quería hacerlo, pero ¿quién más sino yo? Así comenzó un nuevo ciclo de amor, enamorándome por primera vez de la tristeza que llevaba dentro.

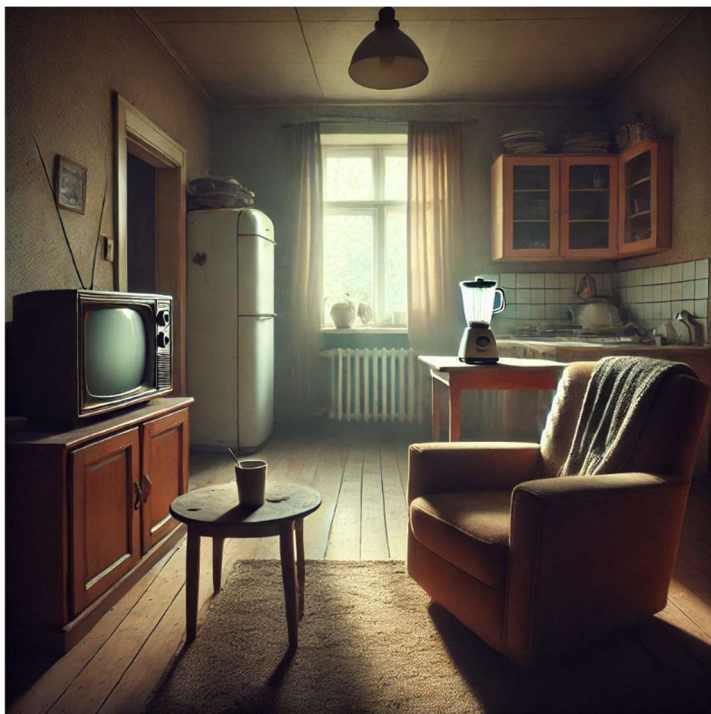


Pasaron unos años, cuento tres, recordando esos amores profundos y cuidados abundantes ¡Oh mi bella Pastora! ¡Oh mi amante prodigiosa! Sí, desde que te fuiste, este pueblo es noche gris y mi cuarto está lleno de neblina. Pasaron tres años de tu muerte y sigo como un zombi, caminado por esta casa cuando llego del lupanar. Sigo los pasos de Palustre,

nunca comprendí su tristeza con risa fingida ¿sería por Marcela?

Siempre que recorro este santuario de belleza moribunda, recuerdo los besos de mandalas que mandabas entre lloronas y chismosos, entre las velas y el féretro. Los objetos familiares se animan como en películas de Disney, pero después del recuerdo se vuelven inanimados. Los objetos recuerdan mis alegrías produciéndome tristezas pero, al pasar el tiempo se alejan del alma hasta no querer verlos más.

Las cosas familiares se alejan hacia lo irreconocible de la tristeza y el llanto, hacia la insatisfacción. Los objetos que envolvían nuestras cotidianidades, que hace tres años dejaron de ser cotidianas, hacen que la percepción se acelere y aflore en cada respirar, esos entes, esas habitaciones, la casa y el cementerio, hasta el pueblo se alejan de mi interés sobrio. No obstante, cuando camino, vuelvo y desenvuelvo calles, las odio, y si hay un trago más, ¡hasta que mis piernas pierdan equilibrio! Rencor, y si hay otro trago, mejor hasta la nostalgia.



No recuerdo por la laguna y la resaca no me evoca, me entristece. Igual no hay muerto que arreglar, veo una película cualquiera con la licuadora prendida. Esa licuadora por la cual discutíamos muchas veces: siempre yo en el sillón café, tratando de ver películas de terror, de zombis que a mí me daban risa y a ti te asustaban. Al otro lado la cocina, sin una división para dividirnos: prendías la maldita licuadora en el momento más interesante, en el desenlace fatal o en la explicación del porqué todo sucedía y me enervaba, pero mi risa fluía al mirarte cuando te burlabas. Terminabas el jugo de maracuyá o de tomate de árbol, los cuales me encantaban. Podría reiniciar contigo sentada en mis piernas.

Ahora sigo en la silla solo esperando, imaginando la licuadora imprecisa en el desenlace o la explicación perfecta, esperando a que te sientes en mis piernas. Te toco el rostro fantasmal mientras el televisor está apagado.

Los pasillos mantienen sucios como polvo. El comedor y la cama mantienen destendidos hasta que llega la señora Clara dos veces a la semana a arreglar mi desorden en el interior del *exhogar*. Ese que está solo a un corredor largo de mi sitio de trabajo habitual. La muerte antes me parecía una broma, ahora ni me parece, puesto que he perdido el toque desde que te arreglé, arregle a la *Abue* y a Palustre. No vuelvo la fealdad bella, simplemente la dejo para un mirar pasajero mas no eterno, no me interesa.

Hace tanto tiempo que no duermo en cama... solo la *destiendo* cuando llego melancólico a hablar y abrazar una almohada que en determinado momento eres tú, y por la mañana es un paso a dormir mi guayabo en la hamaca, puesto que en mi sobriedad no me acuesto allí en lo matrimonial. Sé que los ácaros se están comiendo el colchón como a mi alma. Lo peor es que no siento frío como antes cuando estaba dispuesto para el *arrunche*, las cobijas simplemente son algo que guardar como los peluches, el saco que me regalaste huele maluco porque me lo pongo en cada salida sin lavar.

Sin embargo, los objetos más familiares están después del corredor, allí donde me visto de negro. Mis cachetes rosados de paramuno se perdieron. Y ahora ejerzo mejor mi labor de guía fúnebre más no

de tanatólogo. Te recuerdo en la sala de velación, brindándole café o aguardiente a los dolientes. Miro perdidamente hacia los velones esperando el coqueteo fugaz de tu espectro, mientras parado en la puerta estoy recibiendo a los visitantes. Te tiro un beso.

SUEÑOS EN EL VENTANAL

Tocan la puerta

Anoche entré a tu habitación, atravesé el ojo de tu cerradura y estabas tan bella como siempre. Tenías ese vestido beige que me gusta, contoneante. Miraba tus tacones ceñirse al piso, rojos, altos, puntiagudos. Sentía con cada paso golpes de saturación y desespero, despertando hormonas que dolían. Me dolían, me hacían sangrar por dentro:

—¡Espera! No lo acaricies tan rápido, traviesa, no metas las manos dentro del pantalón. Eres una ramera irresistible, eres mi sueño soñado. Espera, mujer... mejor un vino... atiéndeme... —Tu risa fluía...

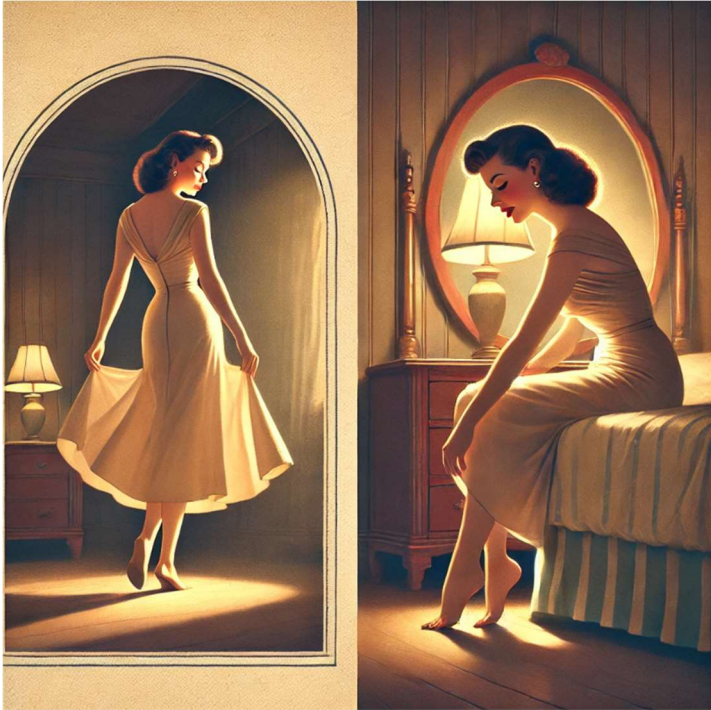
—¡Eres irresistible, Leo. Déjate, papi, que soy tuya —susurrabas al oído.

Después de unas copas al compás de la música electrónica, arremetí hacia ti como un animal desengaulado. Era un rinoceronte lleno que buscaba penetrar.

—Ahora tú eres el arrecho —pronunciaste regañándome.

Besaba y mordía tu cuello delicado que se sonrojaba con facilidad; mi barba penetraba tus poros. Tus gemidos producían dolores en mis oídos que me obligaron a tirarte al sofá. Arranqué tu vestido

suciamente, tus pechos vituperados quedaron dispuestos a ser lamidos, mordidos.



—Me encantan tus tetas —las tocaba duramente, gritabas—. ¡Más, amor! ¡Más duro! Así quiero que me trates. ¡Penétrame! —pedías.

Te hice caso y bajé mi cremallera rápidamente, pero primero subí a tu rostro buscando tus labios rosas. Tu pecho bestial me detuvo, allí di unos golpes con mi mazo para que sintieras mi esplendor.

—¡Más, amor! ¡Más duro! ¡Qué delicia!...

Tocan la puerta. Debo guardar los binoculares.

La visita

Tocaban la puerta. Era algo tarde y sentía mucho odio por el desconocido que resultó ser un amigo del trabajo que necesitaba que le prestara software. Al principio, lo miré, tal res dispuesta a ser engullida por mis ansias de depredador, pero proseguí a buscar el encargo, sumiso como cachorro entrenado para traer el periódico o un trozo de palo.

Después de unos minutos, una preocupación profunda entró en mí: había dejado el ventanal abierto con los binoculares cerca, por tanto, dejé de lado lo que estaba buscando y salí de la habitación corriendo para la sala. Desaceleré el paso al advertir al visitante:

—Está haciendo un poco de frío —afirmé al visitante que miraba todo a su alrededor como queriendo descubrir o asimilar mi espacio.

—Debes estar enfermo, es verano —respondió.

—He sentido un poco de resfrío —excusé, cerrando la ventana y corriendo las cortinas—. No encuentro el programa —agregué.

—Ah, qué lástima y ¿qué cuentas?



Pregunta maldita que necesitaba una charla más larga que no podía cortar ni evadir, porque era mi compañero; además, no sabía qué había visto. No sabía si había intuido que observaba a Mildred en el apartamento del frente. Me preocupaba lo que dijeran en el trabajo: —¡Es un mirón!, le gusta ver a sus vecinas follar—. Pero me tranquilicé porque Mildred no lo sabía... ella seguía siendo mía.

S.

No soy un solitario, no lo creas, tengo una novia llamada S; no mereces saber su nombre como en verdad no sé el tuyo. Ella me acompañó al almacén de electrodomésticos para completar el dinero de nuestra cámara fotográfica, pensaba que era de los dos. No sabe que es de nuestras noches de pasión — tuyas y mías, no de S— y unos cuantos flashes de recorridos citadinos. Tiene un teleobjetivo que puede acercar distantes montañas, como tus senos.

S. hace que le tome fotos a cada instante, pero tengo la excusa perfecta: diré que me la robaron. Será el artilugio de nuestros secretos.

El calor es sofocante, S. ha venido a visitarme. Es uno de esos días que tiene libre en su trabajo nocturno de gimnasta de barra, un pole dance muy erótico. Ha llegado muy arrecha. Empiezo a cansarme de las muñecas inflables, además, mi otra muñeca está hinchada de tanta reflexión por ti.



El cuerpo de S. es escultural y delicioso, succiona mis instintos más bajos, haciendo que mi lengua busque su abertura igual que una llave encontrando su cerradura. Te imagino en ella. En muchas ocasiones te he imaginado en ella. Las dos mías. Una pelirroja y una asiática al encuentro con mi piel llena de sudor por el verano. Cuatro ojos mirándome, dos bocas buscando la mía; morbosidades de amor que zumban en mis oídos llenos de miel. Una blancura intensa y otra amarillenta dispuestas a mis palmadas, a mi fuerza: —quiero que se la chupe... suavemente —grita mi mente. Mi lengua lame la perversidad escondida entre las piernas de S. que grita como loca.

Espero que baje la voz, para que no la escuches al otro lado de la calle, pidiendo: —¡Méteme los dedos!

Subo lentamente, mordisqueando su piel; mi mano arremete hacia su estación: dedos húmedos con olor agrio, mágico, que desenvuelven la emoción. Arremeto, separando sus piernas, llegando a su cuello. Mi boca está llena de saliva, como mis palmas lubricadas. Empujo lentamente, dolorosamente hacia su interior. Deseo escucharla gritar mi nombre.

—¡Leo! ¡Más fuerte! Así... amor. —Pero su tono de voz es distinto del imaginado.

Lo saco rápidamente, sin premeditación, para no llegar a su interior. Su tatuaje sirve de camino a mi semen que va a su ombligo. Despierto de mi quimera, veo su rostro lindo, orgulloso. Veo sus senos pequeños y cremosos, pero no eres tú.

Osadía

Te he follado mil veces, más de las que quiero: en el trabajo, en el baño; en el balcón... con mi novia en mis sueños. La otra noche entré a tu edificio con la preocupación y premeditación de un espía. Pedí permiso al portero con el pretexto de alquilar un apartamento deshabitado. Eran las 7 p.m. No habías llegado; simplemente quería pasar por tu puerta, únicamente deseaba apreciar el color de tu entrada. Tal vez tenía la esperanza de que estuviera abierta para esconderme bajo la cama o detrás de la cortina; una ilusión de estar cerca y matar esta lujuria viendo tu fealdad, la cual imagino, pero no creo.

Quiero empuñar con más furia mi arma comparando mi fuerza con la tuya, a la manera que empuñas mi alma a lo lejos, detrás de tu ventanal. Pero, ahora miento, ambiciono verte y decirte: —Mi nombre es Leonardo, ¿cuál es el tuyo?... soy tu vecino... ¿te gustaría tomar una copa conmigo?—. No lo creas, algún día lo haré, me atreveré a estar cerca y, si lo permites, dentro de ti para violar tus sueños.

La otra noche me paré como un idiota en la entrada de mi edificio, esperando que llegaras y pasaras por la acera dispuesta a entrar al tuyo. Ahora soy más atrevido, no solo te quiero observar por el vidrio, corriendo las cortinas, sino que también deseo que me mires.

Pasaste después de tres horas, lo sé porque obtuve un dolor de cuello mirando tu balcón como lo hago cuando estoy detrás de mi ventanal.



Juntos, en mi apartamento, está el altar con artilugios de imagen: cámara fotográfica con un teleobjetivo, filmadora y un diario que me colma de pensamientos, tal cual quinceañera que espera su primer amor penetrable. Ahí escribo letras como garabatos excitados, siendo dueños de nuestros cuerpos y podértelo entregar lleno de sueños escritos, inundando de humedades páginas para vos.

Tal vez, volver el diario mi cuerpo, mejor, mi cuerpo convertirlo en un diario con letras orientales —como Nagiko a Jerome—. Tatuaré tu rostro como un regalo de nuestra vejez. Le diré a S. que nos tatúe

a los dos. Ahora no se puede decir. No puedes leer ni conocer el tatuaje nunca hecho, me echarías por esta revelación sacrílega, por desear a una pintora y su modelo desnuda al mismo instante. Todavía no, porque no comprendes que soy un Da Vinci en erección y tú una musa llena de creación.

Soy un enfermo por ti. Franqueaste mi acera azarosamente con tus faldas. Esos vestidos vaporosos que atraviesan mi ser, se movían y se mueven libidinosamente. Entraste rápidamente, estabas apurada por mostrarme tu cuerpo entre pálido y rosa. A veces, tu rostro triste, en ocasiones rozagante alegre. Recordé que era sábado, el día que te arreglas a exponer lo que deseo y lo que quiero en fines de semana que me diviertes deleitándome con delicadeza. Subí las escaleras corriendo con el fin de llegar a mi apartamento, quedando sin respiración. Entré precipitadamente a coger los binoculares, dispuse la cámara fotográfica en automático... ¡cómo odio cuando se me empañan los lentes!

Las cortinas

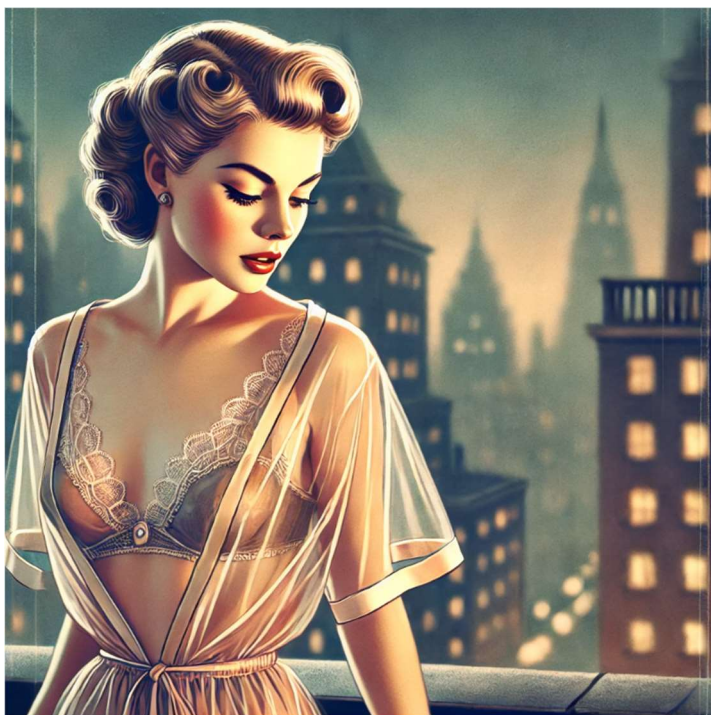
Es un domingo muy caluroso en estas tierras sofocantes y entrañables de la ciudad carmesí. Estoy despierto desde anoche, desde que te fuiste y no llegaste para ofrecerme tu espalda blanca, tersa, musculosa, trabajada por el gimnasio, muestra de tu genética. Me encantaría dar una ojeada a tu madre.

Me quedé dormido en la silla adecuada junto al ventanal, estaba cansado de tanta vigilancia. Perdí tu encuentro. Somnoliento, entré a mi cuarto muy deprimido por no haber cumplido bien mi labor diaria, pero algo: un impulso, un sentimiento, a lo que le dicen un sexto sentido, una premonición, me hizo volver al ventanal. Pasé sigilosamente como un gato de lado a lado, ronroneando en mi pensamiento excitado. Te vi, estabas en tu balcón, ese que da al mirador de mi sala. ¡Gracias a Dios! Tuve la osadía, la inteligencia de comprar unas cortinas translúcidas. Me atreví a preguntar al vendedor si las cortinas dejaban entrever las siluetas de afuera hacia dentro y

que era necesario que yo viera de adentro para fuera; el vendedor dijo que eran las que yo necesitaba:

—En estos tiempos hay que ser precavido, la ciudad es muy peligrosa —indicó, riendo con ironía.

Estás en ese balcón, en tu acostumbrada levantadora transparente, no tienes brasier, lo observo con atención docta. Desde la distancia puedo extraer un punto oscuro que revela tu pezón, imagen de mi mente libidinosa y bipolar.



Los binoculares hicieron su trabajo. Sí, era ese pezón que siento en la yema de mi índice. Pasaron mil acciones por mi mente: saldré al balcón en mis fachas

del despertar, de futbolista de barrio sin bañar. Solo una camiseta y mis sandalias que no alcanzarás a apreciar. Bostezaré, abriré los brazos y te miraré ahí recostada con tus brazos que las aprietas, toda una alucinación.

—Hola, vecino. ¿Mucho calor? —preguntas.

—¿Perdón, es conmigo? —respondo como un idiota desprevenido—. Mucho calor, está como para una cerveza.

—¡Qué delicia! Tengo unas cuantas en la nevera, tú verás... —Me invitas, pero mi respuesta se demora un poco y mucho más. Suena el timbre, maldito sonido que acaba con mis alucinaciones auditivas.

Repiquea el timbre maldito, que en otra puerta es el sello de la excitación. Entro a la habitación poniéndome una bermuda. Temeroso, muy despacio, tomo mi tiempo para vestirme ¡ya te extraño! Mi silencio dice: —otro día serán las cervezas, me llegó visita. —Es S.

S. no esperó cruzar la puerta para estar semidesnuda. Se quitó su blusa transparente, sudada; rica; quedándose con su pequeño brasier. Entre tanto, el tatuaje venenoso, el cual hacía juego con su pantalón capri, se metía en su pecho.

Ese capri pirata mojado. Toda una pecera erótica. Se lo bajó haciendo minúsculos juegos de brazos y moviendo la cadera en un juego de hula-hula, quedando una tanga transparente que decía en su frente “Prohibido, no tocar” y que dejaba una

pequeña sombra hermosa, triangular, que hizo que mis ojos desorbitados se enrojecieran soltando una lágrima de emoción.

El retazo que cubría su plenitud estaba húmedo, algoritmo que explicaba cómo penetrar agujeros negros —quién expondría que Stephen Hawking no alcanzó a predecir su humedad—, succionaba todo a su paso; yo residía ahí para ser chupado. Una lágrima rodó por mi mejilla, como antes, por esos dos espejismos de verano, uno del ventanal y el otro de mi puerta. ¡Es una maravilla mi hogar!

—¡Qué calor, mi amor! —recalcó S.

—Sí, está haciendo un bochorno terrible —respondí.

—¿Si me has pensado, amor? —preguntaste con voz mimada.

—¡Claro! Te pienso mucho más de lo que tú crees —reflexioné mi respuesta con algo de ironía, con mucha ironía.

S. me besó con ternura, traté de meter mi lengua entre su boca y ella se vino deliciosamente, mojó más su tanga. Sentí su rocío. Pero, hace un momento, antes de que se acercara a darme el beso, había puesto mi mano en su resquicio para sentir su bestial bañada. Agarraba mi miembro con fuerza. También, casi me vengó —debe ser por la saliva sofocada—, pensé en ese instante.

Las puertas de cristal del balcón estaban de par en par, dejando entrar el bochorno.

—Qué rico un poco de viento —propusiste, supuesta amada.

Ella, sin preguntar, sin pedir permiso, era dueña de mi espacio y de mi cuerpo. Se dirigió hacia el balcón, salió en “paños menores”, semidesnuda. Profeso que para los transeúntes que pasaron a esa hora, fue un regalo de navidad adelantado. Por tal delgadez, sé que se estimularon como yo en la puerta.

Hay voyeurs por todos lados, mirando de arriba a abajo, de abajo a arriba. Los atrevidos horizontalmente y de frente. Los valerosos por una abertura, por una rendija, por un hueco de pared hecho con un taladro que será tapado con un chicle, dilatando el ojo del mirón.

Flashback: mi primer agujero

Recuerdo muy bien cuando tenía trece años: casas antiguas donde las puertas dividían los cuartos de muros delgados que dejaban pasar el sonido. En una de esas habitaciones vivía una pareja: una gorda blanca, rubia robusta, muy excitante, y un hombre corpulento, mestizo, un camionero. Él llegaba de sus largas travesías e iniciaban su faena en el horario que un adolescente debería dormir. Yo había puesto el chifonier junto a la pared; era una escalera de audios, ese que me regaló mi abuela, para taponar la “puerta condenada” que comunicaba con ese cuarto.

Yo era un joven delgado, ágil, lo cual permitía que subiera encima del gran cajón de madera. En su interior, se mezclaba mi ropa con la de la abuela, mi vestido de marinero se confundía con la falda de rosas rojas desteñida. Sé que ese ropaje la había acompañado desde su nacimiento o fue su estreno de quinceañera, y todavía, ya vieja, se la ponía sin preocupación.



Inicié mi labor de pájaro carpintero. Decidí que debería volver los gemidos imágenes, no dejaban dormir. Un día que no se encontraba mi abuela ni los vecinos, cogí un martillo y una puntilla, franquéé la esquina de la puerta de madera en la parte de arriba, no en el medio; en un borde el hoyo era mejor, al lado izquierdo del portón. Además, si hacía más grande el hueco podría traicionar a mi chifonier. Ese mueble salvaguardaba el equilibrio de malabarista de mis masturbaciones nocturnas.

Tuve que meter una segunda puntilla, ¡no veía nada! Una más gruesa no me satisfizo el tamaño del

orificio para observar el catre que estaba al fondo del pequeño cuarto.

Así, noche a noche, observaba con interés académico las posturas y las lamentaciones de esta pareja. A él le fascinaba poner el dedo en su clítoris —artefacto apenas a descubrir por mi curiosidad—. En mi opinión, le encantaba porque gemía como una gata. Su índice gordo de conductor entrenado tenía la habilidad de una batidora. Cuando se desgastaba, lo respaldaba su corazón y así sucesivamente: índice-corazón-índice. Movía sus dedos tan rápido que ella no alcanzaba a gritar a perpetrar el juego con el ex guitarrista.

Se ahogaba, se venía, quedaba tan húmeda que la tenía que secar con una toalla descolorida rosiblanca dispuesta en la baranda de la cama. Después de la chorreada de la gorda dama, él enseguida le daba su merecido. Cambiaban de poses cada que tenían su faena, repetición subyugante y hermosa de la venida del camionero. Primero en protocolo ritual, una formalidad: su mano de habilidad mecánica y metálica hacía su labor. Era el inicio de su pasión. Él era el dios de la masturbación, un Dionisio o Pan despreocupado y entrenado.

Cuando terminaban, yo ponía de nuevo el chicle en el agujero. Aunque miento: por la pobreza que nos rodeaba, la mayoría de veces no era un chicle sino un papel masticado, de esos amarillos con rayas azul verdosas donde escribía mis primeras letras. Pensándolo bien: rumiaba y salivaba mis primitivas palabras con lucubraciones y masturbaciones

nocturnas. Sí, con el chicle de papel amarillo de líneas escolares taponaba el hueco de mis lujurias.

Ese paraje de barro con boñiga de vaca se acompañaba de la pose para poder satisfacer la lubricidad. Misterios a descubrir por mí. Me imaginaba montando a la gorda, la grosa dama rubia de mi amigo camionero, sabía que sería una odisea montarla, tendría que ser un experto con los dedos. Por tanto, entrenaba mis dedillos con una muñeca de trapo de esas que coleccionaba mi abuela. En ese tiempo no conocía el clítoris como amalgama de satisfacción, simplemente pensaba que era fácil hacerla vibrar.

Después de unos años, muchos años, tuve una novia que llegaba al orgasmo frotándose con mi muslo. Terminaba, o mejor, se venía; yo proseguía la penetración hasta sentirme satisfecho. Era un intercambio de placeres, supongo, puesto que nunca nos vinimos al mismo tiempo. Siempre hay una pose, una parte del cuerpo que sujeta las emociones de las mujeres y también de los hombres, como cuando S. hace que frote su vulva con mi cabeza. ¿Cuál será la tuya, Mildred?

La invitación

No le importó que fuera pleno mediodía; con esa sofocación a mí tampoco me interesó.

—Hola vecina, cómo le va. —Escuché que dijo S.

—Muy bien... mucho calor —contestaron desde el otro lado de la pequeña calle.

Las calles son muy angostas, caben motocicletas y carros pequeños. Simplemente, con subir la voz nos podemos comunicar de edificio a edificio.

—Este calor está como para tomarse unas cervezas bien frías, amiga —propuso Mildred.

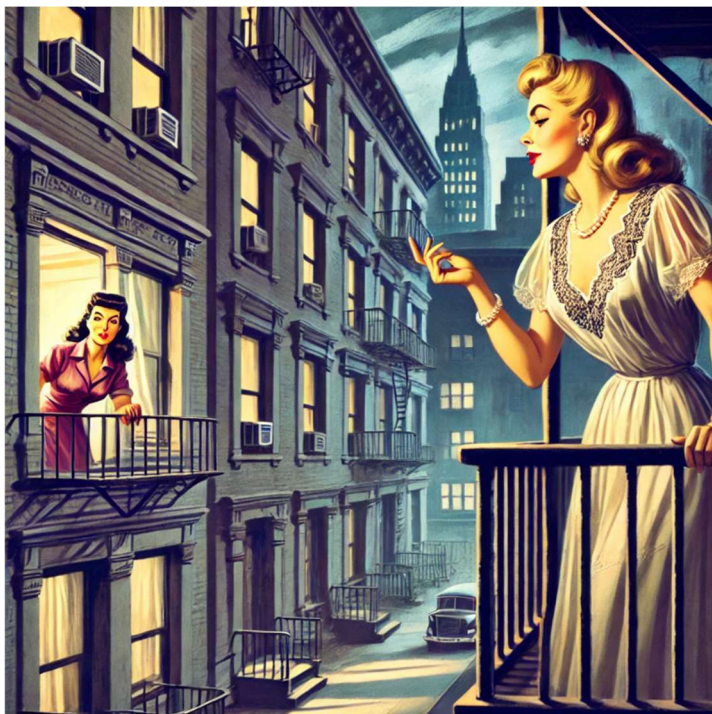
¡Ya se trataban de amigas!, ¿O eran amigas?

—Sí, qué delicia —manifestó mi compañera desvergonzada y semidesnuda.

La vecina la observaba con ojos vivaces, ¿eso creo? Eso pasa por acostumbrarme a los binoculares y a la cámara fotográfica, ahora sé que necesito gafas para dejar de creer.

—Tienes un cuerpo muy bello —agregó la lejana.

— ¿Te parece? —Sonó a un desafío de S. para Mildred.



Yo, estaba al punto del desespero, no podía salir al balcón porque descubrirían mis pensamientos, mi emoción. Medité un rato... Como todo un latino gordo varón. Decidí entrar en escena por primera vez. Confrontaría mis más fervientes deseos, para escuchar el grito de su voz. Mi voz resaltaría sobre tus tetas que estaban a punto de estallar por el apretón de tus antebrazos sosteniendo tu cuerpo en el barandal.

— ¡Leo! ven acá, al balcón, sal de detrás del ventanal —ordenó S.

Volteando su cuello hacia mí. Me miró unos instantes tratando de desmenuzar mis pensamientos

—no digas, ¿estás enojado porque estoy con pocas prendas? No seas absurdo. Ven.

Estamos en una ciudad donde vale poco la ropa. Con este calor deberíamos estar todos desnudos. Carcajeo S. volteó su cabeza de nuevo para reírse con su nueva compañera, preguntándole en voz alta:

—¿Cierto, amiga?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —afirmó Mildred.

—Ven mi vida, te quiero presentar a una nueva amiga. —Invitación que no podía despreciar.

Nunca me había atrevido a salir al balcón cuando estaba. Vivía en el mirador mirando la calle o recibiendo el fresco de aire montañoso en esta ciudad cálida y de repente ella salía, entraba apresuradamente, por temor.

Gracias a dios siempre guardaba los binoculares y la cámara fotográfica en mi dormitorio. Era un ritual de desarmar y armar tu altar, situaciones que aprendí después de la visita de un amigo, de esos del trabajo.

Me atreví a salir. El viento reconfortante no apagó el sudor de mi rostro. Dos bellezas, una frente a la otra. Sé, que mi apariencia algo voluminosa estorbaba tal perfección de mujeres; era una roca entre las flores.

—¡Oye amiga! te presento a mi novio —gritó S.

—Mucho gusto, me llamo Leo —presentándose, con voz alta.

—¿Solo Leo? —preguntaste con tu voz hermosa y tu cuerpo estilizado, menos gritado que S. más frágil que yo, pero lo suficientemente fuerte para que se te escuchara.

Dejaste todo tu esplendor, aunque continuabas cruzada de piernas, algo que quisiera remediar.

—Sí, Leo simplemente. —Arrogante.

—Los invito a unas cervezas frías, qué dicen —propusiste, Mildred.

S. nunca había tenido la cualidad de la delicadeza a menos que lo succionara, era una maestra en el arte de mamar.

—Claro vecina, ya vamos para allá, cuál es tu número.

—305, acá los espero.

Mis ojos se abrieron hasta salirse de órbita a pesar de lo resplandeciente del día. Decidiste entrar a organizarte para recibirnos, diste la espalda dejando tu trasluz, a través de tu levantadora esas nalgas que se tragaban el hilo de las tangas. Un culo fuerte y redondo siempre esperando unas palmadas, mis palmadas. Imaginé, no necesité mis artilugios de amor.

Sumé los números: un ocho... juego libidinoso, número mágico que da al traste con tu cuerpo. Un ocho que consta de tus pechos hechos desde el crepúsculo hasta el amanecer de tu vagina, un signo de infinito cerrado por mis ojos.

Un poco más vestidos, cruzamos los cuasi cuarenta pasos para estar al frente del misterio, que poco a poco, había descubierto. Me hacía el idiota, como si nunca hubiera estado allí. Pasando la portería, saludé al portero.

—¿Hola señor, siempre tomará el apartamento?

—No, caballero, por el momento no me interesa.

—No sabía que quisieras pasarte de apartamento, ¡no digas que me vas a dar una sorpresa! Sabes que la respuesta es ¡sí! —. Sonreí después de escuchar a S., no contesté.

No tuve que tramar maromas o inventar historias como lo hice la primera vez que estuve allí. Subimos, S. se aferraba de mi brazo cual carnicera, despresando. Llegamos al tercer piso. Timbré en el 305 por segunda vez, hundiendo un botón tan pornográfico: un pezón se configuraba, tal ambrosía en mi boca, una aureola sencilla y clara; un pezón duro y estable. Veía el timbre de tu puerta. Cuando lo toqué, un empujón hasta el fondo para poder reflexionar todas las palabras de amor que inundaban mis pantalones. Temblaba mi mano izquierda.

En la primera visita me arrepentí y solo lo acaricié hasta el hundimiento de mi mente. Con mis ojos imaginando los tuyos al otro lado de la puerta. Sí, lo apreté para matar el deseo, sabía que no estabas. Por un instante quedé vacío.

Por el “ojo mágico” de tu puerta, por la mirilla, sé que miraste; cuánto hubiera dado porque ese ojo se

volteara a verte. Abriste totalmente bella, absolutamente enfundada en tu vestido beige, ése que utilizaste otros días para incitar mi imaginación. Sonreíste, ahí estaba yo, con cara de idiota. Con un misterio tímido, temeroso, pero angelicalmente infantil como el niño que se masturba bajo la cobija con el fin de no ser descubierto por su abuela.

—Hola amiga, cómo estás —saludó S. con despreocupación, con toda la confianza del caso. Parecían amigas o mejor, hermanas del compartir.

—Buenas tardes —añadí.

—Muy bien ¿y ustedes?... pasen, están en su casa. Qué calor, ¿cierto? —reflexionó, subiendo su cabeza, suspirando. En tanto, seguimos un poco tímidos.

—Mi nombre es Sara.

—Tú te llamas Leo —apuntó Mildred, interrogándome.

Solo pude decir que sí. No sé cuántas cervezas nos tomamos, hasta una botella de vino se destapó. Nos reímos de los muertos por el calor y de los que vendrían por los inviernos. A modo de buena conversación. Siempre salió el sexo y los lugares festivos. Mi boca era la de un desconocido que ambicionaba ser familiar y mis pensamientos eran de un familiar que quería ser desconocido. Era un poco tarde, pasaba la medianoche. Había sido suficiente tanto de alcohol, de charla.

Pero sí, en algún momento, presté atención a la intimidad de sus palabras, ellas fluían fraternas

hablando de hombres y hermanas. Pensaba en una lamida colectiva: mi verga envuelta entre sus lenguas, sus lenguas envueltas en todo mi ser. Sus dos bocas majestuosas, supremamente jugosas se mojaban. Yo observaba extasiado, callado. De vez en cuando reía, le rozaba la garganta de Sara, nombre gracioso para una oriental, aunque en oriente significa árbol de Shala (casa), frondoso su coño. La besaba, pensando en tu cuello.

Esperaba que se besaran, era mi sueño, mi esperanza. No pasó, se contuvieron, creo ¿quién quita que hubiera sucedido en un descuido? ¿en el baño? ¿en la cocina? ¿en mi estupidez? ¿en mi mente? Es mejor no saber porque no puedo soportar tanto amor en nuestra primera noche.

Mi maquiavélico cerebro entre cervezas y vino hizo que sacara de mi bermuda las llaves, empecé a jugar con ellas. Entretanto, ellas, las malditas deseadas y amadas, reían de la hipocresía de amigas, de charlas sobre tipos: tamaños, colores y olores... terminaban en lo pequeño de algunos penes conocidos desde sus infancias...

—Yo hago estriptis por las noches, en uno de los antros más reconocidos de la ciudad.

— ¡No te creo! —apuntó Mildred, la que nunca pronunció su nombre. Para S. siempre será “amiga”. Era mi nombre, solamente mío.

—Sí, pero no confío en ninguna de esas putas, ellas pueden quitarme a mi *Leo* que desde hace tres años va, cada fin de semana. Siempre están buscando

bobos desprevenidos. —Las dos soltaron carcajadas mirándome.

Susurré en mi mente —*cuando ella no está, siempre te llego.*

—Mentiras papi, vos sos un bello y eres solo mío —aseguró, sonriendo con cara de disgusto, de una puntería recriminadora.

Yo jugaba con mis llaves y advertí que sobre la mesa central de su sala. Esa que muchas veces había recorrido con la cámara que S. ayudó a comprar para encontrarte en el trasegar de tu apartamento, esa cámara que nunca he pagado. Estaban las llaves tuyas Mildred ¡qué lujuria! Que arrebató de robo. Me contuve en medio de mi mareo, reflexioné como buen malabarista de ensueños: —*dejo mis llaves junto a las otras y espero a que esas dos viejas estén borrachas, ¡ojalá se besen!*

Las llaves

—Hola vecina, ¿cómo estás? —saludé sin preocupación ni prevención. Casi natural.

—Muy bien ¿y tú? ¿Qué haces tan temprano? —contestó igual de despreocupada.

Después de mirarnos por unos instantes sin reflexión, adicioné:

—Anoche nos trajimos tus llaves por equivocación.

—No digas... con razón no las encontraba y tuve que usar las de remplazo para poder comprar el desayuno.

Estaba agitado por el afán de cruzar la calle para entregárselas, pero con pose de indiferente, la resaca ayudaba. La puerta entreabierta revelaba su rostro trasnochado y bellamente lagañoso. Me habló un poco más despierta.

—Cómo así que me dejaste sin llaves ¿Las ibas a robar? —sonrió y yo reí.

—Qué pena contigo, pero en verdad creo que se las trajo S. —Ella volvió a reír.

—Ah, bueno, siendo así, dile que saque unas copias. —Me sorprendió tal respuesta—. Te digo, tienes mucha suerte, es una mujer muy hermosa.

—Ustedes son igual de hermosas —aseguré.

—¿Te parece? —Nos miramos, queriendo saber qué pensaba el uno del otro.

De pronto sonó el teléfono, un silencio momentáneo... se dirigió a contestar.

—Hola mi vida, cómo amaneciste. No me quisiste acompañar anoche con mis nuevos amigos.
—Escuché desde la puerta.

Retrocedí lentamente, con pocos celos. Ella, hacía señas con el rostro de un “hasta luego”. Mi misión estaba cumplida a pesar de la llamada inoportuna. Me dirigía de nuevo a mi apartamento.

—Hola, mi niña, aquí te traje el desayuno —dije a S. suavemente, con un buen despertar.

—Qué hicimos anoche... se me olvidó la mitad —pronunció como entre un sollozo de resaca. En voz baja y mimada.

—Tranquila que no hicimos nada malo.

—Qué lástima, qué mujer tan hermosa y rica, la que vive al frente tuyo... estoy celosa.

—Sí, es como bonita. —Mentí descaradamente.

S. estaba ardiente de nuevo, como siempre, tanto que mi boca y la suya se confundieron con su aliento trasnochado. No me importó su hedor a vino y sabor a saliva agria. Sus labios eran jugosos. Yo también tenía una resaca *puntuda*. Su exhalación imperfecta despidió un olor de esperma agitado.

Sí, se besaron azarosamente, era tan sublime esa imagen cubierta de baba, flujos hacia mí. Ellas se tocaban como dos caracoles dejando rastros por donde pasaban mis quimeras. Miré mi reloj y descubrí que solo en un segundo, faculté a mi descuido para que se aparearan sin mí. No podía tocar, no lo habrían permitido; estaban tan metidas, sometidas entre sí, que si yo hubiera actuado sería un desmembrado sin guerra.

—Qué pasó, bebé, por qué te “viniste” tan ligero, si cuando estás *enguayabado* te demoras tanto — reprochó S.

—Mi vida, hoy estaba como un potro virgen, bien cargado.

—Bueno, eso me gusta, que te satisfagas en mí — afirmó con expresión de enojada y desconfiada, abriendo sus ojos rasgados. —Hola vecina, ¿cómo estás? —saludé sin preocupación ni prevención. Casi natural.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Qué haces tan temprano? — contestó igual de despreocupada.

Después de mirarnos por unos instantes sin reflexión, adicioné:

—Anoche nos trajimos tus llaves por equivocación.

—No digas... con razón no las encontraba y tuve que usar las de repuesto para poder comprar el desayuno.

Estaba agitado por el afán de cruzar la calle para entregárselas, pero con pose de indiferente, la resaca ayudaba. La puerta entreabierta revelaba su rostro trasnochado y bellamente lagañoso. Me habló un poco más despierta.

—¿Cómo así que me dejaste sin llaves? ¿Las ibas a robar? —sonrió y yo reí.

—Qué pena contigo, pero en verdad creo que se las trajo S. —Ella volvió a reír.

—Ah, bueno, siendo así, dile que saque unas copias. —Me sorprendió tal respuesta—. Te digo, tienes mucha suerte, es una mujer muy hermosa.

—Ustedes son igual de hermosas —aseguré.

—¿Te parece? —Nos miramos, queriendo saber qué pensaba el uno del otro.

De pronto sonó el teléfono, un silencio momentáneo... se dirigió a contestar.

—Hola mi vida, ¿cómo amaneciste? No me quisiste acompañar anoche con mis nuevos amigos. —Escuché desde la puerta.

Retrocedí lentamente, con pocos celos. Ella hacía señas con el rostro de un “hasta luego”. Mi misión estaba cumplida a pesar de la llamada inoportuna. Me dirigía de nuevo a mi apartamento.

—Hola, mi niña, aquí te traje el desayuno —dije a S. suavemente, con un buen despertar.

—¿Qué hicimos anoche...? Se me olvidó la mitad
—pronunció como entre un sollozo de resaca. En voz baja y mimada.

—Tranquila, que no hicimos nada malo.

—Qué lástima, qué mujer tan hermosa y rica la que vive al frente tuyo... estoy celosa.

—Sí, es como bonita. —Mentí descaradamente.

S. estaba ardiente de nuevo, como siempre, tanto que mi boca y la suya se confundieron con su aliento trasnochado. No me importó su hedor a vino y sabor a saliva agria. Sus labios eran jugosos. Yo también tenía una resaca puntuda. Su exhalación imperfecta despidió un olor de esperma agitado.

Sí, se besaron azarosamente, era tan sublime esa imagen cubierta de baba, flujos hacia mí. Ellas se tocaban como dos caracoles dejando rastros por donde pasaban mis quimeras. Miré mi reloj y descubrí que solo en un segundo faculté a mi descuido para que se aparearan sin mí. No podía tocar, no lo habrían permitido; estaban tan metidas, sometidas entre sí, que si yo hubiera actuado sería un desmembrado sin guerra.

—¿Qué pasó, bebé, por qué te “viniste” tan ligero, si cuando estás enguayabado te demoras tanto?
—reprochó S.

—Mi vida, hoy estaba como un potro virgen, bien cargado.

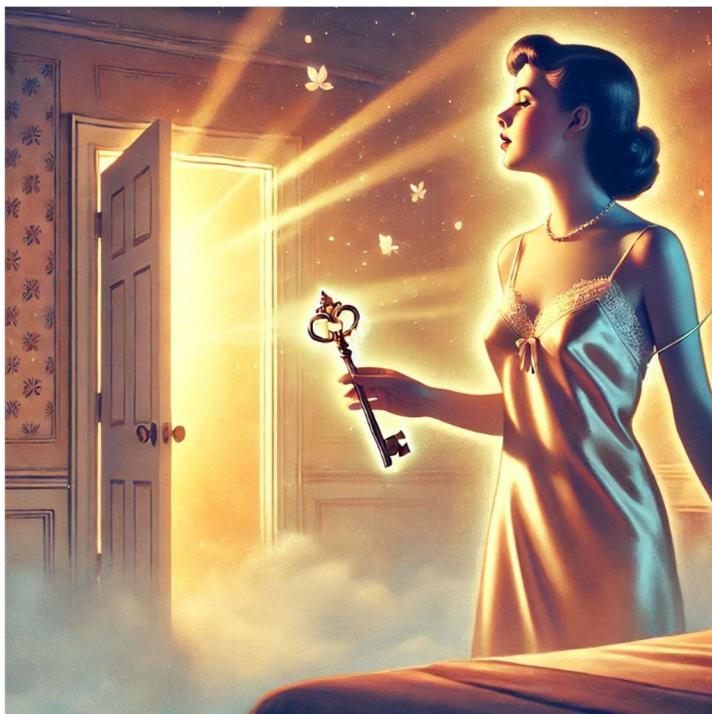
—Bueno, eso me gusta, que te satisfagas en mí —
afirmó con expresión de enojada y desconfiada,
abriendo sus ojos rasgados.

Negociación

cerrajería, eran aproximadamente las cinco de la madrugada cuando toqué a su puerta. Él tiene un negocio las 24 horas en su casa, debe ser para todos los ebrios que botan sus llaves. Sabía que yo iba, puesto que le había mandado mensajes al celular. Le escribí: “Espéreme, que yo esta noche llego con la llave”. Estaba tan emocionado que no importó la hora. Le pagué cien veces más de lo que cuesta una copia, aunque pensándolo bien, este anciano marica fabricará muchas llaves a delincuentes, ¿qué creería que soy uno? —¿en verdad lo soy?—. ¿Por qué una cerrajería las 24 horas...? De ahí, me dirigí al apartamento de Mildred a devolverle las originales.

Tenía la llave de mis sueños. Era tuya, era mía, una imagen, un intersticio, una ranura asequible, menos difícil que tú, más fácil que penetrar a S. Era solo meterla en la puerta y estaría en tu morada y sería un ladrón de virginidades inexistentes.

Bien por el cerrajero, mal por mí: lujurioso, extasiado, enamorado y un poco mareado, me encontré con tu puerta. Estuve ahí, en tu portón, dispuesto a entrar. Sí, construyendo un tapete de ojos para mirar tu ranura cuando caminaras. Decidí que no era el tiempo, que esas llaves robadas simplemente eran amores perdidos de nostalgias. Verte detrás del ventanal es mejor.



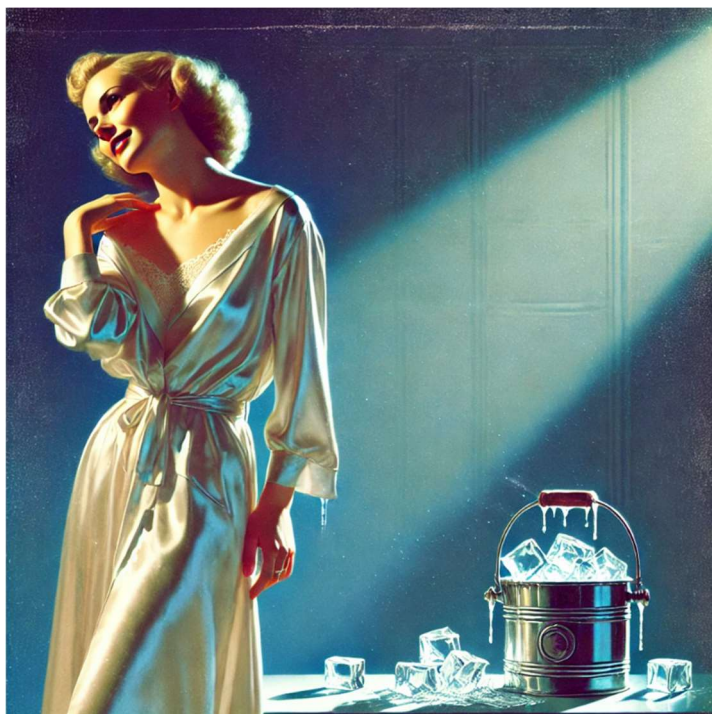
¿Dónde estás?

Pasaron unos días y unas cuantas horas, no te había vuelto a ver. ¿Te fuiste de vacaciones? Vivía meditabundo, desconcentrado; algo encontrado con mis sentimientos de cansancio existencial y lujurias de manos que no satisfacían lo mío. Me cansaba la masturbación y a mi novia no la quería sentir. Estaba celoso. ¿Será que ella lograría lo que yo no pude? ¿Que mi meretriz del frente amara a mi geisha?

Mi novia no me satisface; el placer solitario se agotó; los reflejos de amores y recuerdos con invitación a tomar cerveza se estaban extinguiendo. Mi desespero, mi aceleramiento por ti, me mantienen vivo. No creas que te dejé, simplemente me aplaqué por una resignación de conocer tu espacio. Me di cuenta de que tu territorio es el mío. Yo lo veo, lo manejo, es de los dos y de nadie más. Tus senos maravillosos siguen atestando mi pantalón.

Tus senos habían pasado por el hielo que enervó tus pezones. No tenías brasier. La sombra que se produce bajo tus tetas provocaba una ilusión a retazo amargo, agridulce; mis iluminaciones de pasión provocaban una desfiguración en mi rostro. No creas, es repetitivo y en retrospectiva son la misma cosa dispuesta de diferente forma: tu vagina y tus montañas jugosas siguen en el mismo espacio corporal, pero mi lengua no. Tus puntas se configuraban como un elíxir en mi boca: una aureola sencilla y clara. Un pezón duro y estable que se clona con el timbre de tu puerta. ¡Qué pena!, ¡qué lástima!

Mi bella malabarista, estoy dejando pasar lo que quiero penetrar.



Desde mi ventanal no estoy satisfecho, una soledad acompañada de desesperación por un momento pasado, por un recuerdo triste, por mi futuro impreciso. Mi saliva es una prostitución, pero mis binoculares son una militarización siempre en el mismo horario, todos los días en el mismo lugar.

¿S. se habría dado cuenta de que te vigilaba? Ella nunca decía nada al respecto.

¡Qué tortura! Hace unos días que no te veo, ¿dónde estás? Mi aceleramiento no se satisface con las

fotos que guardo como un tesoro en un rincón del computador. Me atreví a preguntarle al portero qué te habías hecho.

—Salió de vacaciones —respondió, dándole un puntazo a mi corazón. Mi ceño se frunció y mis ojos lagrimaron. El guachimán se percató.

Me sentí tentado a preguntar a dónde para llegar, para ir a rescatarte del estar sin mí, pero me contuve. La felicidad de saber que llegarías me satisfizo lo suficiente, por lo que mi desespero cambió a sonrisa. Te dije: he armado un itinerario, una agenda que debo cumplir una semana tras otra desde que decidí trabajar horas extra y así pagar este costoso apartamento. No he perdido mi inversión.

Para estas actividades he dispuesto un despliegue de accesorios de vigilancia: unos binoculares, una cámara que se empolva por tu lejanía, un diario que sigue vivo con mis imaginaciones en lucubración que envuelvo en palabras, en un olor a copulación.

El encuentro final

La espera ha terminado, de nuevo estás aquí, ¡qué alegría!, ¡qué tristeza! Salí corriendo a tu encuentro como un loco enamorado, bajé las escaleras rápidamente antes de que llegaras a la puerta principal de tu edificio. Paré jadeante. Te bajaste del taxi con algunas maletas. Me viste, te acercaste lentamente.

—Hola, Leo. Qué satisfacción verte.

—Hola, divina. ¿Cómo estás...?

Reíste como siempre con tu falda vaporosa.

—¿Te quieres tomar algo? —invitaste.

—No, estoy esperando a alguien —mentí; te esperaba, mi diva llena de marejadas de amor. Lo dije solo por hacerme el difícil, virilidad que camuflaba el temblor en mis piernas.

—Bueno, Leo, solo era una invitación, será luego —contestaste algo disgustada. Grité en mi mente: ¡Qué estúpido!

—Espera, ¿te ayudo a llevar las maletas? —pregunté y sonreíste.

—Estoy extrañada de tu amabilidad. ¡Gracias!

Nunca me sentí tan satisfecho, feliz y preocupado al mismo tiempo.

Subimos... hablamos... reímos... Obtuve una hernia por tus maletas. Llegamos a la puerta del apartamento, lo que me produjo un inquietante deseo

de marcar territorio como un perro en un árbol. También, estuve tentado a sacar las llaves para abrir tu cerradura, diciéndote: por fin llegaste a nuestro nido de amor.



Oriné tu puerta, no sé si te diste cuenta de que la oriné, para que fueras mía. ¡Mildred! Eres mi nostalgia de masturbaciones pasadas, cuando entro a un baño y lo tengo erecto, es por ti, por nadie más. Ojalá mi cuerpo no fuera tan quebrantable, débil ante tu mirada; no te puedo desagregar de mi querer. En este instante, estoy extasiado, satisfecho.

Llevo unos años observando tu balcón. Pasaron unos cuantos veranos desde que entré por primera

vez a tu castillo. He entrado muchas veces con mis binoculares, aunque no estés allí. Huelo tus sucios calzones que me postran; me he masturbado en tu habitación. He visto mil y un hombres follarte, traspasando tu ventana. Todos soy yo, sé que soy tuyo y tú mía, majestuosa, divina, diosa. Eres mi curva cerrada de todas las mañanas, la mujer que me adoptó con esos pelos rojos y pezones rosados, con una cintura perfecta que espera un vestido enterizo beige para que yo te lo arranque.

Una mañana comprendí que lo mejor era tu ser, no por su penetrabilidad, sino por ese hedor inimaginable que sale de la sombra que producen tus levantadoras transparentes. Aprendí a no ser tan sigiloso, a salir al balcón en calor; a abrir las ventanas en el momento que culiabas, follabas, te enjalmabas con tus amigos en la sala: despampanante, enérgica. ¿Por qué he de esconder mi deseo por ti, si tú no escondes la depravación del verano?

Te convertiste en mi intersticio de soledades, que apasiono, exalto, honro en mi mente. Mis ojos se convirtieron en el vínculo perfecto de nuestra intimidad. Mi cuerpo se lucubra con el tuyo, suavemente. Bajo con delicadeza la cremallera de tu nuevo vestido castaño. ¿Dónde dejaste el viejo? Ese que escondía tu pecho. ¡No cierres la ventana, por favor! Que mi mano ya va a terminar.

En varias ocasiones confundí lo que observaba con mis pensamientos. Ellos se volvían realidades cuando no estabas, desesperado existía, pensaba que te había inventado, diosa de mis mitologías. Bella

Mildred, cuánto tiempo sin ti, y ahora que te tengo, sigo sin ti.

En algunas ocasiones, soy un enfermo de esos que miran por la calle a las mujeres con ansias de fornicación y aunque te quiera fornicar, también te quiero llevar a la parte de atrás de un altar. Gracias por existir, mi copulable amiga e íntima criminal. Me matas con tus pechos latentes, a veces veo el palpitar de tu corazón: lo profeso... lo razono. Te miro, te siento, ¡qué locura tan agradable!

Rezo porque llegue pronto la hora en que tus nalgas firmes postren mi cuerpo al punto de la eyaculación. He aprendido con algunos libros orientales a contenerme y guardar mi semen para el último instante de vida y principio de mi muerte. Una esperanza de que nuevo llegará la mañana. Me irrita que se empañen los binoculares.

Aquí tienes el párrafo corregido, manteniendo tu estilo literario:

Sí, ese día fue gris. Eres una maldita prostituta que juega con mi fortuna de tenerte, no tienes idea cuánto cuesta pagar este apartamento para estar al frente del tuyo ni las horas extras que invierto en el trabajo, en mi trabajo de mirarte. ¡Muero por vivir contigo! ¿Qué hago? Tú juegas y sigues jugando. Sé jugar, no te preocupes, también tuve padres calentones que llevaron su doble vida con artilugios legendarios.

Abriste la puerta de tu apartamento, algo empolvado, desordenado. Dejé las maletas en tu sala.

—Creo que tengo cervezas en la nevera, ¿quieres una?

—Sí —contesté sediento y con ganas.

Hablaste sobre tus vacaciones... puse una atención docta, buscando descifrar tu iris. Reímos, palmeabas mi hombro a cada instante, parecía una alocución de enamorados de los que hablan después de hacer el amor, al final de una bestial penetración. Traspasaba tus ojos a tu descuido; bajaba la mirada a tus piernas bronceadas, corpulentas pero estilizadas. Había descubierto algo nuevo no planeado y que hasta ahora se abría, un continente: tus pies delicados con dedos de princesa de cuentos encantados, esos que pierden las zapatillas para que yo las encuentre. Te las pongo, luego te las quito dejando aflorar toda tu carroza rozagante, entrando a este caballero siempre armado.

Pasaban las horas y seguía nuestra conversación, aclaro, tu monólogo de navegación. Era el presenciador de una puesta en escena erótica. Recordaba por instantes cuando visitaba a Sara en su trabajo, ella hacía un estriptis para mí, ofrecía su barra, más tarde que temprano yo le ofrecería la mía.

Te observaba con una sonrisa eterna, dispuesto a besarte en un descuido: te parabas, caminabas, movías algo, después te sentabas, mirabas, sonreías, tocabas tu pelo; coqueteabas.

Pensé: esta es mi oportunidad de saborear tu boca, desciendo espaciosamente por tu cuello mordisqueándolo, lleno de saliva tu ombligo succionándolo; abro tus piernas fuertemente, arrodillado frente al sofá que sostiene tu cuerpo; muevo tu tanga hacia un rincón y con mis dedos provoco una lubricación volcánica y ardiente. Con mi otra mano procedo a bajar mi cremallera para que salga, latente, duro. Me masturbo, succiono tus labios rosados, algo pálidos, chupo como un oso hormiguero. ¡Existo en éxtasis! No te quiero penetrar, únicamente ambiciono tu brebaje. Estoy drogado, aletargado. Mi alma la has aspirado.

—Bueno, y cuéntame por qué siempre estás al frente de mi balcón.

Desperté de mi ensueño. Tartamudeé hasta que pude concentrar mis pensamientos en tus palabras.

—Vivo al frente, me gusta el aire, respirar... observar.

—Eso he notado. Pero he visto que siempre estás detrás del ventanal, así esté cerrado —recriminaste con voz burlesca, hipócrita.

Mis ojos empezaron a cristalizarse, se aguaron, entró el desespero, quedé mudo; te diste cuenta. Maldito vendedor de cortinas.

—Tranquilo, simplemente es curiosidad, no creas que te estoy interrogando o haciendo un reclamo, solo es curiosidad femenina —carcajaste.

Fue una carcajada que en vez de tranquilizarme me acabó de preocupar. Era la inquisición, yo era una bruja maldita que sería expuesta a la hoguera. Debía responder algo rápidamente. ¡Maldito vendedor de cortinas!

—Discúlpame, Mildred.

—No me llamo Mildred. —La había acabado de cagar.

—Perdón, mujer, te ofrezco mil disculpas.

—Tranquilo.

Seguían tus malditas carcajadas, las cuales retumbaban mis oídos, estaba al descubierto, desnudo. Quería gritarte a los cuatro vientos: ¡Te he mirado! ¡Sí! eres mi musa de humedades nocturnas, mi diosa castigadora que me lacera. Pasaron unos instantes... un tiempo eterno de silencio. Ahora, tú observabas mi iris, tú me violabas con cada parpadeo, eras mi binocular.

—Sabes, querido amigo, desde hace ya algún tiempo me he dado cuenta de que me observas por tu ventanal... No te preocupes, yo también te he observado.

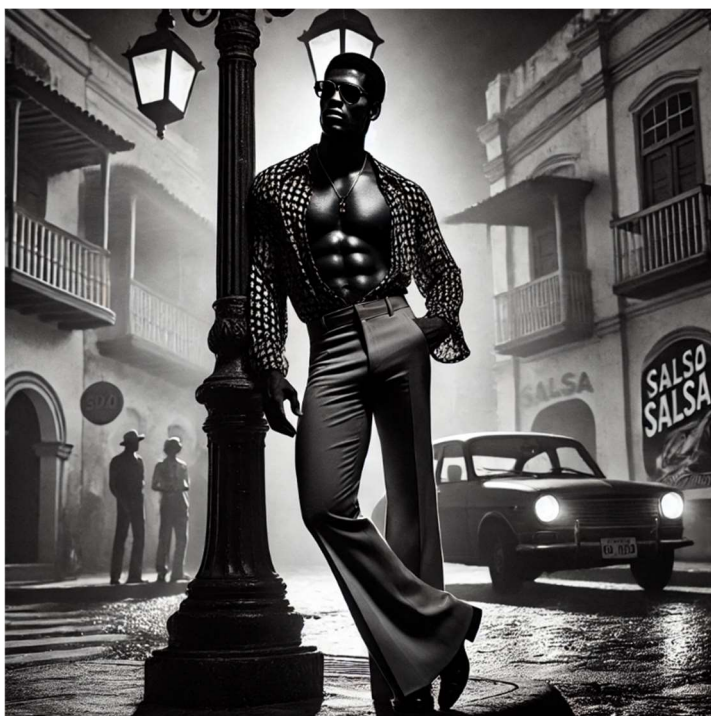
Tus palabras fueron una espada que atravesó mi corazón, mi perversidad se convirtió en miedo. Reías, diste el golpe mortal y certero:

—Mi vagina se sonroja con tu mirada...

EL NICHE Y LA MANTIS

Él estaba en “El Bar de la 74” con 15. Un bar de clase media baja, pero rico para la rumba. Esperaba su destino de medianoche. Se encontraba en la antesala de la suerte de ser engullido por una mujer despampanante, como la que tenía en su imaginación, lo que era poco probable, puesto que en “El Bar de la 74” entraban mujeres bellas, pero no extraordinarias como él esperaba; europeas o gringas, iguales a las de la página inicial de Yahoo. Aunque las mujeres caleñas son bellas, muy bellas, él quería salir de la rutina. Pero si no se presentaba la mujer de sus sueños, podía bajar un poco sus expectativas para así lograr cazar en esa noche llena de calor, sudor y morbo.

Salomón miraba a su alrededor como todo un experto en el arte del espionaje y la telequinesis, esperando que alguna le copiara sus intenciones simplemente viendo sus ojos pardos. No hacía muchos desmanes, como acostumbran los “niches”; sabía tomarse su tiempo.



Intuía que había algunas prostitutas en el lugar, pero no le interesaban "unas cualesquiera" que iban a ejercer por un poco de dinero para sostener a sus hijos abandonados por rumberos irresponsables como él. Personajes que probablemente conocieron en la "74". Ellas aprendieron, a la fuerza, a estar preparadas con condones en sus bolsos, una maroma que no necesariamente previene el embarazo, puesto que después de muchos tragos, eso no se pone. Salomón las observaba con una mezcla de indiferencia y lástima, consciente de la dura realidad que enfrentaban, mientras buscaba una compañía que cumpliera con sus elevadas expectativas.

También cavilaba que algunas eran trabajadoras de servicios varios, por sus vestidos algo folclóricos, campesino-urbanos y alegres, con un toque desgastado. Se tomaban unas botellas de aguardiente, jóvenes y viejas, gastándose el sueldo de la semana, teniendo que madrugar a trapear y a barrer, solo con el pago de la tarjeta del transporte masivo. Tenían que robarles la gaseosa a las señoras de la casa y una que otra salchicha o mortadela para sustentar el "guayabo". Igualmente, había muchas madres solteras que, lastimosamente, no tuvieron la posibilidad de estudiar; si lo hicieron, no les gustaba ejercer y buscaban marido para suplir la canasta familiar. Salomón reflexionaba sobre estas vidas con una mezcla de curiosidad y resignación, reconociendo las luchas diarias que enfrentaban mientras él continuaba en su búsqueda nocturna.



Su mirada se detuvo en un rincón donde se encontraban dos veteranas. Sabía que ese sería su plan B, por si no llegaba la diosa gringa o europea. Siempre es bueno tener un poco de dinero extra en el bolsillo y no tener que gastar. Él estaba acostumbrado a enredarlas. Eran mujeres mayores, desesperadas por un pene más joven que sus curtidas vaginas. La silicona les rodeaba el culo y las tetas, labios con botox y el estiramiento facial que no les permitía fruncir el ceño. Los chachos deberían interpretar la sonrisa fingida de dientes blancos con labios regordetes, porque los contornos de sus ojos carecían de expresión. Cirugías que en muchas ocasiones se pagan con su pensión, o con deudas adquiridas por

sus esposos. Eso sí, ellas están dispuestas a verse bellas o morir en el intento, en las clínicas especializadas de cirugías estéticas en la ciudad, unas caras y otras baratas.

Muchos jóvenes las esperaban y les mandaban una cerveza para que mordieran el anzuelo. Era una forma de pasarla rico con una veterana. Eso está de moda o, mejor dicho, nunca ha pasado de moda. Además, en estos tiempos de desempleo juvenil, un dinerito de más no cae mal. Si estás de buenas y lo haces rico, probablemente ganes tu manutención por algún tiempo, hasta que aparezca un “pollo” más apetecido. El peligro es que aparezca el marido exigiendo la retribución de los recursos invertidos en la reconstrucción anatómica. A otros maridos no les interesa mucho con quién se acuestan sus mujeres, siempre y cuando no sea con ellos. Salomón observaba esta dinámica con una mezcla de humor y cinismo, consciente de los juegos de poder y deseo que se tejían en ese bar.

Ellos, los maridos, tienen otros lugares para satisfacer sus ansias o ya tienen novias de catorce años o menos. La mayoría de “mocitas”, como les dicen, las tienen en los barrios bajos; ayudan a las madres a sostener sus hogares y a comprar uno que otro short, hasta que por su propia ineptitud pedófila las dejan embarazadas, o simplemente ellas deciden dejarlos despachados por otro veterano más conveniente. “He ahí el dilema.” Otras cuantas buscan conseguir marido en el Bar de la 74.

En el bar también había una que otra que solo buscaba charlar con sus amigas, pero Salomón sabía que donde hay más de dos, casi siempre una amanece fuera de la casa, con mucho guayabo y ensartada como "papa en tenedor", por un fulano cualquiera o, peor aún, por un amigo, de esos que son caballeros que no recuerdan nada. En el barrio siempre se sabe todo al otro día: "a qué horas entraron al motel", "cómo le hizo" – "Ella se lo chupó, ¡la muy perra!" – dicen las madres de las amigas y las amigas. Salomón se deleitaba con estos chismes, consciente de la hipocresía y el juicio moral que florecían en la comunidad.

También había unas cuantas parejas enamoradas que adornaban el lugar como faroles desgastados en día de Navidad, tratando de quitarle el aire de burdel que se respiraba. Salomón sabía que, si un día tenía una novia "de verdad, verdad", no la llevaría a la "74", ¡qué tal! Pero vea pues, ahí estaba él esperando, cazando.

Las mesas de madera, cuadradas; las sillas pequeñas, un poco incómodas, de esas que borran la raya del culo, pero que a medida que pasan los tragos se convierten en poltronas donde las damas y los caballeros se estiran. Empiezan erguidos y terminan con un brazo sosteniendo su espalda contra el espaldar.

En esas mesas, de pronto, un borracho se cae y todos, como sabiendo lo que iba a pasar, ven la escena en calentura, en cámara lenta para recordar, y no falta el fotógrafo para Instagram o el que toma el video

para YouTube. Se presiente quién se convertirá en el alma de la fiesta, y si no hay de qué hablar entre las parejas, pues este es un buen comienzo. Salomón se divertía con estas escenas, consciente de que cada noche en el bar tenía su propio drama y comedia.

Luces de neón al exterior, mostrando el aviso con dos figuras de danzarines de salsa. En el interior, unas cuantas flechas señalaban los baños y un strober en la pista esperaba los coros y el hielo seco. Todos felices: bailando, riendo y renegando. Los bafles desgastados emitían un sonido estruendoso, como se utiliza en esta tierra. El bajo hacía saltar el corazón. En la pista, mestizos y mestizas, y afros enseñaban sus pasos de concurso, mientras uno que otro extranjero intentaba hacerlo. Salomón observaba con una sonrisa, disfrutando del caos vibrante y la energía que llenaban el lugar.

Ahí estaba el flaco, solo como siempre, en la barra, visitante asiduo de la "74", alto su asiento, como él. Hasta ya tenía crédito. Desde hace tres años, iba cada 15 días sin falta, los días de pago, "hay que gozarla". Los viernes un poco de licor y charla con algunos amigos y el barman, que era paisa. Los sábados, mucho licor y su sueño de mujer.

Como era viernes, no había mucho afán; tenía el dinero suficiente para una botella y un motel pasable de unos treinta mil pesos. Era meticuloso con el dinero; aparte, no metía vicio, debía cuidar su cuerpo escultural. Una de las reglas para cuidar el dinero era

no invitar amigos, uno de los mejores consejos para cuidar el bolsillo. Desde que la susodicha no pidiera cocaína, seguro que el dinero le rendiría para así volver el sábado.

Salomón estaba arrecho como siempre, y su abdomen azabache, marcado como "Chocolatina Jet", pedía inclinación y su cadera, empuje. Sabía que un "polvito" no le haría daño para el partido de la mañana y que su madre lo atendería con un buen desayuno, un tamal valluno podía ser. Tenía treinta y cinco años, pero todavía vivía con su madre, como muchos. Era lindo el afro, no faltaba cada quince días al bar ni mucho menos al "picao" de microfútbol o canchitas, y muy de vez en cuando repetía mujer; prefería repetir camiseta y calzoncillos, le fascinaban los de color zapote.

Si por casualidades de la vida se amanecía, le alcanzaría para un rico caldo con morcilla en la galería La Alameda, sitio de reunión para todos los estratos de caleños enguayabados. Un caldito que le daría fuerza de nuevo a sus pies de buen bailarín y futbolista. Él estaba entre un atleta de concursos internacionales de salsa, un animador de fiesta de quinceañera y uno que otro trofeo color bronce de barrio.

De un momento a otro, una cerveza llegó a él. El barman se la colocó en la mesa.

—Mijo, ahí le manda la señora "pico loro" —dijo el barman, recalando con una mueca en forma de

beso, o mejor de pico, mientras le señalaba a la señora.

Él la miró y los dos rieron.

—Sí, tenés razón, bien "boqui trompona" sí es.
—Mirá ve—, paísa, ¿y qué dijo? —le preguntó al barman.

—¡Pues, que la saque a bailar, güevón!

—¡Ah!, más tarde, que ahora estoy relajao.

No "paró muchas bolas" a la invitación, no tenía afán y era su plan B, puesto que siempre es compleja la cosa, muchas son casadas. Puede haber problema y en esta ciudad hasta el más chiquito te mete un tiro o te manda a cascar por un baile mal armado. Pero siempre hay que tomar el riesgo, y más cuando se está cachondo como él lo estaba; pero era el plan B, no había afán.

La noche se hacía más y más estruendosa, y los cantantes estaban por doquier, más cuando sonaba Niche, Blades o la Sonora Ponceña. Ponzoñosa era lo que intentaba buscar. De repente, una salsa choque, y el flaco se bajó de su silla y empezó a bailar, suavemente, moviendo sus hombros con mucho suín, o swing como dicen los gringos; contento estaba el afro.

La veterana no le quitaba los ojos de encima, además de que debería poner en escena lo aprendido en la academia de baile de las Canchas Panamericanas. ¡Este es! Pensó para sus adentros primero, y después le dijo a su amiga cincuentona:

—Ese niche está bien bueno.

—Bueno, sácalo a bailar que yo estoy que me bailo. No te quiero dejar sola, vos lo sacas y yo salgo también porque estoy como cotizada. Me gusta ese pecoso que está a los 45° —dijo la amiga.

Un pecoso algo desteñado que la miraba locamente y le picaba el ojo y se reía. Unos 18 añitos debería tener, pero se veía que tenía un buen cuerpo de constructor y una “verga” larga como para ella.



—Listo, espere que suene la otra y me animo — dijo "pico loro".

—¿Y qué vas hacer?

—Deja que yo sé mis vainas.

Pasaron dos canciones y la mujer se animó. Se levantó de su silla contoneando su inmenso trasero, un poco caído por el peso en forma de corazón, que se escondía en el apretado capri animal print. Se acercó a la barra para pedir una canción, supuestamente. Puso sus hombros en la barra y llamó al barman, que apretaba sus tríceps trabajados en el gym y se mostraba atraído por sus exuberantes senos. La veterana tenía lo suyo, mejor dicho, tenía mucho de lo suyo y de lo que le pusieron otros.

—¿Qué quiere, mi amor? —dijo el paisa, mirando más sus senos que su rostro, casi se mete en la pecera.

Ella sonrió viendo el despliegue de ojos, pero no le interesaba puesto que estaba detrás del flaco, que estaba sentado a dos sillas de la barra y que ni siquiera la miró. Pensó en su mente: ¡Qué hijueputa tan creído! Pero no, ¡la chimba! que no me va a parar bolas.

—¿Me dice la hora, si es tan amable?

Él sonrió sin mirar su reloj gigantesco, de esos que promociona Ronaldo del Real, un buen "chiviado" como los que hacen en Colombia. Sabía que ella estaba ahí, pero se hacía el bobo, puesto que la estrategia de duro le estaba dando resultado. Pensó: A la final, qué hijueputas, esta veterana está muy buena. En verdad estaba deliciosa.

—Es hora de que las princesas como usted estén dormiditas.

Ella nunca había escuchado un piropo tan "güevón", pero no le importó, lo miró de arriba para abajo.

—Dormidas, ¿con quién, papi? —rieron mientras trataban de violarlo con los ojos.

—¿Y qué pediste, si se puede saber? —dijo él.

Lo miró a los ojos pardos. Ahh, estaba poniendo cuidado el muy pilluelo, se estaba era haciendo el marica. Pues ahora tenga pa' que lleve, se habló ella misma.

—¿Y es que te interesa lo que estoy pidiendo? Porque ahora te mandé una cerveza y no me paraste ni bolas —dijo la veterana con voz brusca y como toda una matrona.

Salomón quedó sorprendido ante la brusquedad de su respuesta. Ve, y esta quién se cree, pensaba, mientras su rostro se puso colorado, un rojo achocolatado, ella lo notó. Ahí, en ese instante, cambió de estrategia porque vio que la estaba "cagando"; en vez de conquistar, lo estaba alejando. Salomón ya tenía en la punta de la lengua: Fresca, nada ha pasado.

—Fresco, papi, es por "recochar". Pedí "Gitana", ¿la quieres bailar conmigo?

Él se demoró un toque en la respuesta, asimilaba los cambios de ánimo de esta señora, se hizo esperar. Él sabía que las veteranas son brucas: celosas en un momento, después niñas y mimadas al segundo. El paisa, entretanto, limpiaba unos vasos viendo la

escena, tratando de entender lo que pasaba desde unos pasos atrás, con la cabeza gacha pero con la mirada alta. Se reía por dentro, estaba acostumbrado a estas situaciones y a él le habían tocado muchas. Era regordete pero risueño, caía bien, aunque no era muy gustador. Pero "enredaba" con su labia y no necesitaba de lo bello para conquistar. Lo que le sobraba al flaco. El barman intervino en la mirada y puso dos copas de aguardiente, una para cada uno.

—Estas van por la casa.

Los dos lo miraron, rieron y se volvieron a mirar. El flaco, sonriente, sabía que la pieza de baile era "más larga que una semana de hambre". ¡Gitana! Esta canción dura más de siete minutos, un polvo completo.



—Claro, mami, si eso es lo que quieres.

—Eso es lo que estoy esperando hacer desde hace rato, papi.

La pista se quedó pequeña ante la belleza del flaco y el culo de Diana. Así se presentó. Al oído le dijo, no sin antes cogerle la cabeza con una mano:

—Me llamo Diana.

Él le confesó que se llamaba Salomón y ella pensó: Lo debe tener bien grande.

El baile, como se esperaba, fue largo pero estuvo bien, entre apretones de cintura y vueltas en los coros:

—Gitana, gitana, gitana, gitana, tu pelo, tu pelo, tu cara, tu cara... —le cantaba, pero lo menos que le interesaba era la cara. Ella le hacía el juego y también tarareaba.

Un poco prendidos entre risa y risa, era la una y media de la mañana, labios secos de tantos besos y mordisquitos, uno que otro toque de tetas y una mano que se deslizaba por debajo de la mesa entre las piernas. Después de que la fina dama pagó con su tarjeta de crédito, entre dorada y café clara, siguieron los tres al estacionamiento. Él se asustó al ver la chimba de auto, un Mercedes-Benz deportivo, blanco con vidrios polarizados. Se preguntó: ¿Esta vieja de dónde salió? Ahora falta que sea la esposa de un traqueto.



—Uyyy, mamita, qué nave.

—¿Te gusta, papi?

—Uy sí, pero yo no me monto ahí —sabía que era mejor ser sincero desde el principio para cuidar la vida, eso se lo enseñaron los mayores en el barrio. Sacar excusas güevonas no servía para este tipo de personajes.

—¿Y eso, papi, qué pasó?... fresco, mi rey, que no es de ningún traqueto. Ni estoy casada con uno —ella adivinó "por dónde iba el agua al molino" de la negativa.

—¿Entonces qué haces, mi vida? Porque vos con ese carro y por estos lados sin miedo... ¡qué miedo!
—luego pensó: Si no es esposa de un traqueto, ¡ella debe de ser la traqueta!, ¡peor aún!

—No, papi, fresco. Mirá, yo nací por acá y mis padres viven como a tres cuadras. El carro es por mi trabajo.

Salomón estaba pasando su vida por cuadritos preguntándose quién era el traqueto, por eso miraba para todos lados, nervioso, esperando la cascada o el tiro. Él conocía su ciudad: salir con la esposa de un traqueto le costaría la vida, salir con una traqueta lo convertiría en su próximo esclavo, entonces se dijo para sí: Mejor me abro del parche antes que me pase algo.

—¿Y eso? ¿En qué trabajas, mami? —preguntó Salomón con desconfianza, mirando con desdén a la amiga que en un rincón se encontraba seria y ebria.

—¡Ah, pero qué "man" tan tocado eres! Yo soy cirujana plástica.

Salomón sonrió, "le volvió el alma al cuerpo". Ella lo miró y echó a reír.

—Ah, qué descanso, aunque eso es lo mismo que ser traqueto, ¿no? —aseguró Salomón, quien todavía no acababa de tragarse el cuento.

—Ay, mejor quedate con la boquita calladita que así te ves más bonito y subite al carro que ya me dio frío.

—¡Como ordene la señora! —dijo, montándose en la parte de adelante.

En la parte de atrás, la amiga empezó a hacer gestos de vomitar. A unas cuabras tuvieron que parar para que lo hiciera. Diana le sostenía el pelo, reían a carcajadas los dos.

—Tocó llevarla para la casa —dijo Diana.

—¡Ay! Y yo que pensaba hacer un trío —reía con más fuerza Salomón.

—¡Ja! Ni por el putas, mi vida, yo no soy lesbiana, me fascinan los hombres —respondió con rabia. Hubo un silencio mientras la llevaban a la casa, que quedaba al sur de la ciudad. Después de unos diez minutos... mandándole la mano a la entepierna:

—Bueno, papi, ¿y cómo es? ¿Qué me va a hacer?

—Le chupo lo que sea, mi amor.

¡Severo culo el que se había levantado el negro! y ¡severo negro el que se había levantado el culo! Ella era aindiada, uno de esos cruces entre afro, español e indígena. Pequeña pero gustosa, le hacían juego las operaciones que no eran para construirla sino para reconstruirla. Cuando joven, era la misma india, como "pipita de 20", poseía nalguitas y unas tetas grandes caídas. A medida que pasaron los años y un par de hijas, se le cayeron más esas tetas y su vientre se puso panzudo. Se logró casar con un extranjero que le acabó de pagar la carrera de medicina, la especializó en el extranjero y le metió una tercera hija. Vivieron allá mucho tiempo, pero ella se vino para

Colombia con lo del divorcio, después de que se dio cuenta de que a este man le empezaron a gustar los niños.

Hace ya nueve años está posicionada como la mejor en labios y nariz. Con sus 54 es la más apetecida. Era la conquistadora.

No hablaban mucho en el carro. Había un afán por llegar a un motel por la Autopista Sur de Cali. A pesar de que el auto era automático, ella hacía los cambios manualmente para poderle pasar la mano al "pipí".

Escuchando a La Fania, salsa vieja, él cantaba a todo taco golpeando sus muslos:

—Yo canto salsa porque en la salsa yo encuentro siempre lo que hace falta...

Feliz el negro y más feliz su compañera porque sabía lo que le esperaba. Llegaron al motel, cruzaron la entrada de supuestos cueros achilados por donde se deslizaban los autos hacia el parqueadero. Era medio caro. Cuando se bajaron y se dirigieron a la recepción, él pensó: ¡Hijueputa, se me fue el sueldo y, ¿si esta vieja pide trago?

—¿Cuánto vale la suite? —preguntó ella.

Él se preocupaba más.

—Son setenta mil, mi señora, con aire y con jacuzzi.

—¡Esa es!, ¿cierto, papi? —le dijo mirándolo.

Salomón, con cara de aterrado, asintió.

Ella reía, no era su primera vez con un bueno de la barriada; muchos habían pasado por esos perniles. Hoy le tocaba a él, al que le vino nuevamente el alma al cuerpo cuando ella pronunció la frase esperada:

—No te preocupes, papi, yo invito.

—Páguese con esta tarjeta y lléveme una canequita de aguardiente con soda y un paquete de cigarrillos.

—¿Usted qué quiere, mi amor? —él siguió callado, moviendo la cabeza con un nada.

—Hortensia, lleve a la señora al 305.

Subieron al ascensor los tres. Hortensia, la mucama, era una gordita bonita de unos 23 años, blanca, medio pastusa. Ella miraba con detenimiento los botones luminosos del ascensor. Diana, con alegría, le agarraba más duro la mano a Salomón, esperando agarrar más tarde otra cosa. Él también la apretaba, pero con precaución, puesto que sus manos eran tan grandes como las nalgas de ella. El flaco parecía un basquetbolista de la NBA. La mucama les abrió la habitación, no sin antes mirar de arriba para abajo al bueno de Salomón.



—Si necesitan algo, solo marquen el cero, que yo en instantes los atenderé.

—Gracias, mamita —dijo Diana, entregándole un billete de diez mil, lo que alegró más la cara de Hortensia.

Él se sentó en el sofá, cansado de tanto bailoteo. Estiró sus piernas y la miró. Ella se paró enfrente, mirándolo vivazmente. Pasó su lengua por los labios llenos de botox, gruesos. Se miraron unos instantes como tratando de descubrir las intenciones del otro. Idioteces. Puesto que se sabía a qué iban, pero el protocolo es esencial en el primer encuentro.

Salomón no sabía de protocolos, y en muchas ocasiones es mejor así.

—Ven, mami, ponémelo como vos querés —
manoteó desde el sofá.

—Acá voy...

Ella se agachó y empezó a caminar en cuatro patas, ronroneando como una gata. Al flaco le pareció cómico, pero le gustó la escena: una gata y su amo. Ella le mordió el pantalón en el tiro, bajando su cremallera suavemente; el pulgar y el índice de la mano derecha asistieron a la lengüeta del tiro, entretanto el pulgar y el índice de la mano izquierda, empuñados, sostenían la parte superior del pantalón. Mientras él se inclinaba un poco para facilitarle su labor, ella bajó el pantalón casi hasta las rodillas; con las dos manos lo cogió y le asustó el tamaño, todavía "desparado", acaramelado y jugoso.

—¿Todo esto es para mí, papi? ¡Qué rico...! —
promulgó la bella dama, observándolo por todos los lados, con ojos grandes y vivaces.

—Sí, mami, es todo tuyo...

Lo empezó a chupar. Al principio fue fácil y le cupo todo en la boca, llegando al principio de la garganta, pero luego tuvo que recordar su aprendizaje de la película "Garganta Profunda", puesto que el miembro se virilizó. Tomó un tamaño bestial. Únicamente le cabía un cuarto de lo que antes era un bocado. Salomón abrió más las piernas, insinuando

que quería una tragada completa y ella por momentos lo lograba, o al menos eso parecía.

—Más, mami, mi putica rica, que esto es todo tuyo. ¡Todo, mi amor! ¡Todo! —sabía que unas groserías la excitarían, y era verdad porque ella empezó a succionarlo con más fuerza.

Extasiada con su gran miembro, de rodillas ella lo cogía, lo babeaba y escupía, lo masturbaba con las dos manos queriendo que este la llenara. Salomón sabía que no podía venirse, aunque estaba a punto, porque se demoraría mucho en pararse nuevamente, quedaría incompleta y además le haría el reclamo.

Ella, por su experiencia, sabía que él se iba a estallar, entonces de repente lo dejó, se paró y se fue a buscar dónde colocar música.

—No me dejes así —suplicó el caballero.

—Tranquilo, papi, que yo me quiero quedar toda la noche, amor. Estoy buscando musiquita, para que esto se ponga mejor.

La deuda de hace unos momentos, de cuando ella le mandó una cerveza y él no le paró bolas, quedó saldada, quedaron en paz. Ella lo hizo adrede, solo esperaba el momento preciso para desquitarse.

—Hacéle pues rápido —manoteó él desesperado.

Ella encontró el control del televisor y puso un canal de música tropical: "y yo que te deseo a morir, qué importa, ésta es la última vez...". Él sonrió observándola bailar mientras se le acercaba de nuevo.

A él no le gustaba mucho la Sonora Dinamita, se la aguantaba. Pero a ella sí, no olvidemos que es una veterana. Se dirigió a su bolso y sacó un frasquito de esos que se compran en la "Pantera Rosada", se quitó la blusa y los brasieres, se echó el líquido aceitoso en el pecho y dejó un poco en las manos.

—Ahora sí, papi, ¡a gozar, mi amor!

—¡Dale, dale, mami!...

Sus grandes tetas fueron el hogar caluroso y familiar de aquel gran miembro. Estaban hechas las unas para el otro. Él subía y bajaba con satisfacción. Era un brincador. De un momento a otro, se apartó y "la dejó mamando", la castigó como antes ella lo había castigado. La cogió y la levantó fácil como a una pluma, pero con brusquedad. Ella miraba aterrada y pedía más.

—¡Así, así...!

La tiró a la cama y le quitó el pantalón con un poco de esfuerzo porque su trasero grande y siliconado intervenía en la acción. Sus tangas rojizas eran tan pequeñas que no había necesidad de quitarlas, pero él no quería interferencias, ni las más mínimas; conoció su gran inmensidad, lampiña pasada por el láser, rosado pálido. La levantó de nuevo a sus brazos y la puso suavemente en el piso alfombrado, con fuerza y delicadeza. Ella miró su rostro, sumisa, se puso en cuatro sosteniéndose con las manos y esperó a que la cogiera para poner su rostro en la alfombra, así se sostendría mejor y dejaría descansar sus manos, libres para ejercer la vibración

necesaria en su clítoris grande, muy grande. Él, con su mano derecha le cogió la nalga derecha. Una gran mano y una gran nalga se merecían. El dedo pulgar de su mano izquierda buscó lentamente el ano palpitante, el tarrito de lubricante se aprovechaba cada vez más. Pero una escupidita no sobraba.

—¡Qué rico, papi!

Él respiraba fuerte. El dedo índice con el medio se empezaron a hundir en su gran abertura de labios carnosos, rosados, pálidos. —Qué buen trabajo el que hizo el esteticista—, casi parecía que tuvieran botox como los de arriba. Le pegó una gran palmada con la mano derecha y le volvió a coger la nalga duro. Ella gimió, suspiró, se notó que estaba en una gran mojada.

—¡Así te gusta, mi perra!

—Así, malparido, más duro, pero mételo pues, que me estoy quemando.

—¡Qué culo tan rico tenés! Te lo voy a hundir por ese culo, mamirica.

—Hacéle pues, pero ya, amor —pronunció mientras sus ojos se aguaban de la desesperación.

Salomón vio que sus dedos estaban lo suficientemente húmedos. Situó su gran miembro y lo introdujo de un solo "guarapazo". —Ese lubricante sí es bueno —pensó, porque casi no le dolió. Sin embargo, a ella sí; el grito llegó hasta la recepción pero no despertó al portero. Lo volvió a sacar todo y con la mano que le cubría la raíz volvió a hincarla.

—¡Más, papi! ¡Más, papi, por favor! —dijo entre sollozos.

Él, con las rodillas flexionadas hacia su labor, vio cómo ella levantaba la cabeza por el dolor y volvía a poner su rostro en la alfombra, de lado para poder gemir mordiéndose el puño. La posición era subyugantemente hermosa. Un culo gigantesco, un miembro gigantesco, y una alfombra peluda y cómoda que absorbía el sudor de su rostro. De repente, él la volvió a coger, con la mano se lo sacudió y lo introdujo en su ano nuevamente; lo sacaba y lo volvía a meter en su crica esponjosa. Un juego. Salomón no decidía cuál sería el terruño de su leche agria. El grito fue estrepitoso, se despertó el portero y la mucama se puso alerta: ¿fue él o ella? La pregunta quedó en el tintero para los conserjes. Condorito y Yayita miraron desde la pared dicha pose.

—¡Papi, ricoool! —gritó ella, mientras una lágrima caía por su mejilla.

Amanecieron, dormidos como dos ángeles. Cansados y agitados. Ninguno de los dos tenía que madrugar. Ella fue la primera en despertar pero "no hizo aspavientos"; le cogió uno de sus grandes brazos, mientras él roncaba, y lo puso en su cuello quedándose de espaldas, en posición de cucharita feliz como quinceañera comiendo su pastel, recién partido. Al rato, una mamada para iniciar la mañana con un bocado y así prevenir la gastritis.

—Papi, ¿lo querés meter de nuevo? Ahí en el bolso tengo más bálsamo.

—Listo pa' las que sea.

El mañanero que nunca sobra; cuando uno llega a la casa duerme mucho mejor, descargado y descargada.

Ni corto ni perezoso lo cogió y se embadurnó su verga erecta y entró lo más de fácil, parándose más dentro de ella. Ella volvió a gemir, pero los gritos no eran como los de hace unas horas, parecían más de amor que de pasión. Eso asustó a Salomón, que presintió: Me embalé con esta veterana. Eran gemidos de dormición con sueños húmedos. Le dio y le dio, hasta que ella despertó por completo.

—Bueno, papi, si quiere otro polvo venga pues y me lo echa en la boca, yo me lo trago, quiero llenarme completa —le decía mientras la penetraba.

Él subió rápidamente a su rostro, ella entre dormida, él muy despierto. Lo empezó a succionar, y lo succionó tan duro que él se le orinó en la boca y ella se tuvo que retirar. Le bañó el pecho y la cama en lluvia dorada. A ella no le importó, le gustó, nunca nadie se le había orinado en la boca, en el rostro, en el pecho. Lo tomó como una muestra de amor.

Quedaron muertos en la cama, ¡gracias a Dios! Miraban el techo, descubriendo imperfecciones. No pensaban mucho, se hacían preguntas: ¿cómo fue?, ¿por qué me gusta tanto este negro, si yo me levanto al otro día y soy la primera en irse?, ¿me voy a quedar con él, ¡rico!?, ¿será que sí le gusto? A ella sí le gustó, y hartó; ¿qué estará pensando esta vieja que anoche entre dormida me dijo te amo?, ¿qué pasó, si yo me

levanto al otro día y soy el primero que se abre?, ¿va a tocar seguir dándole porque con ese carrazo...?, ¿pero si después me embalo?, ¿me pide fidelidad?, ¿que me vaya a vivir con ella?... pues, si me va a mantener, hasta le hago.

—¿Qué piensas, papi?

—Nada, mami, ¿y vos?

—En que estuvo muy bueno.

—Sí, mirá lo pilluela —le dijo haciéndole cosquillas, los dos reían.

Y yo porque le estoy haciendo cosquillas a esta vieja, si a la única que le hago es a mi mamá, ah, y a Martha que se crió conmigo. Tan rico que me hace cosquillas, eso es que sí le gusto, ¡papacito! ¡Qué abdomen, le voy a seguir pagando el gimnasio!

Ahí empezaron a hablar, tratándose de conocer. Gran equivocación, lo mejor es huir antes del amanecer. El flaco lo sabía. Pero esta vez cayó en su misma trampa. Esa "crica" lo atrapó.

—Bueno, mami, ¿vos sos cirujana plástica?

—Sí, papi, hace 20 años pongo siliconas y no se me ha muerto nadie... —ella se inspiró—. Estudié medicina en la del Valle, pero mi padre tenía un familiar en Finlandia, vos sabes, que "los colombianos estamos en todas partes". Cuando terminé mi bachillerato hice un intercambio para perfeccionar idiomas y conocí al padre de mis hijas, entonces pude tener acceso a estudios

internacionales; me fui a estudiar una especialización en Italia, él me la pagó, viví en Finlandia, Italia, España, y conocí toda Europa y algunos países asiáticos y africanos. Hasta estuve en Jerusalén rezando.

—Por los pecados, me imagino, ¿no? —preguntó Salomón con ironía.

—No, por lo que iba a cometer —rió con picardía—. Allí en Europa conocí al padre de mi hija, ya te dije, mi ex esposo.

—¿Cómo así? Eres más recorrida que un bus.

—A veces sos como ordinario, ¿no?

Salomón cambió el ceño y se puso serio, no le gustaba que lo interpelaran y mucho menos que lo pordebajaran. Ella sabía que era como dicen los "rolos", un chabacán, pero comprendía rápido que a este afro tan grande no se le podía hablar así, él se lo hizo comprender.

—¿Para vos, yo soy un ordinario? Claro, ¡porque soy negro!, ¿no? —se paró de la cama ofendido.

—No, mi vida, no te pongas así, tengo muchos amigos cirujanos negros. Yo soy una boba.

—Pues yo no conozco el primer cirujano plástico negro.

—¿Cuántos cirujanos conoces?

Pensó un rato la respuesta y no la encontró.

—Pues ninguno, no he visto ninguno, en televisión tampoco. Es más, al único negro que vi operar fue a Higuita, el arquero, ¿lo conoces? Tú sabes de cirugías, yo sé de fútbol —dijo más ofendido—. Vos sos racista —agregó.

El ambiente se estaba calentando en medio del guayabo. Era una resaca con mal humor, como todas, cuando el dolor de cabeza aflora. En sus adentros pensó: Mira este negro tan arrecho, ¡qué rico! —se empezó a excitar de nuevo.

—Amor, yo no quería decir eso. Y no soy racista, si no, no te lo chupo, es más, ni te como, ni te miro. Al contrario, me gustan así hotentotes como tú. Y conozco a Higuita, no seas cabrón —se le salió lo española—, y si te vas a poner muy arrecho, "ponelas como querás", pero con ese pipisote entre mis piernas, amor —le dijo en la cara, empinándose, para ver si la miraba con rabia, y con rabia la besó. Se volvieron a encender. Una buena pelea es un buen presagio de polvo.

—Acá voy.

Se besaron un rato, entretanto, se cogían duro: tetas, chimbo, pezones, vagina, nalgas y espalda. Uñas metidas en las nalgas, pero a él no se le paraba, todavía estaba puto. Cali, a pesar de que es una ciudad negra, sigue siendo una ciudad muy racista. A pesar de que el negro no supiera hablar muy bien, se hacía respetar a gritos y puños, a él y a su raza. Es más, a él no le gustaba que alguien desconocido le dijera negro, y si en un partido de fútbol o micro, un blanco o un

mestizo blanqueado que no distinguía, decía “¡qué va negro!”, los encendía a puñetazos. El negro pegaba duro. Él tenía su lado social antirracista y, a pesar de que no hubiera leído a Malcom X, sí sabía de Mandela y se vio la serie de Chaca Zulu cuando estaba "chino". En Colombia hay que estar preparado contra el racismo, pensaba él y su barrida inmediata, cuando uno menos piensa, un blanco o un tirado a loco mestizo la monta. Cuando la vieja güevona le dijo “¡sos ordinario!”, se le despertó el afro, y enguayabado, peor. Pero la mujer, que tampoco era blanca y que aprendió la xenofobia en Europa, que el único que la quería era el marido, las hijas y la empleada ecuatoriana que tenía, tomó la decisión de parar la pelea.

—Perdóname, negro, pero yo tampoco soy blanca, por si no lo has notado.

—Ya decía yo —mirándola de arriba para abajo—, eres bien aindiadita —sonrió, descansando del primer asalto. La cabeza le dolía y no quería seguir peleando.

—Soy tu india, papi...

Cambiaron de conversación mientras volvían a la cama y se mimaban con pereza, más no con disentimiento. Los dolores de cabeza se hacían agudos, casi crónicos. Ella marcó el cero y pidió sal de frutas, dos sodas y limones, bombas completas para quitar el dolor. Lo miraba —¿qué culpa tiene él, de ser estrato dos? —se preguntó, y de nuevo empezó la charla.

—Te decía, cuando llegué a Colombia mis padres me dieron la oportunidad con un préstamo que consiguieron hipotecando dos casas que les puse a nombre de ellos, después de montar mi propio consultorio, porque no creas, llegué "pelada" porque el hijueputa de mi marido se quedó con mis hijas y me dejó con el solo pasaje de venida, bueno y las joyas, que cuando las fui a vender, me tocó darlas por nada. Aunque ya me salió la demanda y por eso estoy montada. Pero te estaba diciendo, que después de unos años se convirtió mi consultorio en clínica y heme aquí con dinero, sola, buscando quién me penetre —terminó de hablar, con aburrimiento en su rostro.

—Mami, ya encontró quién le haga rico, usted me cuida y yo la cuido. No tengo plata pero soy un varón —le dijo porque presentía la llorada.

Y sí, la vieja empezó a llorar como una niña, no se comprendía si por el abandono del marido o porque no llegaba la sal de frutas. De forma imprevista sonó una voz:

—Aquí está el pedido, son cinco mil pesos.

Empujaron la ventana de aluminio que estaba a un lado, ella pasó el dinero y Salomón recibió el pedido. Mientras servía...

—Sí, yo te cuento, soy un deportista acérrimo, que hace muchos años pudo pertenecer a las mejores ligas de básquetbol, pero un ligamento cruzado se me cruzó en mi perspectiva de vida. Aprendí mecánica desde pequeño con mi padre y a eso me dedico, ahora

me ves limpio, pero mi vida está en la grasa y el aceite. No me quejo, me da para vivir cómodamente, tengo mi moto y puedo mantener la casa de mi madre con una hermana y un sobrino. Mi vida está en la música y la música está en mi vida. No colecciono discos, pero eso sí tengo el computador de la casa cargado de salsa, bachata y una que otra canción de rock ochentero. No lloro.

Ella lo miró detenidamente y le dio un beso de madre en la frente. Se recostó en silencio y dijo:

—De ahora en adelante serás un gran varón. Te daré todo, si tú lo quieres. Podrás mantener a tu madre, hermana y sobrino como reyes. Serás mi bebé, solo tienes que hacer una cosa.

—¿Qué?

—Querermé y darme pipí cuando yo te lo pida, ¿qué dices?

La respuesta fue inmediata y aterradora.

—¡No! Yo no me amarro con nadie. Si quieres te doy cuando tú lo desees y yo tenga disposición, pero a pesar de que estés muy buena y me gustes, ¡no! No quiero pertenecer a nadie ni que nadie me pertenezca. Ya tengo mucho con mi mamá.

—Papi, no seas bobo, yo solo te pido pipí, un cariñito y una salida de vez en cuando con mis amigas y podrás vivir como un rey. Es más, te pongo tu propio taller.

Lo anterior hizo reflexionar al flaco. Su propio taller. Eso es otra cosa. Independiente, ¡jal!, lo mejor. La miró con recelo, desconfianza, porque "de esto tan bueno, no dan tanto"; él se tenía confianza, pero "tan de buenas a primeras" ¡cosa rara! Pero "qué importa", le iba a seguir el jueguito, si es que era un juego.

—No lo pienses más, esa verga tuya vale oro, yo la quiero para mí. Vamos a desayunar.

Le dio un beso en la boca chupando sus labios. Le mandó la mano a ver si todavía quedaba algo de semen para ella, y sí, quedaba un poco que succionó con delicadeza.

—Vamos a la Alameda a comer morcillita.

—Listo —dijo feliz, relajado, resignado. Tenía dueña.



La fiesta en el infierno

Comparaciones he hecho últimamente, un poco consternado, un poco deshecha mi integridad. Mi pensamiento está gradualmente tenso en este instante de balances y reflexiones sobre lo que ha pasado la noche anterior: noche de fiesta, noche de lujuria, noche para nunca olvidar. Un aquelarre de esos a los que estoy acostumbrado en días festivos y fines de semana. Mi mente está nublada.

¡Gracias a Dios por los olvidos! Por lagunas con mañanas secas, resacas. ¡Qué guayabo tan hijueputa! La noche no se me olvidó del todo; hay ciertos resquicios, ciertos intersticios que promueven el encadenamiento. Es como cuando uno despierta a medianoche de un sueño lujurioso o una pesadilla e intenta armar los recuerdos del mismo sueño. Hace fuerza, trata de recordar ese sueño como presenciador y protagonista del mismo, a dos cámaras, pero, si hay un descuido, unos instantes de dormición, ya no recuerda nada.

Algunos momentos he dejado pasar, pero, al contrario de las anteriores corridas, las reflexiones sustentan las memorias. Algo brusco para este cuerpo-mente enseñado al pisoteo de los recuerdos.



La mañana se encargó de que se avivara una nostalgia revuelta con preocupación y un dolor de cabeza intenso, puesto que la fiesta prosiguió en el “Infierno”. Fueron dos días o uno, me pregunto acostado. Todavía no lo quiero saber. La mañana de reloj despertador no se dio; el perro lamedor no me embadurnó de saliva ni el sol brilló ni los sonidos de pájaros arrullaron mi despertar ni el gallo maldito cantó o, mejor, no lo escuché.

Solo me acompañan pesados olores a cigarrillo, amargos que conmocionan mi nariz, con ron, vino y

un poco de vómito, que hacen de este cuarto lúgubre una regresión. Una recreación de lo ocurrido para encontrarme con yuxtaposiciones de encarnaciones. “Infierno”, discoteca profunda dentro de la tierra. Escalas que atravesaron mi cuerpo; mi cuerpo atravesó las escalas. Todavía no sé si estoy en ese lugar o en mi apartamento.

Noche anterior

Me encontraba en mi casa, como siempre en soledad, pensando en el trabajo del día y en el que debía continuar. Soy un profesor virtual, de esos que solo preguntan en un chat, sin entablar ninguna relación emocional con sus alumnos o alumnas. La verdad es que poco me interesan, y sé que es recíproco en cierta medida. Mediocridad educativa hecha a la medida de mis necesidades de trabajo, donde se sabe que los alumnos aprenderán poco y el docente pasará como un borrador de tablero. Eso me da para vivir.

Por las noches, enseño con un poco de vino y un paquete de cigarrillos, escuchando noticias catastróficas de mi bello país macondiano. El sonido entretenedor proviene del celular, que también funciona como radio. Al mismo tiempo, el móvil me sirve de Wi-Fi para mi computador, ese que llena de nostalgias mis pensamientos. Pequeño y barato, el que no he querido cambiar para no desajustar el presupuesto destinado a las cajas de vino baratas que cubren toda una mensualidad de alimentos para mi malnutrición. ¡Gracias a Dios no tengo hijos que me pudieran demandar!



Computador, dónde estás: se escriben líneas de desesperación y humor irónico. Es de noche, como todas las noches, y después de dos cajas de vino y pensar que mañana me pagarán, de fumarme un cigarrillo y observarlo para ver si le salen orejas de cenizas que me augurarán dinero, me siento feliz por el día de mañana y desesperado por el día de hoy. Simplemente espero que el sonido del cajero automático me alegre el día con su contar, o se me lo tire con su no contar. Sonido de felicidad, tristeza o pánico.

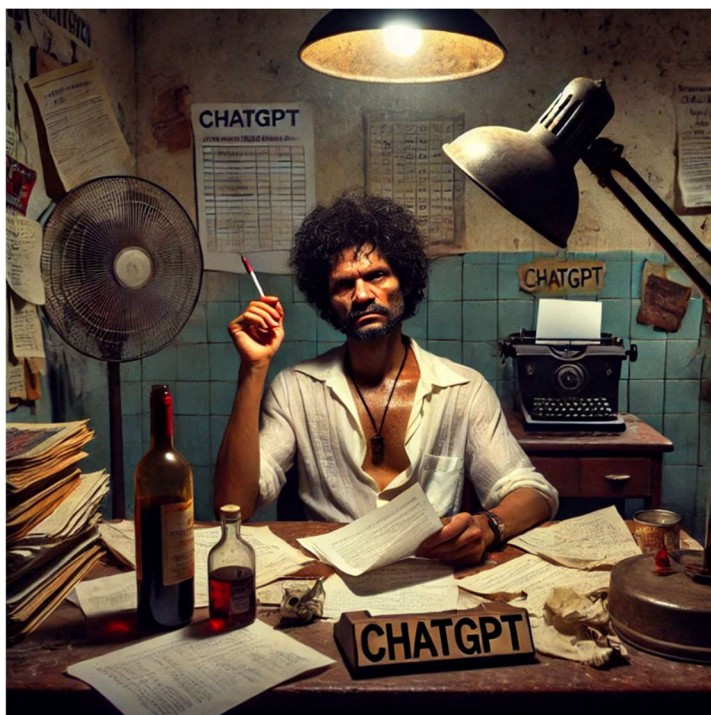
Mañana es fin de semana, es fin de mes, es el día
de ir al Infierno, es mi día de felicidad color amarillo.

9 de la noche

Acabé de dar mi clase en el chat. Fue una clase polémica para mí y rutinaria para los estudiantes, ya que les pregunté por los problemas sociales de Colombia y recibí sus ensayos, como siempre, unos cortados y pegados de Wikipedia, otros mejorados con IA. A veces entretenidos, otras veces superfluos, como charlas de cafetería en una universidad real.

¡Gracias a Dios se terminó! Escogí dos al azar para calificar y poner dos ejemplos en la próxima clase, para que piensen que leí todos. El primero se tomó la molestia de darle cursor izquierdo a las palabras para así cambiarlas por sinónimos e hizo un buen parafraseo; el segundo utilizó el ChatGPT sin más ni más. Ambos tienen el mérito de obtener un cinco.

Nunca me ha importado la nota, ni cómo un estudiante o docente respondía de memoria ante una pregunta. Ni me pregunto si se la merecen o no, para mí da lo mismo un uno que un cinco. Pero sé que un cinco a ellos y ellas les arreglará el rato, como el trabajo que conseguirán por palancas políticas, ruegos de padres y madres. ¡Ojalá a mí me dieran muchos cincos, pero en billetes de cincuenta mill!



Polémica fue mi otra clase en el chat, ya que cumplía con dos funciones: la de profesor y conquistador. Me metía a mis redes sociales favoritas para encontrar pareja fortuita mientras hablaba de guerrilla, paramilitares y narcotráfico con los alumnos. Muchos y muchas estarían haciendo lo mismo con sus folladores, puyones, amantes... Soy un coleccionador de números telefónicos.

10pm

Ya se acabó el chat educativo. Ahora la atención se concentrará en la red social que me provee de mujeres y travestis que no conoceré. Pero me encanta obtener sus números telefónicos, a pesar de que nunca los llamaré. Hay gente que colecciona carros; yo no tengo el dinero. Otros coleccionan relojes; no me gustan. Algunos compran muñecas inflables; tal vez yo reuniría unas cuantas mestizas, negras, asiáticas o de color estándar. Yo colecciono números de teléfonos, tengo un procedimiento básico: veo la foto y escribo: «Eres una mujer muy bella, me encantaría conocerte». Espero a que alguien me responda. Le pregunto: «¿Cómo estás?». La mayoría responde: «Muy bien».

Después de 3, 4, 5 o 6 preguntas idiotas, con respuestas idiotas y viceversa, pido el teléfono. El teléfono es el antecesor de la despedida: «Bueno, tengo que hacer un trabajo» o «me voy a acostar a dormir». Si estoy borracho, digo: «Me masturbaré por ti, amor, ahora vuelvo». Nunca las llamo, tampoco ellas me llaman. Definitivamente es mejor ir a conseguir aquelarres en el Infierno, discoteca profunda, bar de idiotas.

Me siento cansado, apago el computador, pero antes de dormir busco imágenes en mi mente de esos

chats no educativos, un poco eróticas, para masturbarme.



Si esto no resulta, si mi mente no se adecúa al estar acostado en mi cama con él parado, entonces me paro y enciendo de nuevo el computador, busco una página de porno casero y observo una felación o una follada y me masturbo sentado. Me encantan las veteranas especialmente, aunque de vez en cuando mi querida compatriota Esperanza Gómez me entretiene, y con el español Nacho Vidal mucho

mejor. Y si en YouTube coloco algo de Miguel Bosé, la venida será más rápida.

He tratado, sin cumplir mi misión, de pajearme con travestis que tienen muchos videos porno en la red, más que las mismas parejas heterosexuales. Ser yo no es fácil. No es fácil buscar el onanismo habitual. No me ha sido posible hacer el amor más de tres veces con una mujer sin pensar en otra. En la primera cita, estoy ahí, todo para ella, en pensamiento y hasta en alma —si tengo—. En la segunda vuelta, mi mente ejerce un poder que atrae recuerdos o deseos no cumplidos, y el culo de ella se vuelve otro. Ya en la tercera, estoy tan ejercitado en el asunto que, viéndole a la cara, ensartada hasta la empuñadura, puedo ponerle otra como en Photoshop: otro rostro, otra mirada, una mueca de satisfacción. No importa que la original sea blanca, la pongo negra; no importa que sea negra, la pongo oriental; no importa que sea vieja, la pongo joven; si es joven, la vuelvo a desear.

Últimamente, no logro obtener una adecuada erección a la primera; antes de los cuarenta, estaba siempre listo, siempre templado, aunque fuera en la calle: juguetón, dueño de la circulación sangrante. Creo que lo lograré de nuevo a los cincuenta, dicen que la mayoría de hombres a esta edad “se les moja la canoa”. Por el momento, lo que más me excita son

los tríos. ¡Qué delicia un trío! Dos mujeres y yo. Dos hombres y una mujer me da miedo, pienso que seré empalado.

Muchos de estos videos me inspiran para escribir relatos pornográficos al mejor estilo de Miller o Sade. Miento, nunca alcanzaría su grandilocuencia, pero tal vez sí esa perversidad escondida entre las piernas de alguna conocida como Justine, Julieta, Deyanira o Claudia...

No obstante, mis escritos entretienen a unos pocos amigos poetas tóxicos trasnochados que son los mismos de hace veinte años. Qué monotonía. Paso mis días educando y escribiendo relatos pornográficos; creo que lo segundo es más sincero, menos comprometedor. Ojalá me gane la vida de otra forma, que un docente con integridad y vocación me reemplace. Fue vocación al principio, pero no sé cuándo se desaprovechó. ¿Sería por el capitalismo y los malos pagos?

Los relatos que escribía al principio eran más existencialistas, con un contenido filosófico. Luego pasaron a la desidia, con un corte crítico y marxista. Después se acuñaron en lo tosco, y cuando los releo, pasan a lo desagradable. Mi vida se pudre poco a poco y mis sueños se perdieron; ahora únicamente queda el onanismo para mejorar mi sueño, con razón escribí

mi primer micro relato: “Amarró la soga a su cuello y esperó a que el árbol creciera”. Mi sueño es el tema predilecto de las noches: cómo me duermo, si tendré que pararme hacia el computador, cuándo vuelvo a despertar. Tengo mucho miedo, terror y pánico a que no se me vuelva a parar ¡Cómo dormiré!

12.15 de la noche

Estoy acá sentado, aletargado, profundamente encontrado con mis pensamientos taciturnos que pronto serán de amaneceres inescrupulosos frente al computador. He decidido, en mi anonimato y en mis recuerdos, trascender en el principio de mi escritura solitaria, en observación de esta ortopedia social por internet que dilata mis lucubraciones.

Después de unos cuantos escritos y un premio que gané por casualidad con el maldito microcuento, me pondré a la disposición de escribir y aprender a escribir, tratando de autoenseñarme.

Yo, escritor de estos sortilegios, en muchas ocasiones les he dicho a mis amadas: “Dono mis amaneceres dorados y crepúsculos con sueño para que mires el milagro del agua”. No me acuerdo de quién es, la digo como un loro. Es un corte y pegue memorístico. Puedo afianzarme en el sentido común de un lector y, al mismo tiempo, debo procurar que la observación y la descripción estén presentes en los micros y en los megarelatos como la Biblia o el Capital, que nunca he terminado de leer. Pero, en verdad, como pasa con mis pensamientos costumbristas de clases obreras, de ventanas y puertas abiertas para que entren a la celebración de una boda o de mosquitos chupasangre, paso el tiempo en la

nada, en la contemplación perezosa creyéndome un gato lleno de pulgas y unas cuantas garrapatas. Pensando después de un tiempo, atrayendo revoluciones, desechando lo irreal.



Pero me he dado cuenta de que soy un negador de historias, un postmoderno que cita y aplica falacias, un literato indigente. Un corte y pegue de muchos escritores y de desconexiones neurales que vienen de los surrealistas, de los poetas malditos; de mi bipolarismo y alcoholismo. Por último, de mis ansias de escribir y de ser leído. Por eso escribo todos

los días sentado ahí, en un cuarto sin ventana en un tercer piso en esta maldita y bella ciudad calurosa. Después de dar vueltas y vueltas en estas palabrerías pensadas, dichas, y ahora escritas.

2 a.m.

Se me acabaron los putos cigarrillos; únicamente me queda un sorbo de vino. Dionisio me está abandonando. Recuerdo las frases de un amigo de mi pubertad universitaria, un sátiro de mierda: cuando miraba la botella de aguardiente que estaba a la mitad, se ponía a llorar. Nosotros casi siempre caíamos viendo su dolor.

—¿Por qué llora? —preguntábamos.

—La botella ya se va a acabar —respondía el muy maldito, y todos reíamos.

Ya no río. Hace mucho tiempo comprendí su preocupación y que no era un chiste. Pero no es dinero; muchas veces puedo tener plata, pero no hay dónde comprar. Eso sí que me estresa, puesto que no hay excusa para esta ciudad. Bueno, sí debe haber quien venda, pero daría el pago para un robo sin necesidad. Me encanta mi casa, es mi cueva, mi caverna infranqueable. No me gusta ni traer a mis parejas fugaces, porque desadornan mi febril espacio. Soy un Adonis acá, en el lugar de mis lágrimas y turbaciones.

2:56 a.m.

Son las 2:56 de la mañana. Mis ojos me pesan sentado frente a este computador, único medio que tengo para entretener mi insomnio. No es que quiera escribir ni que esté inspirado, iluminado o espermatozoidizado, es simplemente que no puedo dormir. Lo peor es que no tengo cigarrillos, ni alcohol, ni dinero para emborrachar mi vigilia, ni mucho menos una damisela.

Todo sucedió hace unos instantes: al principio, era un mendigo durmiente esperando el beso de una princesa —pensé que era la bruja de mi exmujer que me despertaba con una mamada—, pero simplemente fueron ensueños. Primero en los tobillos, después por la espalda baja, un costado y, por último, el mayor de los tormentos de estas noches donde el verano se confunde con la lluvia, zumbidos en la cara. Una vil llena de mi sangre, la sangre mía y de mis soñadas. Sé que no era él, sino ella, soy amante de Discovery. Susurrando a mi oído, palabras ininteligibles que se traducían en quimeras y mis subjetividades decían: — ¡Levántate, marica! —

Desesperado por el zumbido que cada vez se sentía más fuerte, me preparé para levantarme. Eso

quiere decir que, medio, me acomodé para seguir durmiendo, pero parecía que ella había alquilado un equipo de sonido. Me pegué unas cachetadas o, mejor, ella me dio algunas, que solamente me acabaron de enervar. Me asustaba, por lo que decidí hacer lo impensable: me levanté de la cama, fui hacia el closet y saqué mis calzoncillos color zapote para ir en búsqueda de la culióptera que emancipaba mi rabia. Luego, algo increíble: prendí la luz.

Maldita luz para ojos soñadores y debilitados. Mientras gritaba con rabia: — ¡Vida hijueputa! —, pensé en el ardid. La búsqueda se inició, pero la secuencia de la acción era más compleja. En un momento de esos de aclaración de la vista, antes confundida por el aletargamiento del ensueño, ella estaba ahí, en la cortina, pegada, pegajosa, gorda, satisfecha. ¿Si estaba satisfecha, por qué me zumbaba? —me preguntaba energúmeno, agachado—.

— ¡Qué perra eres! —dije—, sé que me escuchaste, porque tienes casi el mismo número de células que mi oído.

La miraba fijamente alistando mi honda, mi cauchera zapote. Debido a mi gran habilidad tirando

calzoncillos, la masacré, exterminé, aniquilé; sin remordimiento. Me felicité, sabiendo que era una falsedad lo de mi habilidad, puesto que la maldita bicha ni se podía mover de lo gorda. En algo nos teníamos que parecer. Con mi sangre y la sangre, de sabe quién más, se hizo un cuadro en la cortina al mejor estilo de los huevos de Dalí...

3.45 a.m.

Son aproximadamente las 3:48 a.m. El día ha empezado, lluvioso, frío, ofreciendo bochornos pegajosos. No pude dormir. Me encuentro de nuevo sentado frente al computador, tecleando entre dormido y corrigiendo ortografía a cada instante por mi somnolencia y falta de la misma. En la radio suena “With or Without You” de U2, que como siempre es una canción reveladora: —“See the stone set in your eyes” (“Veo la piedra puesta en tus ojos”)—

Esta melodía que tarareo resume toda mi noche, sin saber ni chimba de inglés, como buen profesor sudaca de bajo presupuesto, como la mayoría de colombiches. Mis últimas noches han sido repetitivas desde aquella en que te masacré. Día tras día se han vuelto un infierno quemantemente delicioso. Masacrarte a punta de cauchera de calzoncillos zapotes fue lo mejor y lo único que recuerdo con satisfacción de la noche anterior, algo que contar en las reuniones familiares y cócteles de ricos que nunca tendré.

Tengo un poco de resaca de cigarrillos y tintos, con los cuales había acompañado algunos escritos. Mi trasnocho no es la razón, aunque sí coadyuva a la

cuestión. Al principio todo era noche, pero mis noches se volvieron tormentos quemantes de rabias y palmadas que me auto infligía en el rostro. Cada vez me sodomizaba más, pero no me satisfacía.

4 a.m.

Eran aproximadamente las 4:05 a.m., del Día de los Reyes Magos. Era todo un Baltasar, por decisión de un Papa católico. Me levantaba con un esfuerzo extra porque el colchón estaba tirado en el piso, y la vi, ella venía a mí. Estaba asustada por la luz blanca que había prendido: grande y negrorrojiza. Me hubiera gustado mirarla con más detenimiento, pero mi adormecimiento no lo permitía. Sus movimientos eran como los de un perro sin dueño, como los de mis calles. Creo que era su creador, protector, su señor y entrenador. Sin embargo, me apresuré a coger la bota punta de acero de constructor que había dejado tirada en el piso. La bota y ella estaban junto a mi colchón. No soy un constructor, solo quiero serlo por un poco de masculinidad, por eso me escondo detrás del acero de la punta de mis botas, buscando una virilidad perdida. La atacué, la agredí violentamente, y con un simple zapatazo, ella quedó semimuerta. Palabra incoherente. Mentira, farsa, ficción. Lo semimuerto no existe, al menos que sea un zombi. Tendré que preguntar a un entomólogo.

Vívida, vegetaba la cucaracha, puesto que sus antenas se movían. Un espejismo me apuntillaba: me miraba como si yo estuviera frente al espejo. Después

de unas horas, sentía todavía que me echaba un vistazo. Creo que eran las 5 a.m.; una alucinación, simplemente un sueño. ¡No! Una realidad. Ante tal ofuscación, o mejor, reflejo de mi ser, de mi vida, decidí barrerla hacia el recogedor y tirarla a la basura. Una indulgencia, tirarla a su supuesto medio habitual, entorno permitido, hogar de nacimiento. Todo para que muriera tranquila, si es que muere... Soy un buen samaritano.

6 a.m.

Estoy muy trasnochado. Hace unas horas fui víctima de los insectos, lo que me hace pensar en "La metamorfosis" de Kafka. No era Gregorio Samsa, pero sí había sido víctima de sus amigos.

Habitualmente he dejado quemar el café. Creo que es por el Alzheimer o un síndrome de Tourette. Simplemente un aviso de mi vejez. Tal vez puede ser un descuido o, meramente, soy un güevón. Siempre me pasa cuando escribo de la noche hasta el amanecer. Creo que un día moriré por esta razón. Explotaré por la estufa de mis pensamientos.

6.30 a.m.

Listo estoy, con el calor del trópico húmedo, como húmedos están mis calzoncillos oliendo a queso gruyer. Me dirijo al baño: rezo, ruego por no tener que bañarme con agua tirada por vasija. Simplemente quiero que la llave me llene con su esperma.

Mi baño es feliz, aunque en estos momentos anhelo el agua fría de la ciudad alta donde me establecí. Los primeros segundos son calientes, relajándome con un jabón chiquito, ese barato que robo en moteles depreciables con acompañantes muecas y de barrigas de sapo. Los he coleccionado con los piojos que tengo en mi cabeza. Orino mientras el agua cae. Qué buen ecologista soy, estoy ahorrando agua. Descargo unos cuantos pedos, alistando mi trasero para enjabonarlo. ¡Qué delicia el agua! Se enfrió, es todo un éxtasis, una realidad.

He defecado pero tengo una limpieza a medias por mi afán de hacer rendir el papel higiénico de color rosa barato, ese que acrecienta mis almorranas. Meto el jabón en mi rayuela, como mi amigo Julio Cortázar. Limpio mi podredumbre, mi cabeza fuertemente, tratando de sacar las liendras; también el pecho en pasada; chimbo y bolas con masturbación; culo como para una menea con lengua; piernas como el pecho;

pies con mucho esfuerzo porque mi barriga no me deja agacharme con facilidad ni felicidad. Por último, los dedos malolientes, inquilinos de botas constructoras de mil batallas, los limpio como siempre, en medio de un guayabo que hace que mi cabeza rebote con el mirar del suelo.

No estás, amiga descolorida, y grito:

—¡Qué maricada! ¿Dónde está la toalla?

Como si quisiera que alguien me oyera. Salgo del baño dejando el piso mojado por toda la casa. Después de que la cojo, vuelvo a la ducha, decido volver a mojar me los pies con el agua fría que corre por el miembro de metal, más erecto, más duro y más grande que el mío.

Salgo de la ducha y me miro al espejo rejuvenecido, satisfecho. Inmediatamente me paso dos dedos por la rayuela, el medio y el anular. Después los huelo para saber si quedé bien bañado. Muchas veces hay que volverse a bañar, como para no dejar evidencia. Pasar el jabón por la raya, y si la cosa es de afán, papel higiénico, si lo hay, la cuestión es de pobreza auto infligida. Termina mi habitualidad. Mi rutina diaria en el trópico húmedo. Entre tanto, hablo con mi toalla desteñida, mi única compañía, mi

única amiga desde hace más de diez años, la cual está tan desgastada como mí ser.

7.25 a.m.

Es otro día de otro trabajo mediocre y pueril, donde únicamente hago unas cuantas maricaditas de cortar y remendar, y por eso me pagan. Me han ofrecido buenos trabajos en buenas instituciones o universidades, e incluso en lo público, donde todos roban y uno se relaja. Aunque siento que mi mediocridad es grande, no me interesa robarle a nadie. Entre ser profesor virtual en las tardes-noches y carnicero los fines de semana, me siento feliz.

Desde hace mucho tiempo tengo la idea absurda de que si no sirvo para la sociedad, tampoco debo ir en contra de ella: no agredo, no peleo, no pataleo. Si algo no me gusta, me voy. Muchas veces he renunciado para no ser pisoteado ni pisotear. ¡Tal vez me creo una chimba! Eso me lo enseñaron en la universidad pública.

Sé que si aceptara un trabajo político con uno de los politiqueros que van al Infierno, conseguiría una casa o un carro en un año o menos, para acrecentar las posibilidades de conquistar barriguitas de sapo y chicanear a mis amigos poetas tóxicos. La verdad, no me interesa. Vivo del día a día y mi jubilación no es mi meta ¡Gracias a Dios! Agregar más mediocridad a mi existencia no tiene cabida.

7.45 a.m.

Como siempre, me está cogiendo la tarde para arreglarme, si esto es arreglarse, para ir a cobrar al cajero. No tengo camisas; las detesto. Soy un viejo joven y un joven muy viejo, con un arete dorado en la oreja y poco pelo largo gris sucio. Las camisetas son de colores y estampados medio intelectuales. Hace tiempo deseché las del Che y grupos de rock. ¡He crecido! Son de algodón, eso sí, porque con este puto calor la chucha aflora a pesar del mejor desodorante. No merecen ser planchadas. Hoy he escogido una nueva; ir al cajero lo merece, y lo mejor es que no hay que plancharla y huele a nuevo, rico. Tiene un estampado de un cóctel, un manchado al estilo Van Gogh, amarillo, que contrasta con el fondo azul y la noche de fiesta que me pegaré hoy.

8: a.m.

Lleno unos formatos y hablo con algunos docentes más mediocres que yo por Skype, y con uno que otro altruista que quiere cambiar la educación. A esos los he visto en el Infierno, a muchos en templos, con corbatas y sin lecturas previas del Nuevo Testamento.

Entre los descansos mañaneros, que son más largos que la práctica de trabajar, vuelvo a meterme en las páginas web que gestioné noches anteriores, para ver quién respondió y pedir su teléfono. Esa es mi jornada, pero hoy es un día de esos del mes que me entusiasman: a las 4 p.m. me pagarán. Espero esa hora con ansias, puesto que hace 10 días no tengo un peso en el bolsillo y mis camisetas empiezan a oler mal, otra razón para ponerme la azul nueva. Ahora me dispondré a salir a desayunar donde me fíen un buen calentado que mantenga mi gordura a flote.

12 del mediodía

Busco llenar un vaso plástico de agua para echarle algo al estómago, puesto que no hay para almuerzo. En la tienda y el restaurante ya no fían. Me pasé la mañana durmiendo televisión.

3:44 p.m.

Desperté con los ojos muy hinchados y mal sabor en la boca, como siempre. Me dirijo de nuevo al baño para reducharme y salir. No hay mucha gente en la calle, pero sí mucha haciendo la maldita cola del cajero. ¡Pagaron! Qué alegría tan profunda, qué sentimiento tan grato. ¡La felicidad no hace el dinero! ¡Pero el dinero sí hace la felicidad! Qué cliché. Debo ir al apartamento corriendo a pagar el arriendo y a la tienda a comprar desodorante porque me estaba echando limón, un talco para pies porque ya huelen maluco, dejar comprado algo de comer para no morir de inanición y mi café ¡mi café! Pero primero una caja de vino Closs Cabernet Sauvignon, para así alimentar mi hígado. No puedo asistir al Infierno sin antes prepararme etílicamente.

Un susto. Cómo predecirlo... pero creo que la suerte estaba de mi lado. Cuando salí del cajero de cobrar mi sueldo, como a las cuatro, después de hijueputear en mi mente a toda la administración de la institución por descontarme como cincuenta mil pesos de no sé qué putas —debe de ser de unas horas que no di por un guayabo que me iba a matar—. Caminé, como siempre, por la misma calle hasta mi casa. Me dirigía al cobijo de mi tercer piso. Unas cuadras más allá:

—Patrón, ¿qué dirección es esta? —preguntó un desconocido.

—La verdad, no sé —respondí, mirando las casas que se encontraban alrededor del barrio, buscando las direcciones sobre sus puertas—. Es la carrera 32, pero la calle no me acuerdo —agregué.

Miré a la cara a los dos personajes. El que estaba más cerca me dijo en baja voz:

—Amigo, no haga aspavientos. Nosotros somos de una oficina de sicariato de acá de Cali. Saque el celular sin aspavientos —amenazó. Al mismo tiempo, su compañero me mostraba un revólver con cacha negra que llevaba en la cintura.

Nos miramos los tres a la cara. Introduje mi mano derecha en la mochila de hippie trasnochado que siempre cargo. Al principio estaba tranquilo, pero después de unos segundos me empecé a preocupar. Un aceleramiento entraba en mi mano porque no encontraba el celular, y eso que solo llevaba cinco maricaditas en el talego. En la mochila estaba estampada la frase “Oiga, mire, vea. Cali me encanta”, acompañada de dos ilustraciones: la Ermita y el puente Ortiz; debajo de ellas, en grandes letras negras: COLOMBIA.

Por fin encontré el verraco teléfono y se los mostré. Era cómica la situación, porque me demoré mucho para mostrar un teléfono que todavía tenía conectado con un audífono a mi oreja izquierda; era un nerviosismo subjetivo porque mis ademanes eran de una persona calmada. Conozco hombres y mujeres que salen gritando como locas, casi siempre se ganan un tiro o una puñalada que es peor.

—Fresco, guarde eso —pronunció sin preocupación el inquisidor.

No le interesó en lo más mínimo mi smartphone porque era un Alcatel de esos baratos, era más el encarte de negociarlo. ¡Gracias a Dios no tenía uno más caro! Más costoso era su 38 corto, ese que me había mostrado su compañero. Otra historia habría pasado con un Apple o Sony. Hace unos días pensé en cambiarlo, ahora ¡ni por el putas! Con este me quedo.

—Saque la billetera, ¿cuánto tiene? —agregó después del fracaso móvil.

Esta sí la encontré de una. Antes de abrirla, le dije una frase que ya le había dicho en otras ocasiones a otros ladrones, hace muchos años en la ciudad de Manizales:

—“Si voy a pie, es porque no tengo plata”—. Qué vaina, por esa frase lo matan a uno o mínimo una patiada se gana.

No era cierto, la tenía en una media, aunque en un bolsillo tenía veinte mil pesos, pero solo me acordé de ellos cuando me fui de ahí... con una risotada nerviosa, los recordé. El hombre sonrió, y sin dejarme abrir la billetera:

—Tranquilo, siga derecho. ¡Esto es una broma!

Broma ¡el culo! Guardé la billetera en la mochila y cuando iba a iniciar mi camino, el segundo hombre por fin alzó la mirada para verme partir y le conocí la voz.

—Siga derecho y que Dios lo bendiga.

Seguí mi camino a paso normal pensando en lo que había ocurrido, tranquilo, callado. Cuando curvé a una cuadra, pensé "hijueputa, de la que me salvé". No miré atrás, seguí caminando y en ese momento sí sentí temor. Reflexioné: ¿tanto protocolo y respeto? ¡Qué ladrones tan amigables! Mientras camino las calles de Cali para llegar al abrigo de mi tercer piso, pienso que estos son unos psicólogos ni los verracos: ¡No haga aspavientos! ¡Oficina de sicarios! ¡Que Dios lo bendiga! Y la mejor de todas: ¡Esto es una broma!

6:30 p.m.

Vivo en un tercer piso, del cual debo dos meses de arriendo. Es triste, pero soy proletario de un país tercermundista que succiona lo mejor de “mi ser” y me convierte simplemente en un paria trabajador que vive de los fiados en la tienda del barrio y de unas cuantas monedas de trabajos momentáneos, un freelance en la modernidad. Ahora debo pagar, y es toda una tristeza ver el sueldo irse de entre las manos, pero siempre queda algo para el Infierno.

A pesar de todo, le he cogido amor a este tercer piso. Un piso amable por los abrazos de las paredes, por las risas de las escaleras y por las enfermedades del baño húmedo que, en este trópico, llena de hongos mis pies. Nadie me llama. El octogenario teléfono se encuentra en la sala, a la espera de que lo recoja con la intención de llamar a mis hermanas y hermanos, para entablar una conversación monótona que verse sobre dolores de cabeza, de espalda; que se le subió la presión, que por las noches no se puede dormir. Médicos y médicas expertos con los que me comunico una vez por año. Siempre tienen la respuesta a todas las enfermedades, menos para la sífilis.

Una vez, por gozar, le dije a una de mis hermanas, la que habla mucho:

—Tengo sífilis.

—¿Cómo así? Eso es por meterlo donde no lo debe meter —dijo.

—A cualquiera le puede pasar, vos sabés que soy profesor universitario —excusé, y ella carcajeó.

Hablamos otro rato, desestresándonos de un año de descuido comunicacional. Por último, le dije que era una broma. Como una vez una “rata” o sicario me dijo. Pero la cosa trascendió. Al otro día recibí una llamada de mi hermana, la médica.

—¿Cómo así que te pegaron una trepadora? Vos es que sos güevón... —gritaba, sin dejarme mencionar palabra.

Parecía una gallina vieja a punto de que la abuela le pusiera un palo en el cuello, para después tirarla al agua caliente y quitarle las plumas y, por fin, comer un delicioso sancocho.

—Es que yo... —no podía terminar la idea.

—Urgente comprate una ceftriaxona y que te la inyecten —decía. Y yo la termino de cagar diciéndole:

—No es gonorrea, es sífilis.

—Pues entonces mandé penicilina, pero usted como es, debe de tener ambas... —regañó, y eso que no hablábamos hace dos años.

Hace mucho tiempo me cansé de dar excusas y explicaciones, y a pesar de que no tuviera ninguna de las dos, acepté el consejo. No me importaba quedar como el desecho de la familia, al final ni siquiera nos veíamos. Sé que el cuento se propagó entre toda la familia. Ojalá sea un buen entretenimiento para ellos en navidades para que dejen de hablar de esas cosas: que se le rayan las manos por el jabón de cocina; que es porque utiliza mucho límpido...

Es muy sencilla la sala: un comedor café de madera de pino comido por el comején, que bajó desde el techo para probar otro alimento, otro bocado. Un televisor viejo que está esperando ser reemplazado por uno de esos nuevos 3D, que veo todos los días en los periódicos de los supermercados, que sirven para entretener mis sueños materiales en el retrete.

En el baño, confort indescriptible por estos días de verano, hay un espejo que no miente, lleno de puntos blancos por el cepillar de dientes. Siempre dice la verdad y me avisa cuando me debo afeitar.

Siempre he peleado por mi intimidad, en los lugares donde voy, porque también soy un trotamundo que cambia de ciudades como de putiaderos. Siempre quiero un apartamento solo para mí, no resisto vivir con nadie, para encerrarme en mis momentos atormentados, en mis sueños inspirados en películas de zombis, en mis delirios de escritura, en mis pasiones concentradas en una pequeña nevera con quesos, tocineta y cerveza para deslucir mis tristezas y exaltar mis alegrías.

7: p.m. Lucubraciones.

Soledad no está. La busco en esta saturación de ruidos, imágenes, olores, cuerpos que chocan y no se conocen. También allí, en esos teclados, en esas virtualidades de masturbación y compromisos que terminan cuando se apaga el computador o el celular del trabajo, o de las noches virtuales que también son un trabajo. Me desmuevo, me quedo quieto soportando mi imagen, con la mano en mi pene para empezar a subir y bajar. Pero hoy tengo dinero, no me debo masturbar.

Una soledad que nunca desapareció, nunca se fue, aunque trató de huir de mí. No puede, porque, heme aquí, desairado en la saturación de las comas, solo.

Cansado, desecho, trasnochado, caminaré por las calles largas de esta ciudad imprecisa, salsera, buscando rock, que me proporciona una contemporaneidad llena de nada. Prefiero la noche por obligación, puesto que no resisto la luz del sol y esquivo las luces artificiales con unas gafas baratas que me hacen ver como un idiota nocturno. Trato de caminar por calles solitarias, aunque muchas veces los pitos de los carros exasperan mis dolores de cabeza. Muchas veces me pierdo, desorientado, por lo cual debo devolverme por el mismo camino para no dar vueltas y vueltas por esta urbe que me adormece.

El Infierno es imperdible, aunque me pierdo en él. No sé qué me pasa, hace mucho tiempo revuelo entre la intolerancia y el deseo. Por eso, en ocasiones, duermo todo el día, para no cometer una cagada, que se me quiebre el hioides. Dormir todo el día para después buscar algo de confort en la noche.

Pero la soledad colectiva, el silencio, tiene un límite y no es el bullicio cotidiano ni un “corazón diabólico” que busca el suicidio de forma angelical; es simplemente la risa maquiavélica de natura que se burla, o mejor dicho, de una mujer en la cama que se burla al verme trasegar por la habitación nunca acabada, nunca terminada, siempre revuelta con un toque de semen y olor a cigarrillo. Como un perro sin cadena que trasiega hasta la saciedad con ansiedad en esta sociedad. Él, o yo, buscamos manchas de recuerdos.

Él ahí, yo viendo mi cuerpo absurdo, comparado con un árbol al límite de la hermosura de otoño, a punto de envejecer con desaires de fiebres cotidianas de mi silencio. Ese que espera y no llega, ese que sería el triunfo del tiempo, con carcajadas en forma de vientos, de cortes de aire suaves.

Esos sueños que necesito son sueños soñados que se volvieron pensamientos cotidianos jamás resueltos. Un per cápita del destino, determinado por angustias de inquietudes. Tú, sin conocerme, y yo aquí. Misceláneas de recuerdos lujuriosos con caminos encontrados detrás de un altar.

Estoy lleno de muñecas inflables que me infligen cicatrices de meretrices de papel, que alivian mis células fatigadas químicamente por etílicos cotidianos, que me hacen feliz, muy feliz, porque siento que estoy aquí en este mundo audaz, lleno de mentiras.

Acá, en la podredumbre de mi belleza que pasa y se pierde por mis ojeras, se va muriendo la lujuria incestuosa juvenil promocionada por mis maestros. Necesito un poco de aceleramiento, un poco de vino en mis venas para que la risa fluya. ¡Solicito la embriaguez eterna, planeada hasta mi muerte! para quedar en calma.

La calma es simplemente una obsesión por mis perturbaciones. Ansío el concepto, pero no conozco su significado; encuentro el término, pero no su practicidad. No me la enseñaron. El aceleramiento se me mostró como virtud. Me enseñaron que los gatos representaban la pereza con su ronronear. Me fascinan los gatos. Me encantaría estar en su calma

ronroneando para simplemente observar los suspiros de envidia que muestran mi soledad. Es una cuestión de tristeza, de nostalgia, un extrañamiento.

Desolación, triste desolación. Me asustan las películas apocalípticas, la melancolía me produce pesadillas, pero al mismo tiempo, con cada acto coadyuvo a su llegada. En mi cuerpo no hay desolación porque me acompaña una gripe eterna de perico y unas cuantas amebas rutinarias, crónicas, por las ensaladas de repollo de mi abuela, ya muerta. Sin embargo, mi cerebro se parte en dos: en lujurias y en fatigas.

Estoy cansado, sumamente cansado, agotado por mis labores cotidianas, algo escabrosas por mis pensamientos de desazón con respecto a mi escritorio, uno de esos de madera prensada donde reposa el computador que llena mis ojos de nostalgia y que miro siempre que estoy en hogar de soledades. Es mi compañía, con la toalla y el espejo, aunque a veces hablo con el jabón.

El estrés logra el desespero. Hace ya un tiempo dejé de contar el número de cafés y cigarrillos que me fumo diariamente. Esos que me acompañan en pequeños instantes para estimular mi espalda

cansada, mi pelvis adolorida por la gordura y las constantes horas al frente del computador.

No me llenan los tecleos ni los emails recibidos. A veces, me fugo en la virtualidad buscando mujeres que supuestamente veré, pero que nunca conoceré, ni menos llamaré. Unas cuantas frases vacías: qué haces, a qué te dedicas, cuándo te dejas conocer. El premio está en el número del celular. Una carcajada más, porque ni siquiera los marco, solo los dejo como recompensa por sentirme conquistador de los vacíos de fotos. Sin meditación ni creación, solo cansancio que conlleva a sueños de calor.

Quiero ir a mi cuarto solitario a leer cualquier noticia trasnochada, pasada de moda, un periódico amarillista y barato. Quiero estar defecando en mi baño. No quiero volver a mi casa llena de familiaridades desconcertantes, cotidianas. ¡Oh vida! ¡Qué dilema! Mi ingratitud se acrecienta. Nace en mí una enfermedad, el ego, lleno de desazón. Observo con desidia el mundo que me rodea, no importa el bienestar ni la tristeza ni la miseria de nadie, simplemente el cansancio en mis ojos llenos de despreocupaciones.

Un ego de sentirme superior a mis jefes. Un ego... al pensar que no necesito de lambiscones que

promuevan mi estancia laboral en algo que empiezo a detestar: TODO.

Siempre me llamó la atención ser un actor o director de teatro, de cine; en su defecto, de televisión. Ojalá hubiera sido un cantante de rock. Pero no estoy frustrado ni envidio a nadie, porque mis enfermedades llamadas Soledad y Ego son el sinsabor de mis instantes laborales. No hay diferencia entre mi escritorio y un escenario, es el mismo papel el que llevo a cabo, estoy actuando día tras día. Es más, no quiero salir de este tercer piso alquilado, taciturno con mis pensamientos, relajado en la tasa del sanitario con mi desespero. Desnudo.

Las noches son ajenas, el sueño se convirtió en cansancio; el colchón tirado en el piso no tiene la culpa de mi insomnio, despierto de forma itinerante. Quisiera hacer algo distinto, extraordinario, algo extraño. Tal vez, convertirme en un felino para mirar la noche, arrunchado en un balcón o viendo pasar la nada desde el tejado, y de vez en cuando, cazar un ratón y jugar con una cucaracha.

El cansancio me llama y de nuevo duermo solo para descansar mis ojos rojos de tanto computador. No sé cómo convertir la lucha en goce ni cómo amar el amor, no lo sé. Dónde estás, me pregunto, dónde estás soledad, soledad de calma, calma innombrable,

con el nombre que quisiera bautizar a mi hija: Calma mía. Hija que no nacerá, ataraxia que me subyuga en su búsqueda.

Pero sí soy un solitario con estas miles de compañías; me encuentro solemne, arrodillado, pidiendo un no sé qué. Pidiendo la fuerza para crear un espacio menos lúgubre que mis cotidianidades, crear algo lleno de calor.

Mi mundo se convirtió en gris, no hay color. Quisiera, aunque fuera por un instante, un fucsia o un amarillo intenso como el de mi camisa azul, de esos que hacen vomitar después de una noche de licor o como dicen por mi tierra después de un “guayabo ni el hijueputa”. Pero este mundo mío, gris, se queda sin sal, ahora ni las hamburguesas me alegran.

A veces, una risa, a veces, un avistamiento de alegría al ver una Coca-Cola; sin embargo, estoy constantemente triste por mi acomodamiento, por mi rutina que parece un laberinto del fauno, y lo peor, no encuentro ese hilo de Ariadna que me ayude a salir de este entorpecimiento. Esta gran soledad colectiva me llena de sorpresa porque estoy tan solitario como Dios y tan acompañado como el Diablo que quiere ir al Infierno, que está en la tierra corrompiendo almas

como la mía: solitaria. Por tanto, quiero ser un sátiro violador, pero eso no es posible, no nací en la mitología, aunque sí soy un mitómano, un Hermes, un Mercurio tráfuga y escondidizo. Cómo puedo pensar tanta mierda en media hora.

8: p.m.

No he utilizado el "dedo de la confianza" para prender el computador. Tengo que escoger con cuidado los tenis a ponerme, ya que tengo una llaga en el pie por el calor y el tanto caminar. ¡No es mentira! Mentira es mi risa llena de hipocresía, de verdades que sabrán en el Infierno. Sí, son mentiras; mis carcajadas son una dedicación a la lectura con mis terigios.

8:45 p.m.

Me encuentro desesperado por ir a mi espacio predilecto, pero sé que para llegar a la hora que es, debo aguantar hasta las 11 p.m. Prenderé el computador para seguir coqueteando, pero hoy no quiero. No quiero escribir boberías; lo mejor será salir a comprar una botella de vino. Casi siempre compro varias cajas chilenas en el mes, son mucho más baratas que las botellas del mismo país. Pero hoy es un día que merece una botella de Gato Negro, como negras son mis intenciones.

9:10 p.m.

Estoy chateando.

10p.m.

Sonó la alarma del celular. Es la hora de ducharse de nuevo. Después de la ducha, me echo el talco y el desodorante que recién compré. Ah, y me pongo las medias nuevas, porque las otras no aguantan un desnudo.

11: p.m. final del cronodiarario

Las construcciones bajo la ciudad siempre son un buen incentivo de placer para buscadores de lujuria, de entretenimientos que sacan a los esposos y a las esposas olvidadas en la cama de sus monotonías. Para solitarios conquistadores o mejor pseudoconquistadores que pronto olvidarán la anécdota, pero que primero la exagerarán para los amigos o las corrincheras en esquinas de barrio, en charlas de cócteles o en descansos de oficinas, o de recuerdos en la cárcel.

Mis conocidos se emborrachan y se enlagunan. No obstante, sus calzoncillos podrían terminar con una neurosífilis o mejor una gonorrea trepadora, que implicara un poco de acción, teniendo que llamar a un familiar o hermana médica.

Bajo las escaleras de concreto desgastado, despacio camino. De vez en cuando subo la mirada y veo el cielo estrellado, común en esta ciudad salsera. Son de esas escaleras cuasicoloniales con las que hay que tener cuidado para no tropezar, descuidadas por el gobierno local, como la mayoría de la ciudad. Sigo bajando, mirando para todos los lados, menos al frente, como un perro volviendo a casa. De vez en cuando me duele una rodilla; debe ser por mi peso.

Conozco el camino, no necesito un lazarillo para llegar al sitio, que es mi lugar de nacimiento, mi territorio de muerte, mi mausoleo intelectual. Puertas de madera me esperan, pintadas de un rojo barato, brochazos de maestros de obra trabados, embazucados o simplemente inspirados e inspirados. Dos puertas, no una, de esas que se abren para dentro y una rejilla por donde miro los ojos de Caronte. Él me mira con sus ojos rojos, con ceño arrugado y córnea rojiza. El portero hace la misma pregunta de siempre:

—¿Quién es? —dice, a pesar de que sabe quién soy; eso quiero creer.

Caronte, como le decimos de cariño los filósofos, antropólogos, sociólogos... perdidos por el pecado deliciosamente confortable de bacanales, que vamos al bar, muchas veces nos ignora y no nos deja entrar. Le tenemos esa “chapa” por su ceguera. Después de que me abrió la puerta y antes de entrar, estiró su mano cobrando el cover de 20.000 pesos para asegurar el consumo de humo, cuatro cervezas o la cuota inicial de media botella.

Ya me habían fiado la entrada antes, por eso tuve que pagar cuarenta mil pesos que debía desde hace un mes. Soy como un perro sacando la cabeza por la ventana de una balsa; los pasajeros se ríen y lloran.

Siempre saco la cabeza para ver cómo fio y despisto el hambre y las ganas. Miraba para todos los lados, gozoso, desesperado como cuando uno quiere entrar a un baño y está a una cuadra de la casa, y la meada o la cagada se le aceleran, únicamente por saber que pronto llegará. Lo mismo me pasa cuando quiero un trago: me acelero, ¡ya quiero una viejita para conquistar! y follar.

Paso unas monedas de mil pesos a Caronte; él las lame para saber si son reales, más unos billetes. Raspa con un fósforo y prende su tabaco cubano, un huelle maluco de esos baratos. Este mestizo, más negro que indio, grande de 1.90 m, vigoroso pero barrigón, todo un toro reproductor de cachorros cancerberos, encorvado, abrirá rápidamente la puerta... ¿o lo está pensando?

Esa última escala rústica, deteriorada, burdamente pavimentada, la había titulado el nivel de la decisión: era disponer si entrar o no entrar. Los seudopoetas le ponemos nombres a todo, es un mierda. Entrar era gastarse el dinero de un mes de trabajo. No entrar era ir al cine a una de esas últimas películas idiotas de 3D o 4D o 5D, chúpame este dedo por diez mil. Comerse un helado y rezarle a la Virgen Santísima, para ver si pasa algo más. Algunas veces, me devolví y siempre me arrepentí. Siempre

que entré me sentí bien. Ahora peleaba con Caronte para entrar.

—Está muy lleno —dijo.

—Hermanito, déjame entrar, ya te pagué la deuda y la entrada, no te hagas el marica —respondí con rabia.

—Yo sé, pero está muy lleno ¡güevón!

Su actitud altiva la conocía y su aptitud fantasmagórica asustaba; me achicopalaba. Después de unos segundos de pensar y alzando la mirada para dentro, lo empujé con rabia. Él me devolvió con un dedo y una sonrisa; me dejó afuera de la puerta, como dijo él:

—Eres una güeva.

Soy un debilucho. Se volvió a abrir la puerta.

—Hágale pues, pero ¿sí tiene plata?

—Sí, claro, mijo.

—Que no me toque sacarlo como la otra vez.

Sí, hace poco empeñé el televisor y me fui para el Infierno. Me dio por fumar vareta y metí un toque de coca, mucha coca, hasta hice unos angelitos. “Como que se me borró la cinta”. Hablé con unos manes a la entrada y, para no gastar tanta plata, nos fuimos pal

parque y nos enloquecimos y después, al Infierno. Pero resultó que en la locura me raquetearon y se me llevaron el dinero. Entré al Infierno todo loco y pedí, y pedí, y a la hora del pago, no tenía con qué pagar. Ellos me echaron, o más bien Hades, el dueño del negocio, me echó. Pero ya le pagué, puesto que hace mucho tiempo él me pasó por internet la cuenta que había para que pagara con tarjeta. Era cuando me iba mejor, tenía dos trabajos y gastaba como loco; es para clientes especiales como concejales y servidores públicos, jubilados de la ciudad, muchos traquetos y niños ricos. Si uno no paga, ellos saben cobrar. Pago primero a Hades que el alquiler o a la tienda.

—Entre pues —Caronte asintió con una sonrisa en su cara.

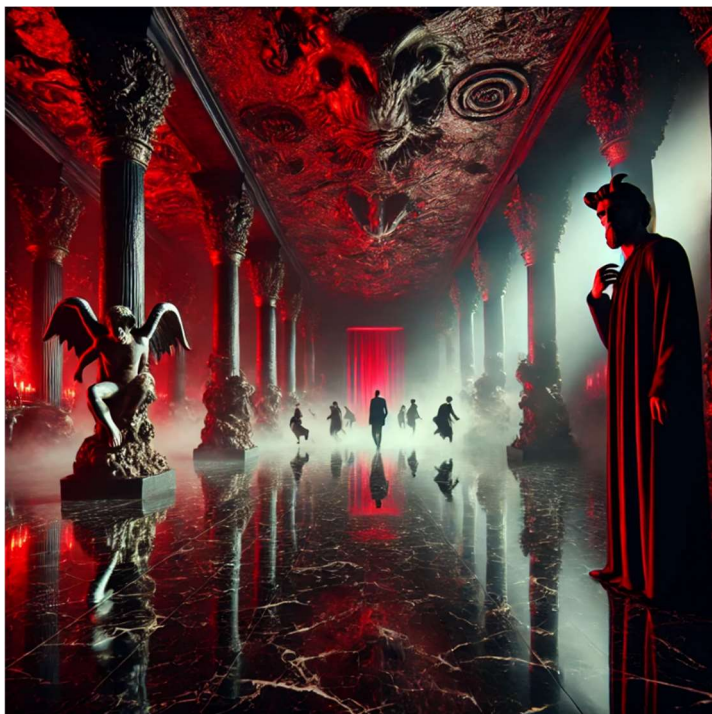
—Gracias, mijo —respondí con rabia.

Eran las 11 de la noche.

Infierno

Entré. Bajé otras diez escalinatas. Dante estaría orgulloso de mi aceleramiento con los pies, una mano en la pared para no caerme de la rapidez. Las escaleras después de la puerta son diferentes: amables, anchas, más cuidadas, antideslizantes. Diez pasos y estaba ante mi lujuria, ante mi mundo. Ahí estaba la farra: un salón gigantesco rojo y negro. Confusión frente a mí, para ser digerida por mí: soy el dueño del mundo, soy como Pan, un sátiro, dispuesto a utilizar su miembro.

Estoy ya en el llano del fondo, camino pasando las luces rojas, retrocediendo de vez en cuando para tratar de ver si alguien conocido está por ahí. Voy hasta llegar a la pista de baile, la paso y, después, en la barra gigantesca, ahí como siempre me recibe Cerbero, íntimo amigo. Ya nos habíamos encontrado en otras acciones afuera del lugar y Cerbero me miraba con ganas. Es como medio cacorro el perro, le tira a todo lo que se mueve, hasta un gordo viejo como yo. Me saludó con alegría.



—Entonces, parcero, ¿cómo te va? Hace rato no lo veía. ¿Estaba pelado? ¿Pero, por qué no avisa? Fresco, que yo le presto cuando no tenga. Sólo es verte, sé que sos buena paga, eso sí, demorado pero pagas —gozaba Cerbero hablándome como si fuera su mejor amigo.

—¿Cuánto te debo de lo pasado? —chicaneando.

—No, miijo, nada. El jefe ya me dijo que usted le giró por Nequi —refiriéndose a Hades, que siempre está pilas con las cuentas.

—Bien, miijo. Dame un ron doble, o mejor, media de una vez.

—Listo, papi. Acuérdesese que me quedó debiendo de la otra vez un billetico, pero de coca; esa deuda es mía.

—¿Y eso cuánto?

—Son ochenta mil pesos, aquí está su firma. Acuérdesese que usted, todo loco, se puso a invitar a una pareja de maricas y hasta les dio por meter “perico” en la barra; severas líneas las que se hicieron —mostró un papelito donde le había firmado, y si muestra el vale es porque es cierto.

—Sí, ya recuerdo. Tenga, miijo —pagué y él miró los billetes a la luz violeta para ver si eran falsos.

—Miijo, los acabé de sacar del cajero —agregué.

—¿Y es que el cajero no da chimbos? Yo sé que por ahí hay unos rodando —respondió.

Minutos de silencio pasaron después del recordatorio. Observaba con esmero a los que

bailaban y con más esmero mi trago, delicioso, disolviéndose el hielo, con una palita de plástico que tenía el nombre Infierno; pensando en una Perséfone, Diana o Afrodita.

Tomé un ron y me relajé en la barra mientras llegaba la víctima que me convertiría en victimario, o al contrario, en un empalado con dos marcas de colmillos en mi cuello.

Podría estar en las cien escalinatas, pero sé que tendré que bajar una a una para que esta lucubración sea memorable y engrasar mi miembro tan viril, tan inmensamente pequeño pero juguetón.

Llegaste con tu blusa negra transparente que avivaba tus ojos rojos por el humo de marihuana, atmósfera de la discoteca, los míos grandes y blancos por las inhalaciones. Tu minifalda de leopardo animal print me quería arañar. Jugabas a no conocerme; la verdad es que no me conocías, pero yo te catalogaba en el costal de todas las que me he follado: una igual, pero con diferente cuerpo; una igual, pero con diferente voz; una igual, pero con otros pensamientos. Una vagina más grande o pequeña que la anterior. Y tú pensabas como todas: un miembro más pequeño que el anterior.

—¿Quieres un trago? —pregunté.

—Por qué no —respondiste.

—¿Cómo te llamas? —pregunta estúpida y acomodada puesto que no me interesaba, creo que nunca lo recordaría a menos que fueras Lilith, obsesión literaria.

Blanca, larga como una serpiente, nariz grande de contorno fino, labios delgados, vagina rosa lampiña —imaginé—, culo pequeño pero redondo —porque te di el vistazo completo— y unos senos a la medida de mi boca. Siempre las mismas preguntas. Siempre la misma situación: una presentación, ojos coquetos, lengua limpiándose los labios; sacar la billetera con un buen dinero para gastar en trago. Todo un artilugio de conquista, mecanismos aprendidos de papá cuando me llevaba donde las putas, observación etnográfica de sus posturas.

—¿Bailas? —te invité, después de unos cuantos tragos y de ver tus labios carnosamente delgados, fornidos por mi miembro, miembros.

—Claro que sí, amor.

Era una canción de esas de salsa romántica, apretadita, donde las caderas se confunden en excitación. En la mitad de ella, se me ponía más duro

y te lo hacía saber respirando más fuerte en tu oreja. El sudor empegotaba nuestras mejillas juntas. Terminó, tuve que dar unos pasos de espalda mirándote para que las demás parejas no vieran mi excitación. De nuevo a la barra, más tragos y charlas maliciosas. Mi prenda era mayor.

El Infierno no es un putiadero, es un sitio de encuentros fortuitos. No digo que a veces no haya que pagarle a una mujer o una mujer no le pague a un hombre por un buen rato de compañía. Muchas veces depende del discurso, del protocolo. Pero la mayoría de personas que vienen a este sitio majestuoso, rojo, con decoración entre un jazz, un blues, y un todo de campesinos, buscan simplemente compañía con la mera retribución de desfogar las cargas. Sin embargo, hay unas habitaciones pequeñas un piso más abajo, un descenso a la satisfacción.

Ahí, en ese cuarto ajustado arquitectónicamente para el Infierno, abajo del bailadero, te conocí en plenitud, después de haberte escogido —¿o tú me escogiste?, no lo sé—. Un cuarto de tres metros por tres, cama de concreto incrustada contra la pared sosteniendo un colchón duro, sábanas desgastadas con semen de mil o dos mil o un millón, no sé, y lo peor, los Picapiedras como invitados, pintados en la pared. No podría decir que Vilma no me lo hizo

parar. Un aparato para colocar música, un televisor pornográfico que nos miraba mientras nosotros escuchábamos gemidos grabados.

Te quité suavemente la minifalda animal print, arranqué con lujuria tus medias veladas negras. Te besé con lujuria, metiste tu lengua tratando de limpiar mi laringe —ese fue el deseo—. Yo quitaba tu minifalda de leopardo, rasgando tus medias nuevas, baratas, que se venden para ser rasgadas.

Desnudo estaba yo tratando de desvestir. Desnudo estaba yo, lleno de lujuria, de coca y ron. No separé mi boca de tu boca. No saqué mis ojos de tus ojos: mirando mis manos donde iban.

—¿Cómo te llamas?

—Gloria, cobro cincuenta mil —carcajeé, mirando al barman que también se reía y hacía muecas mientras limpiaba unos vasos frente a nosotros. Después del trago grande que me mandé:

—Cincuenta mil, ya, yo te los doy, mami, pero hablemos un rato acá en la barra.

—También cobro por hora, papi. Si quieres hablar, bailar o culiar, tú verás.

—Bueno, ten veinte mil y en un ratito miramos y te doy el resto, la noche es joven —asentí con la cabeza y ella también.

—Listo —respondió—, pero no te demores mucho, estos veinte pagan como veinte minutos.

—Me parece bien, no hay problema.

Es jactanciosa la niña, pero qué putas. La verdad no había mucho de qué hablar porque sus respuestas me aburrieron y cuando un loco le dijo que bailaran, ella me miró, yo le hice un gesto de "hágale", y se fueron a bailar. Sentí que dejaba una carga. Y fue así porque no volvió, los vi al rato sentados en una mesa, ella me hizo una seña cuando él se descuidó: ¡nos vamos!; y yo, con una mano como venteando, ¡hágale con él!; una mueca de ella queriendo decir: ¡hijueputa! ¡listo! Me importa un culo. Yo hice otra: ¡no hay problema!

—Se le fue la niña —dijo Cerbero.

—Esa perrita no me dura toda la noche y yo necesito algo para el amanecer que no cueste tanto. Imagínate, cincuenta mil una hora.

—Es que ella es chimba, mijo. Pero bueno, si quieres te llamo a alguien para que amanezcas.

—No, fresco que si no pesco nada, le aviso... voy al baño.

Además de la miada guardada, quería ver qué había por ahí. Me levanté y sentí el mareo de los rones.

Después de esa culiada ¡tan hijo de puta!, mi cabeza quedó disuelta en una laguna espesa, no sé si de esperma o de tu fluido vaginal, con glucosa y orina de sabor suave, no tan fuerte como mi limpidinoso elixir, un squirting formidable.

¡Era hora de trabajar! Me habían llamado, como siempre, a realizar una identificación. Tenía un toque de guayabo y me apuré so pena de una sanción por mi tardanza.

Casi siempre, en esta ciudad, es una mujer muy bella dispuesta en la camilla, dispuesta a ser partida por mí, para su identificación. Soy un forense y profesor muy cariñoso, por eso me lavo muy bien las manos antes de ponerme los guantes y empezar mi gestión. Les hago un masaje nunca hecho en vida. Me concentro en su centro, en su himen muerto, y cuando lo toco, lo revivo. Y cuando lo revivo, vivo. Y cuando vivo y revivo, lo chupo, pagando karmas anteriores.

Concluí la identificación con un sentido de satisfacción inusitado. El ritual de la vida y la muerte había cerrado un ciclo más, uno que me dejaba con una mezcla de sensaciones encontradas y una extraña paz interior. Era como si, a través de mi labor, me reconciliara con mis propios demonios.

Salí del laboratorio y la luz del día me cegó momentáneamente. El sol se alzaba en el cielo, marcando el inicio de un nuevo día en esta ciudad que nunca dormía, llena de historias no contadas y secretos oscuros. Caminé por las calles, sintiendo el peso de mis decisiones y las sombras de mis acciones pasadas.

De regreso a mi apartamento, pasé por una librería de segunda mano. Algo me impulsó a entrar y, entre los estantes polvorientos, encontré un viejo ejemplar de "La metamorfosis" de Kafka. Sonreí al recordar mis pensamientos anteriores sobre Gregorio Samsa y los insectos. Tomé el libro y lo pagué con el poco dinero que me quedaba.

De vuelta en mi tercer piso, me senté en mi sillón favorito, con el libro en una mano y una copa de vino en la otra. La soledad ya no parecía una carga, sino una compañía bienvenida. El silencio de mi hogar me envolvía, y por primera vez en mucho tiempo, sentí una calma genuina.

Abrí el libro y comencé a leer. Las palabras de Kafka resonaban profundamente en mí, reflejando mis propias luchas y transformaciones. Mientras leía, el mundo exterior se desvanecía, dejándome solo con mis pensamientos y las historias de aquellos que, como yo, habían enfrentado sus propios monstruos.



La noche cayó, y con ella, una sensación de renovación. La oscuridad ya no era un enemigo, sino un lienzo en blanco, esperando ser llenado con nuevas historias, nuevos comienzos. Cerré el libro y

me dirigí a la cama, sintiendo que, aunque el día había sido largo y agotador, había encontrado una chispa de esperanza en medio de mi desordenada existencia.

A medida que me acurrucaba bajo las sábanas, dejé que el sueño me envolviera, sabiendo que, a pesar de todo, la vida continuaba. Y en ese momento, comprendí que no importa cuán oscuros sean los caminos que recorramos, siempre hay una oportunidad para encontrar la luz. Así, me entregué al descanso, preparado para enfrentar un nuevo amanecer, con la certeza de que, aunque el infierno estaba siempre a la vuelta de la esquina, también lo estaba la redención. No veo la hora de que paguen de nuevo.

El autor